

EL RECÓNDITO SECRETO DEL BERNINA.



EL BERNINA majestuoso macizo de piedra presente en la zona limítrofe Suizo-Italiana, ha sido elegido como autentico símbolo en homenaje a la Valtelina (visito en forma periódica de 30 años -1976). Con ello va la dedicatoria a los amigos de todo ese tiempo dispuestos y entusiastas a hacerme conocer y disfrutar la zona en sus mil y un esplendidos motivos y versiones naturales.

En lo recóndito de su alma el BERNINA sueña con liberarse de la eterna "inmovilidad" (lo obliga a ignorar y a desconocer tantas expectantes diversidades). Esta condición lo constriñe a estar en contacto de siempre solo con aquel limitado contexto circundante.

En un ciclo-peo esfuerzo decide intentar desplazarse
y despertándose del obscuro letargo de la perpetua rutina,
inicia finalmente a recorrer el planeta.
Un mundo observado con los sorprendidos ojos de una montaña
en atónita búsqueda de descubrir el nuevo.

INDICE.

1. INTRODUCCIÓN.
2. EL BERNINA HA TOMADO UNA DECISIÓN.
3. EL MOMENTO DE PARTIR.
4. RUMBO AL LAGO DE COMO.
5. EL HÁBITO Y LA INDIFERENCIA.
6. RE-ORDENANDO LAS IDEAS.
7. DECIDIDO A PROSEGUIR.
8. TIEMPO DE CONFRONTO.
9. LA CIUDAD.
10. EL MAR Y EL DESIERTO.
11. LA FORESTA.
12. EL OCÉANO.
13. LA LLANURA ÁRIDA.
14. EL ACONCAGUA.
15. EL MURO ANDINO.
16. EL CONTINENTE GLACIAL.
17. EL DESAFÍO.
18. EL HIMALAYA.
19. RETORNO.
20. EL DESPERTAR.

1. INTRODUCCIÓN.

El Bernina como todo ente montañoso constituye una compleja estructura de ensamblados sectores destinados a hacer del mismo un imponente, conectado coloso de piedra.

Los extensos coligamientos en cadena consolidan y corroboran la definida condición de inmovilidad, de imposibilidad de movimiento característico de este tipo de entidades.

Es admirado por la dominante belleza de su corpórea majestuosidad.
Propone una grandiosidad natural hecha probablemente factible gracias a su estática implantación.

El Bernina se siente orgulloso de ser admirado pero al mismo tiempo sufre el peso de una íntima frustración no relacionada con la imagen representada.
Esconde un pecaminoso secreto en total contradicción con el fijo punto de referencia representado y por ello respetado.

Ostenta su in-variada prestigiosa posición manteniendo inviolada coherencia con una ejemplar línea de comportamiento transmitida intacta a lo largo del tiempo.
Así eternizada su línea de conducta continua a dar la imagen de seguridad por todos a él atribuida.

En la intimidad de sus milenarias entrañas anida un sueño, tan inalcanzable de considerar el realizar-lo tanto mas imposible, cuanto contrapuesto a la figura de “inmutabilidad” representada.

El “sueño” es custodiado como un vergonzoso pecado de ocultar.

Destinado a la inmovilidad de siempre y por siempre, desea dar un paseo proyectado a desplazarlo y conducirlo al menos hasta el vecino lago de Como. Lago vislumbrado desde lo alto e intuida su materialidad a distancia.

La distancia como en su caso a un cierto punto hace perder la esencia real de las cosas convirtiéndolas en imágenes virtuales, en datos inconsistentes, insuficientes a comunicar la substancia del contenido más válido y profundo de las vivencias provocadas por el contacto directo.

Haber imágenes sin recibir la “transmisión directa de los reales flujos” emanados de hechos y cosas, es percibir las connotaciones más superficiales de los mismos, rindiendo la experiencia incompleta a tal punto de tener necesidad de recurrir a una buena dosis de fantasía para tratar de darle forma concreta.

La fantasía desarrollada sobre hechos concretos no factibles de ser conocidos en modo directo, acomoda, deforma, dominada por nuestro imaginario divagar en el intento de encuadrarlos idealmente.

Con ello se pierde la esencia de la realidad material, se anula el campo de las propias sensaciones emanadas solo a partir del contactó directo con el elemento en cuestión.

En el caso del Bernina establecer una relación corpórea con el movimiento continuo y el sordo rumor originado por el agua patrona del Lago en su dinámica intrínseca, resulta el medio imprescindible para entablar un real conocimiento del mismo.

Para él sería una experiencia inigualable palpar concreta-mente las características y dinámicas del Lago.

Tomar contacto directo con una condición natural tan diversa a la suya constituiría un hecho tan aferra-ble, como irreal, desdibujado, inconsistente e imaginario el proceso destinado a tratar de interpretar el Lago a distancia.

Vivir realmente una experiencia significa establecer una relación con ella en primera persona.

Hacerlo a través de una imagen virtual lleva a obtener un conocimiento tan extremadamente parcial, al punto de no poder considerarlo real sino una visión aproximada, incapaz de traducir las particulares y decisivas condiciones surgidas de los aspectos propios y circundantes a la concreta realidad.

El Bernina poco a poco ha acumulado en el tiempo un siempre creciente deseo de trasladarse, para poder percibir las sensaciones y emociones surgidas del acto de transitar, de recorrer distancia.

Camino de recorrer aun con toda lentitud y escaso garbo tal como su mole le impone.

Tránsito intencionado a descubrir nuevas dimensiones y signos, distintos escenarios naturales, colores de este planeta.

Acercarse a otras montañas para cambiar ideas, discutir con ellas aspectos útiles a reevaluarse e inducirlo a conocer a fondo su propia identidad y función.

Custodia con celo el profundo “secreto deseo” de poder desplazarse, tomar contacto con tantas cosas vitales y diversas cuya presencia intuye más allá del preciso y circunscripto horizonte a disposición.

Contradictoria-mente se siente un excelso ejemplo símbolo de una majestuosa eternidad de considerar como punto de referencia de una inalienable inmovilidad, y al mismo tiempo incapaz de agregar (no obstante todo el tiempo transcurrido) algún otro conocimiento de aquel surgido de si mismo o del restringido límite del ámbito circundante.

Extraño el destino del Bernina ser tan admirado como sometido a una enclaustrante inmovilidad para continuar a serlo.

Tal condición lo oprime y entristece y en el deprimente invierno dominado por las sombras lo exterioriza en un profundo y silencioso llanto, convertido en blancas extensiones congeladas bajo cuyo glaciar manto se envuelve para ocultarlo. Manto pronto a explotar en abundantes cursos líquidos apenas la llegada del ciclo estivo lo deshíela gratificando los valles adyacentes.

El Bernina en su sueño fuera del tiempo fantasea, imagina de moverse como un complejo gigante curioso, siempre entusiasta de descubrir lugares y de hacerlo sin algún apuro. Dispone en efecto de todo el tiempo necesario (aun se trate de milenios) para conocer el planeta.

Sería extraño pero digno de conmoción verlo moverse como un torpe mastodonte, desplazándose en modo casi imperceptible, deteniéndose con frecuencia para disfrutar de aquello puesto a la atención de sus ojos, con la inocente sorpresa e incredulidad provocada por todo lo nuevo y desconocido presente a su paso. La soñada movilidad le permitiría conocer y hacerse conocer, sorprenderse y sorprender.

Pese a la presencia de asilantes obstáculos el Bernina no pierde la esperanza de concretar su deseo.

Su sueño tiene una justa motivación liberadora.
Raíces extremadamente afianzadas al punto de aparecer insolubles,
provocan la pérdida de la realidad respecto al resto del contexto existente.
Conocer además de provocar vital atracción,
resulta complejo, cambiante y riesgoso,
pero fundamental-mente esencial a enriquecer la propia identidad.

2. EL BERNINA HA TOMADO UNA DECISIÓN.

El Bernina no está dispuesto a aceptar continuar a seguir su descontado de-curso. Su secular paciencia parece haber llegado al límite.

Considera indispensable a mantener su propio respeto, intentar de realizar su sueño y con ello de percibir las novedades y vivencias surgidas del acto de desplazarse. Piensa en ello como una dinámica dispuesta a llenar el alma de una alegría siempre diversa, cambiante, rica de sorpresas. Lo ha decidido al ocaso después de un largo día de reflexiones.

Dentro de poco se dispondrá a reposar y al día siguiente a las primeras intuiciones del alba, cuando los tenues e indefinidos reflejos "en crecimiento" anuncian el nuevo día se pondrá en marcha.

No sabe si será posible concretar su sueño en modo material o si se verá constreñido a fantasearlo.

En cambio si sabe cuanto necesario será disponer de la requerida total convicción en la actuación del hecho, en modo de darle una tan concreta imaginaria condición suficiente a transgredir la realidad falseándola sin rendirse cuenta de hacerlo.

Un sueño tan real de dar toda la impresión de ser cierto, de desentenderse del imaginario contexto circundante y asumir en primera persona las características de una apreciada certeza.

Si un hecho fantástico se compone también de ciertos aspectos concretos no es imposible llegar a considerarlo una forma de realidad alternativa, tal como ocurre con aquellos eventos propuestos en un determinado momento y solo concretizables en futuro.

Si el sueño del Bernina se realizase realmente, daría lugar a consecuencias humano -sociales impensables.

Trastornado el principio del punto de referencia fijo ofrecido por el territorio en cuanto a su ficticio estatismo, el ser humano se vería obligado a un profundo cambio de posiciones comporta-mentales, dotándolas de una necesaria orientación y fisonomía totalmente diversa de aquella actual.

El ser humano respetuoso y convencido defensor de la inmovilidad territorial (sirve a reafirmar sus designios conceptuales de posesión), verificada irrevocablemente por el Bernina y sus inamovibles raíces imperecedera-mente detenido en su lugar a lo largo del entero arco de su existencia; sufriría si esa condición estática se convirtiese repentinamente en movilidad, un golpe de imprevisibles consecuencias comporta-mentales.

La escoza modificaría una forma de vida impuesta en pre-valencia sustentada y afirmada en defensa del "no cambio".

Una estabilidad según propias interesadas humanas afirmaciones demostrada por la naturaleza en sus tangibles certezas de posición. Naturaleza capaz de corroborar el índice de "seguridad" ofrecida por los hechos cuando una vez conocidos continúan a permanecer tal cual son.

Fundamental es a la forma de pensar del ser humano el punto de referencia fijo, invariado ofrecido por la naturaleza, sobre cuya condición funda tanto instintiva como en modo animalesco su sentido de "posesión".

La inmovilidad de base de la naturaleza circundante, rinde pleno consenso a su tendencia de darse seguros diseños en torno a un territorio de circunscribir para someterlo al propio dominio.

“La mía tierra” es una afirmación en estrecha relación con un hecho de posesión y constituye un punto de referencia fijo, inamovible bien determinado, es decir con la justa cualidad para ser poseído.

El instinto humano encontraría una gran dificultad en afirmar un verdadero derecho de posesión en cualquier sentido si la base de esta razón se fundase en un territorio en movimiento, o si no se presentase como un punto fijo sino con natural tendencia a un imprevisible e in-aferra-ble desplazamiento.

Esta condición permitiría verificar cuanto arbitraria resulta la pretensión humana de posesión y dominio del territorio avalado de un derecho del todo virtual, pues el territorio en realidad pertenece solo a si mismo.

La admisión de esta ultima afirmación pondría de rodillas tantas reglas y ordenamientos arbitrarios basados en una falsa discriminación de la “propiedad u ocupación territorial”.

Además de los motivos culturales o sentimentales también estos de determinante validez, son aquellos fundados en el dominio territorial quienes presionan decididamente sobre el ser humano a aferrarse a sus raíces.

Esa condición de posesión representa un punto de referencia estable, sugiriéndole en un cierto modo de sentirse propietario, patrón de cualquier cosa de tangible, de permanecer y aferrar como una in-variada propia proyección a lo largo del tiempo.

La propiedad legada a un territorio de pertenencia es válida en cuanto relaciona con un concreto punto fijo, fácilmente identificado como raíz pero en realidad del todo imaginario.

El ser humano genéricamente integrante de la especie animal siente de poseer un territorio considerado suyo, pero en realidad de hecho no le pertenece aun cuando a partir de ello cumple con sus funciones esenciales (alimentarse-residir).

El sector territorial se re-cinta con la intención de defender de algún otro animal o grupo de tales de su misma o diversa índole.

El considerarlo propio representa la llave, la base de asiento de una más segura y mejor subsistencia.

En tanto el “territorio” como ente propiamente dicho, está allí impasible, indiferente, independiente, patrón real de todo aquello proyectado a circular, conjeturar y disponer sobre su superficie.

En conclusión a toda elucubración o falsas convicciones la verdad surge de considerar al “territorio” si bien humilde y condescendiente, el único real propietario destinado a dictar las leyes del juego sobre si mismo.

En concreto, las criaturas diseminadas sobre su superficie son figuras deambulantes y vivientes gracias a su presencia.

Si el entero complejo natural en todas sus formas territoriales sufriera un proceso de traslado, si bien muy lenta e imperceptiblemente, el sistema de base de su utilización adquiriría una modalidad de trascendente cambio.

Trámite esa actitud toda la forma del pensar dominante del ser humano sería demolida (movilidad del punto fijo) y con ella una concatenada línea de falsos dogmas fundamentales, encargados de guiar y regular su modo de vida individual y colectivo.

El arbitrario andamiaje configurado en torno al territorio sería necesario someterlo a obligados cambios radicales en todos los sentidos, ofreciendo seguramente un mas “civil” y profundo respiro humanístico.

Las diversas sociedades humanas componen sus propios ordenamientos y mecanismos organizativos (orgullo de pertenencia-nacionalismo etc.) o estableciendo los módulos o tipos de relación entre las mismas (guerras de defensa, de agresión, de independencia, etc.), ubicando su fulcro de acción en la posesión de un cierto espacio territorial.

En la supuesta circunstancia del desplazamiento natural y continuo del territorio la composición de lugar sustentada en su plena e inamovible disponibilidad, se convierte en una serie de inútiles posiciones carentes de toda lógica.

Lógica inaplicable respecto a una superficie territorial desinteresada de comportarse como un medio estático porque en móvil y dinámico desplazamiento.

Ello induciría al entero contexto receptor del fundamental soporte (elementos vivientes de todo tipo), a adaptarse a una continua variabilidad de la base operativa.

Si el inocente sueño del Bernina se llevase a cabo así como tantos otros iniciales se han transformado en realidad con el transcurrir del tiempo (capacidad del ser humano de trasladarse por vía aérea), a la concreción del propio evento de movilidad del territorio se agregarían una indefinida cantidad de efectos consecuentes.

La “nueva condición” cambiaría radicalmente las funciones de muchos aspectos fundamentales y también complementarios del ámbito humano destinados a intervenir en orientar la forma de vida.

Esta se vería proyectada a desarrollar su capacidad de mutar según el leve o profundo condicionamiento provocado por la movilidad territorial.

Si las configuraciones territoriales se desplazaran adquiriendo siempre nuevas posiciones estructurales de base, en un continuo, fluido y coherente, ecléctico fenómeno de adaptación dinámica; ciertamente la forma de pensar del ser humano y de los cuerpos sociales, cambiaría por propio peso de las circunstancias en modo radical.

La configuración del proceso de convivencia sufriría tal trascendente completa transformación en el modo de concebir las substanciales problemáticas generales de la forma de vida, al punto de resultar irreconocible e inconcebible todo aquello configurado “incivilmente” a lo largo del tiempo.

Muy probablemente sin necesidad de llegar al punto de adquirir de parte del territorio la capacidad de desplazarse, las consecuencias de un tal efecto justifica motivar prospectivas de análisis e interpretaciones conceptuales re-dimensionan-tes.

La condición creada por la “supuesta movilidad territorial” demostraría la posibilidad de generar una visión de los módulos comporta-mentales, convivencia-les, relacionales, totalmente diversos al actual.

Quizás se presente como una iluminada llave maestra capaz de abrir las puertas a una tan innovadora cuanto revolucionaria posición, indicativa de un trascendente cambio en la forma de pensar y configurar la forma de vida humana planetaria.

Las sombras de la noche descienden invaden-tes, el reposo se impone, y el Bernina apoyándose como siempre imperceptible y torpemente sobre su propia mole se relaja y extravía lentamente, esperando con las primeras luces del día dar vida a su intento.

3. EL MOMENTO DE PARTIR.

La luna llena ilumina a momentos alternos intensa e improvisamente los distintos altibajos de la sinuosa conformación de la Valtelina.

Un haz de luz centra el Bernina y lo despierta.

El manto de la noche es todavía denso y neto.

El Bernina razonando sobre el momento mas adapto para partir, re-ordena las ideas y también dominado de una apremiante emoción decide de meterse en movimiento anticipadamente.

En efecto moverse en la obscuridad, hacerlo en el máximo silencio, en puntas de pie, le evitará sentirse al directo centro de las caóticas discusiones y contestaciones provocadas por su actitud en el contradictorio ser humano residente a su entorno.. Difícilmente el ser humano tendrá en consideración o sabrá comprender y aceptar el sentido del infinito sueño de siempre perseguido.

Al inicio el hecho encontrará alguna motivación material mas bien vinculada con un proceso de connotación natural, no con el hecho de llevar a cabo y cumplir un propio deseo.

Finalmente cuando habrá conocido la realidad el ser humano la interpretará como un deplorable acto de abandono.

El Bernina cree no será perdonado.

Renunciando a su re-aseguran-te inmovilidad habrá roto una clara configuración de la forma de vida.

Su presencia es considerada un punto de referencia de textura territorial y se propone como base de sustentación de las actividades desenvueltas por el ser humano, configurandas esencialmente en ese amado y respetado contexto.

El Bernina constituye con su pasiva y silenciosa mole parte integrante del modo de vida.

Ciertamente cuando la mayor parte de los valtelineces hayan comprendido la intención de desplazarse en continuidad del Bernina dispuesto en manera determinada a alejarse; explotarán en un complejo entrelazarse de opiniones contrastantes.

En la propia y arbitraria lógica humana las dinámicas de su forma de vida tienen necesidad de contar con el inmóvil punto fijo ofrecido por el territorio. Por ello difícilmente comprenderán la verdadera clave del gesto y menos aun interpretarán las profundas razones interiores del Bernina, proyectadas a romper la rigidez de los esquemas convencionales.

No es precisamente la idea humana de la montaña, respetada, admirada y venerada en su inmóvil prestancia, aquella sustentada del Bernina sobre sus propias prospectivas y condiciones.

Similar situación se presenta cuando un ser humano admira a otro sin conocerlo directamente ubicándolo en un imaginario pedestal, considerándolo pleno de completa virtud, cancelando o ignorando sus inevitables limitaciones. En tal caso no interesándose como en el caso del Bernina de las condiciones interiores del personaje, se desentiende de la realidad abrigada en todo aquello no exteriorizado.

La montaña imponente y silenciosa punto de referencia estructural y comportamental estable, es interpretada como un acto inestimable de permanente presencia de la sabiduría de la naturaleza.

A tal condición el ser humano le atribuye en manera imaginaria una reverencial admiración así como la subconsciente aceptación de representar un dominio omnipotente capaz de imponer supremo respeto.

La montaña dominante como instrumento natural representa en forma tangible y completa el “sentido del respeto perdurable a lo largo del tiempo”. Una especie de llamada de atención de adusto reflejo, ante la impertinente opuesta espontánea tendencia del ser humano a ser irrespetuoso o respetuoso y respetable en modo ocasional o por tiempo limitado.

La inmutabilidad es un freno siempre presente a contener la presuntuosa desjuiciada irrupción de lo “irrespetuoso”.

Por par-adoso el punto de referencia fijo ofrecido por la montaña con su imperturbable inmovilidad y superioridad material, siempre idéntica a si misma a lo largo del tiempo, origina en el ser humano un directo respeto hacia ella. “Respeto temeroso” probablemente dependiente de la importante diferencia impuesta por su in-variada condición y de la imponente entidad física del estable punto de referencia.

La condición de inmovilidad en su inmutabilidad de inserción señala en la montaña un tipo de comportamiento fuera de la posibilidad de ser ejercido por el ser humano. Considerándose al margen de sostener esas indicaciones continúa como ente diverso a justificar presentarse bajo sus naturales características de irrespetuosidad.

Posición natural porque no responde a una inmovilidad física y comportamental, mas bien a su opuesto hijo del movimiento, la variabilidad, la mutabilidad.

Si la montaña se mueve rompiendo las razones de base articulante el "respeto" que le profesa el ser humano, también ella aparece por proponerse como "irrespetuosa", no dispuesta a sustentar sus propios inmóviles cánones tan determinante-mente distintivos.

Si el desplazamiento de la montaña se traduce en un acto concreto seguramente el ser humano se sentirá desorientado, sumergido en una babilónica confusión. Habrá perdido el punto de referencia representado por el Bernina basado en la inmovilidad comportamental de su imponente mole física.

En tal circunstancia desaparece a los ojos del ser humano el parámetro más justamente "respetable" con quien confrontar todos los niveles de su propia volubilidad.

Sin el punto fijo de cualquier entidad invariable e inviolable indicadora con precisión en modo permanente y taxativo el sentido del "respeto", éste parece diluir sus valores, convirtiendo su verdadero eventual centro de referencia en una esfumatura de difícil identificación (y por ello no respetable).

De frente a este contexto el ser humano pierde la posibilidad del directo confronto con una clara y bien definida posición de presencia, destinada a indicar y corroborar cuanto más o menos "irrespetuosas" son sus propias e inconstantes posiciones.

Perdido el punto fijo de la "respetabilidad" hacia la supuesta variable disposición de la montaña (se desplaza) así como de otros aspectos referenciales similarmente considerados, el ser humano será obligado a encontrar otros contextos.

Contextos posiblemente interiores, puntando quizás esta vez en forma decisiva de procurar-los justamente a su interno, tratando de desarrollarlos para mejor identificarse en lo "respetable".

La búsqueda en los propios ámbitos lo acercarán más a comprender la diferencia entre: por un lado la "respetabilidad" de aquello material o celestial o representado por una entidad superior dominante (de por si impone sus dogmáticas condiciones), por otro cuanto merece el mismo nivel de veneración la practica y desarrollo de las "interiores imperceptibles pequeñas virtudes" capaces de rendir digna la vida y con ello hacerla suficientemente "respetable".

La primera reacción de los poblados Valtelineses ante la visión del desplazamiento del Bernina rumbo al lago, tan atónita como sorprendida, después de haber constatado en el hecho un acto voluntario, será aquella de calificar su conducta como un deplorable injustificado abandono.

La segura consideración emotiva de la población afirmará:

" Es reprobable cuanto el "respetado" y venerado símbolo de la región reconocido por todos como tal, los abandone dejando de concederle su mas ponderada imagen territorial, signo de identificación y pertenencia del entero cuerpo social.

Resulta inexplicable una actitud destinada a cancelar una condición de prestigio ganada de la entera zona, propuesta dentro de un contexto territorial-humano proyectado y crecido en un ámbito de profunda asociación de las partes".

A todo esto el Bernina no ha impuesto alguna condición o solicitado prebendas. En realidad no le interesan los homenajes o le importan las loas a él dirigidas, solo porque esta allí en su lugar de siempre totalmente aislado a trascurrir su inmóvil vida interesado a acuñar su ancestral sueño.

El Bernina se ha habituado a no ser comprendido por el ser humano. Este todo lo interpreta según lógicas emergidas del propio criterio desentendiéndose de aquel real presentado por las cosas en el campo directamente interesado.

Al Bernina poco representa ser "respetado" o merecer reconocimiento por aquello mostrado de su exterioridad, mas bien siente el profundo deseo de serlo por el tremendo esfuerzo necesario a ser empleado en el acto de desplazarse.

La gran mayor parte de los seres humanos entienden muy tardíamente o no llegan nunca a comprender los valores desprendidos de los cambios trascendentes. Mas bien dejándose llevar por una reacción refleja mas bien instintiva en primera instancia se oponen combatiéndolos áspera y agresivamente cuando se presentan, simplemente porque modifican habituales condiciones dadas.

Extraño y contradictorio el ser humano pues dotado de la innata capacidad de evolucionar a partir de si mismo, contiene contemporáneamente un substrato de componente de "inmovilidad" con abierta tendencia a frenar iniciativas.

Así el progreso es visto en general e inicialmente como un negativo, irrespetuoso hecho de transgresión.

Refleja e irrazonable oposición destinada a obligar a la evolución para seguir su de-curso de "mejoramiento", a superar sin alguna emotiva piedad las más de las veces la obcecada "inmovilidad" del ser humano.

El progreso ha adquirido un tan trajinante mecanismo de supera-miento de resultar totalmente anacrónica la posición de "respeto" refugiada en la "inmovilidad", o en acciones apoyadas conceptual-mente en el "pasado".

En realidad el "respeto" seria necesario adaptarlo en relación al valor específico concertado según su progresivo de-curso de configuración (adecuada actualización). Es imprescindible activar una ciencia destinada a cultivar el "respeto diversificado" dispuesto a enriquecerse y proponerse, según cambian o varían las propias formas de las circunstancias de vida.

Si el Bernina fuera en grado de trasladarse no será su grandiosa exterioridad a mover a una venerada (superficial) operación de "respeto".

El mismo se centrará en el fundamental acto interior dispuesto a alentar la actitud de movilizarse, en cuya esencia reside y tiene sus indiscutibles raíces, el cicló-peo, tremendo, ejemplar esfuerzo en su intento de desplazarse.

Es este hecho aquel de considerar en primer plano, porque el "respeto", en su matriz mas válida y profunda por cualquier persona o cosa, nace no de cuanto poder expresen los aspectos referidos a su exterioridad, sino del contenido de sacrificio profundo surgido de los actos comporta-mentales.

Sin rendirse cuenta el Bernina desplazándose (duramente recriminado de quienes se han sentido profundamente traicionados) está tácitamente cambiando el superficial, arbitrario sentido del "respeto hacia la inmovilidad".

El sentido de "respeto" otorgado a su condición de "inmovilidad" está en relación con la inmutabilidad y grandeza de su comportamiento físico plenamente reasegurante de los convencionales poderes dominantes.

Las formas del "respeto móvil" adquieren un significado más civil, paritario, humanístico, tal como requerido por todo aquello proyectado a ser interpretado bajo la enriquecida imagen de las profundas condiciones innatas, no representadas por la imaginaria exterioridad de superficial receptividad.

"Respeto" adquirido no por la omnipotencia física o por las diversas formas de poder expuestos exteriormente (más destinados a imponer obediencia) o por aquello supremo o insuperable.

"Respeto" intencionado a ubicar en primer plano la capacidad al sacrificio, al esfuerzo, a la generosidad, a la magnanimidad, a la humildad, etc. Condiciones si practicadas asiduamente por el ser humano lo distinguen haciéndolo merecedor a un justificado, concreto y real "respeto" nacido de su propio bagaje de cualidades.

Re-dimensionado la posición del valor del "respeto" de buscar en el desarrollo de las cualidades interiores del ser humano, se llegará a encontrar una versión más evolucionada y civil, finalizada a configurar una nueva y mejor forma de vida.

Convertir el "respeto" de tipo instintivo (superficial) en un "justo y racional atributo de mejoramiento interior", sería un consistente acto de re-ubicación del real "civil" valor intrínseco del término.

Todas estas ilaciones no interesan en ningún modo al Bernina, preocupado y concentrado en transitar su camino rumbo al lago.

4. RUMBO AL LAGO DE COMO.

El Bernina es feliz por el trayecto ya realizado, cuanto por la confianza paulatinamente adquirida en la capacidad de sus propios medios para desplazarse, si bien con la natural lentitud impuesta por su mole.

Por otra parte esa lentitud le permite ver, comprender y gozar con mayor intensidad lo presente a su paso.

Todo aquello de nuevo surgido a su tránsito es una continua sorpresa.

Más camino recorre, más descubre cuantas cosas ignoraba inmerso como era en su inmutable inmovilidad.

Tranquila, serena, inalterada inmovilidad "plena de consuetudinaria rutina".

En torno a ella giraban las siempre iguales limitadas visiones y problemáticas, encerradas en un estrecho y repetitivo círculo, al punto de hacerle creer inconscientemente cuanto ese era el más completo e importante espectro de conocer.

Una definida condición de "no cambio" destinada a exiliar la capacidad de sorprenderse, simplemente porque el imprevisto no existe o si se presenta (en

ausencia del hábito de percibirlo) se lo deshecha con temor, como si se tratase de un peligroso cuerpo extraño.

Cuerpo extraño de evitar la "sorpresa" de lo diverso, de considerar desde el ángulo de la inmovilidad representativa de la "no pertenencia" o de la pérdida de posesión y por ello una forma de pasaje mejor de desechar no de desear.

Porque más se encierra en la continuidad más se acentúa y desarrolla el virtual e imaginario sentido de propiedad de lo circundante.

Inmersos en la "inmovilidad" se gana en seguridad pero se pierde el sentido de la importancia de conocer todo aquello fuera del alcance de la relación directa (al margen del estrecho bien definido y localizado entorno).

También el Bernina al inicio de su aventura sentía un profundo temor de dejar el punto fijo de referencia, pero ha sido necesario recorrer poco camino para hacerle comprender cuanto la sorprendente, mutante diversidad consecuente al desplazarse, lleva a un más amplio y justo conocimiento de la realidad.

Porque no conocer más allá de lo circundante coloca a fuerza de girar siempre sobre los mismo motivos (como una calesita), en la subconsciente convicción de la inexistencia de otra mejor condición.

El Bernina ha comprendido no ser más al seguro pero es satisfecho, el riesgo vale la pena correrlo cuando conduce a nuevos conocimientos.

El hecho más importante es aquel de no provocar en su camino algún problema y por eso se mueve cuidadosamente, en el extremo empeño de demostrarse motivado del propio deseo de conocer en el respeto de todo y de todos.

También sabe cuanto encuadrado de perversas elucubraciones es el ser humano dominado de tendencias de inmovilidad en su forma de pensar y cuanto injusto acto negativo atribuye a la posible posición de "movilidad" de aquello considerado arbitrariamente "puntos fijos".

Espera ser dejado en paz en el tentativo de llevar adelante su sueño sin ser presa de injuriosas ofensas.

El ser humano se refugia en defensivas reacciones cuando algún advenimiento no concuerda con el predominante estatismo de su forma de pensar, actitud notoriamente prevalente sobre todo aquello de improvisado y de nuevo presentado a su juicio.

El imprevisto y el nuevo desorienta al ser humano necesitado de buscar rápido refugio en la seguridad ofrecida por lo ya puesto en práctica, como signo de un profundo y ancestral temor hacia lo desconocido o el diverso, obligado de ser sometido a un distinto encuadramiento.

Como tantas otras cosas percibidas a distancia por sus altas cúspides el Bernina intraverte la plana superficie del Lago de Como, siente ya aromas diversos, una brisa diversa y es consciente de tomar contacto con una realidad más completa y lejana de la imaginada desde su inicial posición de inmovilidad.

El previsto, aceptado obstáculo se ha revelado un bien, porque desplazarse así lentamente le permite asimilar todas las secuencias conducentes al nuevo.

El "cambio", el nuevo, aun aquel brusco capaz de sorprender es un hecho consecuente a la condición de "movilidad".

Una acción de esa índole origina una subsiguiente, tal como ocurre con una cadena dinámica donde los anillos se trajinan unos a los otros, entrelazándose a la manera de las notas musicales para dar lugar a una componente integrada.

Con la finalidad de conducir al "cambio" a ser aceptado como un mecanismo natural, es preciso se proceda a aplicarlo en modo lento y continuo sin sufrir interrupciones, en manera paulatina y consecuente según una incorporación insensible al interno de la forma de vida, porque así lo pre-vede el de-curso evolutivo de cualquier sistema a través del tiempo.

Si las cosas "cambian" naturalmente en forma más o menos gradual, la "inmovilidad" o la tendencia a imponerla, sería un arbitrario artificio de definir como "interés contradictorio" pues en errónea posición respecto a la realidad cósmica.

A este punto la actitud del Bernina es pionerística porque un día (no esta dicha la última palabra), también las montañas podrían moverse, relativamente pero moverse.

Ello constituiría una eficiente prueba de cuanto todo en menor o mayor grado es sometido al acto de "cambiar", y de vivir permanentemente bajo esa condición.

"Cambio" más o menos visible o no aparentemente comprobable o no directamente notado, pero sin duda presente en las características intrínsecas de cada cosa o ente viviente existente sobre la tierra.

Con toda probabilidad el ser humano es una entidad con una alta capacidad de desarrollar el sentido del "cambio", y por ello justamente quien encuba los mayores temores a afrontarlo y a incorporarlo como parte activa en su vida cotidiana.

Temor a reconocer esa capacidad de "cambiar" como un bien de inconmensurable valor de ser cultivado, dirigido, regulado orgánica-mente, pero no combatido o renegado porque considerado base promotora de la decadencia de la seguridad de la inmovilidad.

La decadencia no tiene su origen en la capacidad o velocidad de sucesión de los "cambios" como piensan los sostenedores de la inmovilidad. Es provocada por el periódico y puntual deteriora-miento interior del ser humano ante la presencia de lo "nuevo", hecho probatorio de su lábil inmadurez espiritual.

Valía la pena llegar al Lago tan diverso de él, piensa el Bernina y también igualmente atrayente y sugestivo en su propia genuina esencia.

Además haber llegado al Lago le ha permitido descubrir cuanto más importante es aquello realizado en cubrir la distancia para alcanzar esa meta, respecto al propio evento de encontrarse allí.

Es mucho más estimulante, compensante en refuerzo de la propia estima, calificarse por cuanto se es capaz de producir hechos concretos, de aquello representado de exaltantes apariencias pero reflejo de exterioridad (propuesta por el Bernina con su imponente y bella masa).

Ahora a diferencia se siente verdaderamente orgulloso por aquello expuesto a nivel de tenacidad de espíritu, de voluntad, de sufrido esfuerzo demostrado en el trasladarse.

El Bernina se considera mas completo, mas integrado exterior e interiormente. Válido en el mérito de sentirse realmente satisfecho de si mismo.

Las sombras invaden la rivera del Lago y él espera cansado pero curioso el momento en el cual las aguas se adormezcan.

También este esfuerzo de prolongar el ansiado descanso vale la pena, porque le ha permitido descubrir el modo de reposar del Lago, totalmente opuesto al suyo acostumbrado a acomodarse sobre si mismo.

Sorprendente-mente el Lago duerme en movimiento.

Extraña forma de reposar, inadmisibile para una montaña por tanto tiempo impedida de evadir de su inmovilidad .

No teniendo posibilidad de conocer otras formas de ser y comportarse, se sume en tal ignorancia al punto de considerar taxativamente lo desconocido, decididamente inaceptable cuando totalmente diverso a las propias condiciones.

El lago lo hipnotiza.

En su superficie dan la impresión de vibrar millones y millones de invisibles inquietos pies involucrados simultáneamente en una armónica infinita piafan-te danza de conjunto, sin saber cosa sea la fatiga, o mejor ejercitándose como un perpetuo acto reflejo.

Una rítmica danza repetida en ininterrumpida y silenciosa continuidad, sobre tiempos simbolizan-tes el movimiento perpetuo.

Movimiento extendido uniformemente sobre toda su superficie, diluyéndose mansamente en la rivera, para tornar a reformarse.

Superficie dinámica dispuesta en ondas armoniosas y en modo organizado, bajo la batuta de un acompasado, incansable, obsesivo director de orquesta.

5. EL HÁBITO Y LA INDIFERENCIA.

Llama la atención del Bernina el contraste entre las esplendidas y sugestivas sensaciones a él provocadas por el Lago de Como y la indiferencia mostrada por las montañas vecinas allí residentes.

Al inicio no entendía si su ansia de conocer rendía emotiva-mente magnífico aquello presentado ante su vista o esas montañas en torno al Lago eran incapaces de gozar del contacto con el mismo.

Ha sido necesario retornar atrás, a la inmovilidad como perpetua condición sin cambios, para comprender como el perseverar de esa situación convierte al contexto siempre igual a si mismo tan exasperada-mente previsible, tan justa representación del punto fijo de transformar a las partes en componentes insensibles.

Las componentes se hallan inmersas en una inmutabilidad tan invariable de hacer puerilmente innecesario, centrar la atención sobre aspectos no dispuestos a ofrecer algún dato de diversificación coreográfica.

Si bien en este caso los elementos son diversos (Lago-Montaña) el contexto general integrado constituye un todo encuadrado bajo la única dirección de la "inmovilidad".

También elementos de diversa índole caracterizados por ofrecer motivaciones diferentes, si se encuentran circunscriptos en el estrecho ámbito de una condición de estática, enmascaran, esfuman la propia identidad para pasar a configurar un contexto impersonal.

La imposibilidad de algún cambio del entero cuadro, reduce en forma determinante hasta hacer desaparecer las virtudes características de cada una de las partes.

Virtudes factibles de expresarse en el campo de una personal capacidad de "cambiar", de incrementar en modo inimaginable la posibilidad de sorprender y con ello de maravillar, tal como en esencia sugiere el modo de proponerse.

Las montañas nacidas junto al Lago y preparadas a acogerlo se han dispuesto en alguna manera preventiva a constituir con él una integrada estructura común, componiendo en sí un ente "inmóvil".

El conjunto se comporta sin reservar a las partes (lago-montaña) algún tipo de sorpresa o de admirado reconocimiento como sucede con todo aquello de "cambiante" o de nuevo propuesto de improviso en el campo coreográfico.

Entrando en un riesgoso terreno es factible considerar el "cambio", un acto interesado en desencadenar la presencia de vitales mecanismos interiores, dispuestos a estimular e impulsar todo aquello intrínsecamente destinado a vibrar, porque motivado e incitado en la búsqueda de lo ignoto, al mismo tiempo existente pero ignorado.

Por lo tanto es posible deducir: el "cambio" es el más incondicional aliado del conocimiento, hecho jamás factible de ser agotado.

La eterna, inútil persecución (cambio-otros conocimientos) está destinada a no llegar a conocer la palabra fin.

La posesión de conocimientos más se tiene la impresión de acercarse a ella, más demuestra de ser inalcanzable.

La imposibilidad de dominar los conocimientos en su entero contexto es hija directa de la vital capacidad, de la esencial tendencia natural a "cambiar", punto de partida de siempre nuevos advenimientos.

Si el conocimiento es el hijo del "cambio" la ignorancia lo es de la "inmovilidad".

Retrograda en la errónea y superficial convicción de cuanto mayor es el influjo del "cambio" tanto más perjuicios provocarán las consecuencias resultantes del mismo.

No es difícil encontrar en defensa del retrogrado "pasado", la tendencia a idealizar viejas forma de vida en realidad ricas de profundas injusticias y malas costumbres.

Costumbres si bien perfectamente comprensibles dadas las inadecuadas condiciones de desarrollo material y cultural, seguramente de no considerar en modo "inmóvil" medios de ejercitar en todos los tiempos.

Siguiendo una línea evolutiva ideal, mayor entidad de conocimientos significa más renovación aplicativa, más progreso, mejores condiciones de vida y de desarrollo interior.

El Bernina llegado al Lago intuye haberse alejado de la "inmovilidad" y ya se siente otro, menos tranquilo, menos sereno, pleno de interrogantes, temeroso del futuro y no seguro de una continuidad, pero en este de-curso ha adquirido conocimientos y preparación de incalculable valor respecto al acumulado a lo largo de todo su ancestral letargo secular.

Si la perfección no existe tampoco la duda en la elección entre: lo imperfecto abierto al conocimiento y lo imperfecto sujeto a la persistencia de la ignorancia.

Si sobre el campo de la razón cada una de las posiciones precedente-mente citadas presenta puntos de vista plausibles a cada tendencia, sobre el aspecto del valor intrínseco de la posición adoptada, el segundo volcándose a la "inmovilidad" preserva el "pasado" y anula el "futuro" considerándolo una peligrosa incógnita. Actitud incompatible con las características del ser humano, y también respecto a aquella representada por todos los ámbitos de la naturaleza. Esta entidad madre modificándose según sus tiempos y medios, propone el "cambio" como motivo incontrovertible de su de-curso evolutivo.

6. RE-ORDENANDO LAS IDEAS.

Relajado, vecino al Lago de Como, el Bernina cuando no es abstraído en las mil sensaciones provocadas por lo nuevo, trata de recapitular lo hasta ahora vivido tomando en particular consideración aquello de establecer respecto al de-curso a seguir.

Le ha tomado el gusto al hecho de "conocer" y consciente de los mil inconvenientes, cree, una vez superadas las incógnitas e in-certezas de las primeras pruebas, poder abrirse al intento de proyectarse más allá en la prosecución de la aventura.

El iniciar a conocer le ha hecho descubrir la vastedad de todo aquello desconocido.

Lo emprendido y realizado es poco o nada nada respecto a la entidad de aquello apenas vislumbrado, cuya incalculable dimensión aún disponiendo de un tiempo eterno no podrá ser jamás conocido en su entera integridad.

Retornar sería como considerar suficiente después de un prolongado verano de sequía, sentir el sabor de pocos minutos de una escasa y pasajera garúa. El hecho solo ha sido útil a tomar conciencia de la gravedad de la sequía.

Tal vez a este punto cuando se han abierto las puertas a expectativas del todo motivan-tes o mejor entusiasman-tes, hubiera sido más oportuno no haber iniciado siquiera la aventura cuando no creía o la imaginaba tan apasionante.

Es difícil una vez superada la limitada idea surgida de la "inmovilidad", con a disposición un panorama de conocimientos tan amplios, sorprendentes e inesperados en su variedad y significado, detenerse ahora una vez puesta en evidencia la diferencia.

No existe posibilidad de útil confronto entre la idea de volver y aquella de proseguir. Retornar significaría una derrota todavía mas dura de aquella de no haber tenido el coraje de iniciar la aventura, de haber hecho a menos del acto de partir.

Sucede como cuando en la vida se inician y no se terminan las cosas emprendidas. Dejan el sabor de la derrota mas amarga, pues extravasan en una ruinosa condición de la cual terminan por resentir todas las componentes interiores.

En el ámbito de las "cosas inconclusas" será inevitable el confronto entre las componentes interiores empeñadas en mutuos reproches, destinados a atribuirse las culpas del mísero comportamiento las unas a las otras, En realidad todas se sienten involucradas en la indolente posición de no haber reunido la suficiente propiedad y capacidad de esfuerzo, y particularmente el coraje necesario para afrontar hasta el fin el proyecto prefijado.

Seguramente la debilidad, mezcla de indiferencia y superficialidad, del predominio del pesimismo o de la presuntuosidad de prever la imperfección de aquello proyectado (nada es perfecto), va condenada como cómodo fruto de una misera consideración de si mismo.

No llevar a término aquello ya iniciado y en algún modo desarrollado se traduce y convierte en el más denigrante elemento de un propio deplorable estado interior. Inflige una pesada carga de descrédito al sentido de auto estima destinado a sufrir un profundo golpe a su autoridad, consciente-mente aceptada y repudiada en su negativa posición.

Si el Bernina piensa (aunque muy posiblemente derrotado en su intento de llevar adelante su aventura) de continuar a trasladarse para conocer habrá tomado la justa posición para obtener el propio respeto. Enrocarse en defensa, volver al seguro lo llevará a convivir el resto de su existencia con el intolerable peso de una destruida auto-estima.

No es la derrota a poner en crisis la auto-estima, son los ladrillos faltantes a los hechos iniciados y no llevados a conclusión, los proyectos no dotados del suficiente espíritu de sacrificio para llegar a concretar, o todo aquello decidido a no afrontar para evitar complicaciones; ciertamente las causas determinantes de la anómala condición.

Se peca de estupidez y superficialidad en definir "perdedor" a los derrotados o a quienes no obtienen resultados, efectos del todo accidentales porque dependen las más de las veces de episodios circunstanciales.

Por otra parte ser "verdaderos perdedores" no tiene ninguna relación con la superficial composición de lugar hecha por los demás. El hecho nace en las profundas propias causas nacidas en la interioridad, re-conducibles a la pérdida de

la auto estima.

Así un premiado o quien ha obtenido óptimos resultados puede ser interiormente un "perdedor", si para conseguirlos superada la vanidad del éxito y contemplando las cosas en plena conciencia, reconoce haber puesto en juego aspectos (solo por el conocidos) en grado de comprometer seriamente su auto-estima.

Otra persona comporta-mentalmente integra puede en cambio conservar su auto-estima, aunque jamas dejará de ser un anónimo "perdedor" ("ganador" en su propia consideración interior).

Los fluidos y lábiles conceptos capaces de girar en torno a los factores condicionantes de la propia auto-estima, se presentan en general mal definidos y aplicados.

La confusión originada en torno a la auto-estima genera opiniones divergentes y contrapuestas, útiles a desvirtuar aun mas el verdadero sentido del significado del término, hasta llegar a no ofrecer la más mínima válida indicación.

Reconduciendo la auto-estima a niveles colectivos, una sociedad impulsada por una u otra razón a no cumplir con imprescindibles programas previstos, no lleva a termino las necesarias reformas de actualización, deja in-actuadas obras de modernización, en fin no inicia y termina proyectos considerados esenciales para mantener e incrementar el bienestar de su forma de vida; es una comunidad destinada a perder su auto-estima.

Ineptitud proyectada insensiblemente a transgredir el real sentido del orgullo de pertenencia y destinada a embocar la triste vía del "degrado".

El Bernina ya no tiene dudas está firmemente convencido de continuar con la aventura.

Acepta en conciencia los infinitos inconvenientes de encontrar durante el camino incluso aquellos insalvables, pero solo estos podrán hacerle abandonar la idea de proseguir hasta completar su sueño de conocer.

Se prodigará hasta el extremo de sus posibilidades.

Sabe ahora cuanto significa poner en juego la propia "autoestima" y la importancia de mantenerla intacta si se hace o intenta lo imposible para llegar a conformarla.

La "autoestima" nunca ha sido puesta en discusión en su precedente posición de "inmovilidad" y por ello jamas conocida en su fundamental valor.

Valor basado en la calidad y propiedad de las decisiones interiores, en la intención y comprensión de configurar y construir enteramente del inicio a la fin un proyecto "móvil e imprevisible" cimentado en las propias fuerzas.

7. DECIDIDO A PROSEGUIR.

Esa noche cercano al Lago el Bernina durmió poco.

Emocionado por haber decidido a continuar adelante con la aventura y sobre todo reflexionando acerca de las posibles mas indicadas direcciones a seguir.

Probablemente dirigidas a elegir en contraste a las regulares condiciones de su forma de vida.

Para establecer nuevos contactos y experiencias era preciso prefigurar una línea. Una definida línea de intenciones de los tipos de conocimientos dispuestos a revelar-le en el modo mas amplio posible, todo aquello distorsionado y confundido resultante de su ancestral posición de "inmovilidad" superada.

Ámbito mal configurado a fuerza de tratar de darle forma utilizando la imaginación o recurriendo a ideas aproximadas, típico de los datos o temas adquiridos por vía indirecta.

Impresiones inciertas transformadas en propias arbitrarias razones bajo el impulso de una predominante influencia generada en el limitado, circunscripto contexto del estrecho y cerrado círculo de residencia.

Contexto denso inexorablemente impermeable a influencias externas, amparado en su extrema fortificada limitación defensiva en una estructura dotada de un alto nivel de "segura inmovilidad".

El contexto así consolidado en sus inexpugnables afirmaciones, se aleja, se aísla, se desinteresa del resto para asegurar de mantener inabordable su integridad.

Estructura densa de circunscriptas certezas, inviolable y segura en su propia dimensión, pero destinada a perder el ágil tren, del lábil, mutante, floreciente impulso de la evolución.

Por ello la "inmovilidad" aparece retrograda, inadecuada no preparada a seguir los influjos prorrumpen-tes e in-arresta-bles del progreso.

El progreso se presenta en apariencia capaz de someter a la "inmovilidad" bajo el peso de las razones de la innovación promotoras del "cambio".

En realidad la precedente apreciación resulta un irreal espejismo.

La "inmovilidad" dispone de una ancestral capacidad de reacción y pese a aprovechar de las ventajas del progreso (directamente o con sutiles subterfugios) continuará a contraponerse al mismo con dureza, perseverancia y capacidad de acción.

Ello provoca una híbrida dualidad "pasado - presente" conformando una bufa caricatura plena de contradicciones y convertida en patético desencuentro cuando se confrontan "pasado - futuro".

El todo así instrumentado se propone como una estéril lucha "inmovilidad - movilidad", incapaz de proyectar el mas mínimo haz de luz en la cuestión.

El arbitrario entremezclarse de factores refleja una forma de pensar desarticulada e ineficiente, productora de un estado de contraste degradante entre las condiciones de "evolución y de estática".

De frente a un trascendente periodo de evolución y progreso o se es bien definida-mente retrogrado, inmovilidad, o se es decididamente a favor del cambio y la transformación.

Tratar de mediar o de estar en la probable indicación intermedia entre una y otra posición (inmovilidad -evolución) es erróneo porque el único resultado obtenible será aquel de restar fuera de la órbita del "progreso".

En la incontrolable tormenta desencadenada por los trascendentes fenómenos evolutivos de estos tiempos o se es decididamente y con convicción "integralmente con el progreso" o no se es de hecho con él, y esto último sucede cuando la "inmovilidad" se ha embarcado subrepticamente en la nave de la innovación.

El justo y permanente equilibrio no forma parte de los componentes aplicativos re-conducibles a los fenómenos generadores de "progreso" evolutivo. Estos no disponen del tiempo o la intención de articularse a tales efectos. Por toda respuesta se desinteresan de producir advenimientos en un campo de "justa medida", los generan y basta.

El "progreso material" es un "huracán o ciclón" imposible de regular. O se sigue a la loca velocidad impuestas por sus ritmos de acción preparándose y capacitándose para adecuarse a aprovechar todo aquello de positivo ofrecido, o se queda relegado a pisotear en retroguardia los restos de lo antiguo dejado despectivamente a su paso.

Por otra parte bien demuestra la historia cuanto el progreso haya ido transformando la barbarie del ser humano, así como tanto incivil, despótico, tétrico y obcecado se haya demostrado este cuando ha intentado de detenerlo.

Detener el "progreso" es la posición adoptada por aquellos mecanismos intencionados a demostrar la incapacidad del ser humano en buscar el justo adecuamiento y solución a las nuevas problemáticas. Problemáticas surgidas lógicamente de los advenimientos innovadores, no privo de provocar modificaciones comporta-mentales (resultan en realidad una inevitable consecuencia).

El trueque "progreso" y cumplir con la ley de "causa-efecto" (integral, material y comporta-mental) requiere equidad de tratamiento de las partes. Pretender la "innovación" sin las consecuentes modificaciones provocadas por la misma en la forma de vida, es como si a la intención de cada individuo de tener derecho al uso del automóvil, no se aceptase como lógico un incremento en la congestión del tránsito.

8. TIEMPO DE CONFRONTO.

Tomar conocimiento real, implica frecuentemente ir al encuentro de la necesidad de meter en discusión los propios afianzados principios, esos firmemente sostenidos y consolidados.

Posiciones frecuentemente radicadas consecuencias de un "hábitat" dispuesto a caracterizarlas y afirmarlas.

De frente a esta cerrada condición el Bernina, después de haber llegado al Lago, considera justo confrontarse con realidades diversas de aquella presente durante su entera existencia.

Antes todo desea conocer una gran metrópolis para verla en su cotidianidad.

Le interesa establecer el nivel de contraste entre su ancestral contexto de aislamiento, de sereno silencio, del pacífico e indolente transcurrir del tiempo, con el desenfrenado ritmo de vida de los aglomerados humanos propio de los grandes centros poblados exasperada-mente congestionados.

Piensa oportuna la elección de este contrastante primer paso destinado sin contemplaciones a conocer otro mundo, totalmente diverso o mejor opuesto al suyo.

Milán constituye un buen ejemplar, se encuentra bastante cerca y es una óptima representante de ese tipo de realidad.

9. LA CIUDAD.

Inquieto bajo la impelente imposición de la curiosidad se dispone a marchar bastante antes del alba.

En tanto se aproxima a la ciudad los tímidos y tenues señales del nuevo día lo van impregnando y acusa la impresión o mejor intuye el acercarse además de la natural metamorfosis entre la noche y el día, de una transformación en el modo de ver las cosas.

Las pequeñas cintilares luces en movimiento de los pocos automóviles del inicio, se están multiplicando de momento en momento en una progresión incontenible y dan la impresión de dar vida a una enloquecida, luminosa sinfonía "en crecimiento". El incrementarse de las luces del alba, rinden más palpable y nítida una dominante profusión dinámica.

Delante a ella el Bernina en un primer momento aturdido solo tiende a detenerse y mirar extraviado, desubicado del febril movimiento que se alarga gradualmente y cada vez más rápidamente se extiende al entero contexto de la ciudad.

Una experiencia inaudita, inigualable en su proporción, para quien como él ha transcurrido su entera existencia en el aislamiento, la soledad, la inmovilidad y la serenidad más absoluta.

Después de algunos momentos de confusión, de incompreensión y de un reflejo acto de rechazar casi instintivamente el primer contacto con todo aquel caótico y diabólico marisma, se calmó e intentó tratar de comprender el fenómeno.

Efectivamente después del primer impacto con cualquier cosa de insólito, el acto más justo y prudente es aquel de no reaccionar instintivamente dejándose conducir por las más inmediatas impresiones.

Las primeras impresiones tienden a refugiarse en la seguridad otorgada por los adquiridos principios de inmovilidad, necesariamente de contrarrestar para habituarse al devenir desjuiciado y amorfo de los nuevos advenimientos, observando, escuchando y percibiendo sin poner en juego ninguna componente interior ya crítica o complacida.

Es preciso darse el tiempo de habituarse a aquello al inicio extremadamente extraño, simplemente estando en contacto con el mismo, hasta atenuar el impacto provocado por la sorpresa generada por lo "nuevo".

Superada la inicial situación crítica con la continuidad de contacto, la relación con un nuevo advenimiento pasa a ser un acto común hasta llegar a establecer una comunicación regular.

También en un primer contacto con cualquier tipo de diversidad (cambia extremadamente una prospectiva), la cosa más justa de hacer antes de rechazarla consiste en habituarse a convivir con ella. Mas tarde cuando las impresiones iniciales hallan agotado infundados temores e instintivas reprobaciones sin válidas razones, afrontar el caso bajo un más equilibrado y si se quiere riguroso y exhaustivo análisis.

Es impropia e injusta la inmediata instintiva reacción de rechazar un "monstruo", si está allí pasivo, curioso y pacífico sin presentar algún signo de agresividad, por el solo hecho de tener un aspecto chocante.

Si aparece naturalmente lógica una primera reacción tendiente a retraerse, se revela erróneo asociar la "monstruosidad" (hecho superficial) a injustificadas razones proyectadas a dar el derecho a descartar-la por ese hecho exterior.

A la montaña una gran ciudad al primer impacto asemeja a un incomprensible e irritante "monstruo" hasta una vez pasado el primer estupor, cuando inicia a habituarse a su desenfrenado movimiento.

Observándola mejor y más emotiva-mente distanciado, la ciudad, es desenfrenada pero no desorganizada.

Se propone en realidad con una insólita, singular, desordenada articulación.

Si bien da la impresión de moverse desorganizada-mente responde en realidad a una integral, definida, propia, casi improvisada funcionalidad.

Constituye un integrado complejo y extraño cúmulo de diversificadas actividades, a cuyo indomable modulo es preciso reconocerle el haberse dotado de una "organización dinámica "sui generis".

En este sentido el Bernina acepta cuanto la "inmovilidad" en la simplicidad de su limitado propio ordenamiento, no presenta complejas problemáticas de resolver, como aquellas surgidas de un excelso exponente de la "movilidad" representado por la ciudad.

Si a la simplicidad de la "inmovilidad" se agrega una natural tendencia a eludir todo aquello dispuesto a incrementar el nivel de dificultad, aun cuando a complicar llamen los beneficios procurados por la evolución y el progreso; ésta condición haciendo fundamental recurso a la funcionalidad de lo elemental, se convierte también en una retrograda posición proclive al atraso, al empobrecimiento y al no "cambio" cultural.

No obstante el impacto inicial, el Bernina más se interesa en conocer las tramas íntimas de los aspectos fundamentales de la gran ciudad, más la aguja de la balanza

bruscamente inclinada al comienzo hacia el acto de desecharla, retorna lenta pero en modo continuo a recuperar una posición de re-equilibrio.

La imagen intolerable del primer contacto con el monstruo, se va diluyendo, esfumando, transformándose hasta convertirse en una entidad afín con sus defectos y virtudes.

La gran ciudad profundizando el conocimiento de sus contradictorios recursos aparece como un intolerable "monstruo" a la "inmovilidad", ojos particularmente interesados en encontrar bello y perfecto todo aquello representado por poco o ningún "cambio" experimentado a lo largo del tiempo, en relación a sus precisos y seguros puntos de referencia.

El resto o mejor todo aquello bajo el ejido de una rápida dinámica de "cambio" no es para la "inmovilidad" de tener en consideración como sistema, porque fuera de los justos limitados fundamentos capaces de hacer prevalecer en continuidad estabilidad y seguridad.

La "inmovilidad" cree erróneamente esos principios representen una inextinguible perfección dogmática de seguir a la letra por siempre, merecedores del respeto y devoción en sostén de lo infalible, de proteger y aplicar como un intocable no re-dimensiona-ble credo religioso.

La vida regular, tranquila y ordenada, el sereno silencio donde predominan los ruidos de la naturaleza, no aparecen ya al Bernina tan determinantes factores positivos.

Estos ya no aparecen suficientes a contrastar la opresión y aislamiento de una in-colma-ble ausencia de actividades humanas relacionadas con su interioridad, sumida en el ostracismo de la inmutabilidad.

Las actividades humanas de los mil volt-os contribuyen a desarrollar la vida interior puesta de manifiesto por múltiples y diversas formas de cultura.

Las funciones culturales en lugares donde no se ejercitan no aparecen relevantes. En realidad llenan un importante espacio cubriendo en modo imprescindible un in-colma-ble vacío interior.

La condición de vacío interior (cuando dominante) es capaz de influenciar seriamente la forma de vida, mostrándola incompleta y con ello relegada a una subsistencia sustentada en superficialidades.

En el ferviente desarrollo de las ideas en cuanto heterogéneas y en continuidad surgidas en el ámbito de la ciudad, el Bernina siente esplender la fulgurante luminosidad característica identificadora de los ámbitos metropolitanos.

El permanente, ininterrumpido flujo de iniciativas no importa con cuanto mayor o menor valor, ofrecen el panorama de un trajinante impulso del "querer hacer" en todos los frentes.

En la ciudad los estímulos de todas las índoles nacen en modo desordenado pero prolífico, así como los hongos encuentran en un determinado hábitat las mejores condiciones para desarrollarse.

Si la tranquilidad y la regularidad son los atributos bases habituales al Bernina, la gran ciudad es la caldera inigualable, del todo insustituible y necesaria para compensar con las mejores dotes humanas, la "inmovilidad" sostenida preferentemente en lugares donde predomina la ley de la naturaleza.

El Bernina ha descubierto cuanto el horrendo "monstruo" (su formación en la "inmovilidad" le había presentado al inicio como directa imagen de la ciudad), era una apreciación significativamente errónea, una interesada posición destinada a proteger la escasa, indolente propia configuración argumental de índole estática.

La "inmovilidad" sin alguna posibilidad ni intención de defender ciertas importantes propias limitaciones y deficiencias, juega de anticipo y contra ataca a la "ciudad" centrándola con feroces críticas, exaltando las con-clamadas y admiradas dotes presentadas por la naturaleza.

El Bernina llega a comprender ahora la importancia de conocer y profundizar, pues clarifica y re-dimensiona, metiendo en discusión el entero cuerpo argumental de la temática tratada.

El ubicar a la "inmovilidad" al centro de proyección ocurre como en un castillo de cartas, a partir de la inestabilidad de una de ellas, caen todas las otras casi simultánea y ruinosamente procurando un contexto desmoralizante.

El hecho pone de manifiesto el irrisorio esqueleto de su arquitectura (en realidad inexistente) basado en un sofisma del todo incapaz de resistir el mas mínimo condicionamiento.

Del mismo modo los argumentos de "inmovilidad" se confirman alrededor de una posición asumida bajo la forma de una superficial seguridad.

Seguridad y estabilidad predispuestas a crolar como por arte de magia cuando el atraso, la in-eficiencia, el estancamiento, la desmantelan de un golpe exponiendo el contexto a una determinante e inevitable debilidad.

Conocer la gran ciudad ha creado en el Bernina punzantes interrogantes.

Ya no es dispuesto a reafirmar su precedente posición definida-mente negativa.

Cierta o injusta es una consideración no sorprendente cuanto las metrópolis de siempre han sido condenadas por sus vicios de la "inmovilidad".

"El infierno de la ciudad encuentra alivio en el pacífico y sereno ámbito de la naturaleza incontaminada", es uno de los innumerables eslogan decidido melodramáticamente a atribuir todas las miserias a la ciudad y todas las virtudes a la inmutable naturaleza.

Resta saber cuanto la "inmovilidad" inspirada en la naturaleza (no en efecto "estática"), interfiera negativamente al punto tal de convertir a ese ámbito en el inconsciente centro de una errada posición conceptual, estimulando llevar al ser humano de ello convencido a un prolongado e in-arrestable "degrado" interior.

Respecto a la insoportable condición de la calidad de la vida tan ostensiblemente (por una u otra causa) presente en la ciudad, también se verifica por diversos y opuestos motivos en la estabilidad ofrecida por la "inmovilidad". Donde reina la paz y el silencio de la naturaleza, también fácilmente ello se convierte en soledad y

ostracismo.

En líneas generales el ideal paraíso del “pasado” dominado por la naturaleza, responde a eslogan folclóricos recreados siempre alrededor de las mismas coreografías, orientadas a exaltar el sabor de lo viejo en todas las salsas. De allí consecuentemente se pasa a castigar la irrespetuosa ignominia del “cambio”, de considerar a los ojos de la “inmovilidad”, un artificio capaz de trastornar y arruinar su perfecto e inmaculado "estatus".

Perenne “estatus” quien en su eterno rol de ejemplar artífice, se proyecta en el imaginario recuerdo impregnado de sabias e insustituibles certezas.

La "inmovilidad" derivada en reminiscencias configura deseos fantásticos convertidos en hechos con la complaciente complicidad del tiempo, en cuyo seno se diluyen fluctuantes, aparentes realidades del “pasado” no corroboradas por pruebas suficientes.

El Bernina ha tomado conciencia del valor de las dudas como lógicas útiles consecuencias del conocimiento, así cuanto clarificar su confusa y completa trama conduce a acercarse a la verdad.

La verdad tanto más taxativa e unilateral-mente se la considere, tanto mas distante de la misma se encuentra.

El Bernina inicia a advertir cuanto la perfecta "inmovilidad" en el cual vivía, era de considerar tal porque no sujeta al “cambio”.

No adquirir nuevos conocimientos mueve a alimentar un circuito cerrado dispuesto a auto-estimularse en su negativa posición.

En realidad la “inmovilidad” lo reflejaba en un inerte espejo de si mismo, vegetando sin experiencias diversas capaces de enriquecerlo o demostrándole cuanto el transcurrir del tiempo se ha sucedido en vano, repitiéndose como el interminable pasaje de un tren en marcha compuesto de infinitos vagones todos iguales y vacíos.

La "inmovilidad" en su ordenamiento esencial busca en sus principios y sus circunscriptas prospectivas, confirmar el absurdo axioma de intentar detener el tiempo en un punto fijo, cuando el mismo continúa a transcurrir inexorable e inflexiblemente.

Una forma de tratar de aferrarse a una aparente seguridad guiada de la inviolable regla del "no cambio", intento de revelarse finalmente inseguro porque fuera de la realidad.

Cuantas cosas se entrelazan en el pensamiento del Bernina confrontando los extremos de su hábitat de aislamiento e "inmovilidad", con el dinamismo de la ciudad dominada de una desenfrenada movilidad.

El confuso ir y venir de razones y contra razones lo hacen sentir no obstante no haber llegado a conclusión alguna, mas maduro y justo en sus nuevas y diversa posiciones.

También ha aprendido a establecer la entidad de la fatiga ocasionada por los pensamientos razonados. Complican y agobian tanto o más de aquellos físicos, porque seguramente se presentan mas incisiva-mente asilantes y difíciles en el intento de liberarse de ellos.

Aún cuando ya la oscuridad de la noche ha ganado nuevamente la ciudad no se atenúa su incansable dinámica.

No obstante ello el Bernina después de sentirse también él trajinado en el continuo movimiento experimenta una irrenunciable necesidad de reposo.

El día ha sido extremadamente agitado y excitante en relación a su habitual medio, condimentado y trastornado de tanto dinamismo y diversidad. Es necesario retornar a la paz concedida por el sueño e insertada en su silencioso contexto.

También es esencial recuperar serenidad (en ningún modo entiende privarse), así como no olvidar la frenética movilidad de la ciudad si pretende conservar en ese escenario el suficiente imprescindible equilibrio para interpretarla.

El Bernina se deja llevar hacia un benéfico reposo no interrumpido esta vez por las desvelantes emociones.

Prevalece un particular cansancio nacido del confronto con un medio totalmente opuesto al suyo.

10. EL MAR Y EL DESIERTO.

El Bernina le ha tomado el gusto a andar los caminos, y todavía mas sabor a adquirir conocimientos orientados a re-dimensionar tantos aspectos permanecidos al oscuro, en la bien definida posición nacida de una "inmovilidad" no dispuesta a arriesgar esclarecimientos.

Ha decidido ir al encuentro del desierto, ese exterminado manto de arena y de viento predisposto a correr sin obstáculos de un extremo al otro de sus límites.

Era partido con la idea de conocer y confrontarse y/o establecer niveles de valores. Su experiencia de contacto con la ciudad, un conocimiento mas profundo de la misma le ha hecho comprender cuanto los parangones entre diversidades es del todo in-concluyente si pleno de propios prejuicios.

Desde un ángulo mas equilibrado la incompatibilidad entre las partes (contraposición), convierte la propia exaltación de preciados particulares con los cuales cada uno piensa de ser acreditado, en la casi siempre ausente virtuosa condición de reconocer ecua-mente en el otro versan-te el reflejo de propias carencia.

Para cada parte en confronto sería mas importante detectar intrínsecas defecciones a partir de constatar esas propiedades en la otra, y no continuar a enaltecer las suyas de cualquier manera ya presentes y resaltadas.

Propias virtudes tal como enseñado al Bernina de la "inmovilidad", de considerar una parte incompleta, muy lejana de poder aparecer y definirse ideal. En realidad se proponen como excelsos ejemplos en tanto permanecen en el limitado campo de conocimientos circunscriptos al estrecho círculo de pertenencia.

En las alas del entusiasmo y con un no poco común desenfado el Bernina ha decidido de prefijarse como próxima meta aquella de llegar hasta el gran desierto africano.

Quiere palpar de por sí la magnificencia de este fenómeno natural.

Sabe también estar exagerando porque una cosa es adherir al "cambio" y otra llegar a poder transformarse en modo tal de flotar y desplazarse a través del Mediterráneo. La parte dominante de la "inmovilidad" (todavía lo acompaña), por otra parte y justamente a los ojos de la norma considera el tentativo una locura sin sentido, un seguro suicidio sin dar posibilidad a otras variantes.

No obstante ello el ansia de conocer, de vivir nuevas experiencias lo invaden por completo y las justas motivaciones lógicas aparecen como un insufrible, insoportable freno de no respetar.

Por otra parte si navegan trasatlánticos, cruceros, enormes petroleras con la mole y el peso de una montaña, porque no puede navegar el siéndolo realmente.

No está dotado de motores para desplazarse pero la base de sustento inferior es enteramente cubierta de resistentes y flexibles raíces.

Estos elementos si bien mantienen su masa establemente adosada al terreno, liberadas de la pesada convicción de la imposibilidad de moverse, le han permitido sustentado en un infinito cien-pies desplazarse hasta este punto cuando no tenía la más mínima esperanza de hacerlo.

Una vez desvinculado en agua sería necesario orquestar un armonioso movimiento de sus raíces en búsqueda de una estratégica dinámica, apropiada primero a permitirle flotar y luego a desplazarse.

Por otra parte no importa con cuánta lentitud transite el mar hasta llegar a la costa africana puerta de acceso al desierto.

Al momento de dejarse deslizar en el mar Mediterráneo el Bernina se sorprende de cuanto temor haya dejado por el camino, cuánta ganada confianza lo estimula, cuán diverso aparece de aquel grotesco gigante temeroso, enclaustrado en la estática seguridad de su inmovilidad.

A este punto cuando todo se ha decidido, las más justificadas razones contrapuestas al "cambio" se presentan como condicionamiento mucho más negativo de la inflexible dimensión del riesgo de afrontar.

Sistemáticamente encañalado en una forma de vida gobernada por la inercia de su precedente "inmovilidad", siente la impresión de no responder ya a esa lógica sino solo a sus propias intenciones.

El coraje adquirido del Bernina es fundado porque surge del estar convencido de la necesidad de "cambiar" para ampliar el campo de los conocimientos, y ello conduce a la necesidad de afrontar riesgos.

Las nuevas experiencias siempre establecen más completo contacto y relación con todas las cosas, especialmente con aquellas encerradas o enjauladas bajo el régimen de "inmovilidad" a la espera de ser liberadas. Es a partir de ellas, de su apertura y desarrollo el justo paso a ejercitar para incrementar la posibilidad de abordar conocimientos de toda especie.

Infinita e indescriptible, una jamás vivida felicidad embriaga el Bernina cuando

empeñado en una ridícula tensión flota penosa-mente, agitando torpe y desesperada-mente sus in-cuantifica-bles raíces emergentes de su base de sustentación.

Con una cada vez mejor organización de los reflejos en la disposición de los movimientos destinados a mantenerlo a flote, las maniobras se hacen mas relajadas y el Bernina aparece menos empachado y cómico. Lentamente paso a paso todo el sistema motor adquiere mas desenvoltura. Después de todo si el Mar es un elemento natural él también lo es, y entre elementos naturales siempre (antes o después) se establece un entendimiento, un orden común en la acción de conjugar formas diversas puestas en contacto (o al menos así lo desea fervorosamente en tal difícil momento).

Bella y relajante resulta al Bernina la sensación de flotar. Un extraño baile entre él y el mar. Danzan juntos en estrecho e íntimo contacto sin siquiera la presencia de la música, a momentos dulcemente, a momentos bajo la irrupción de la pasión. Ha descubierto cuanto la obediente sumisión verso el Mar de las naves y de quienes las comandan y surcan no es percibida por ellos como tal, porque el dejarse andar en la siempre variada sinfonía orquestada de las ondas, en el indisoluble abrazo con las mismas, es suficiente a probar y colmar placidas y significativas sensaciones.

Habiendo aprendido ya a jugar con el mar casi lo disgusta ver perfilarse cada vez más nítida-mente la costa africana (lo acerca al fin de la travesía).

Finalmente sin mayores dificultades se apoya ganando la playa re-conducible a la tierra firme. Solo en ese momento se da cuenta de su extremo cansancio. Lo percibe concreta-mente naciendo de sus adoloradas raíces (presentan avanzados síntomas de calambres) extremadas a fuerza de oscilar para mantenerlo a flote y también impulsarlo. Los síntomas del esfuerzo se extienden sucesivamente a su entera masa. Exhausto se asienta sobre la costa hasta sentirse sólidamente apoyado, se pliega sobre si mismo y se adormienta casi al instante.

Después de un prolongado reposo, el sordo rumor a modo de continua confabulación infinita transmitida a baja voz proveniente del Mar, le hizo tomar consciencia de haber tornado a la realidad. Las doloridas raíces (lo han trajinado a través del Mar), le reclaman de restar todavía quieto por un tiempo, pero las ondas de calor Sahariano alternándose con ráfagas de viento, empujan la curiosidad del Bernina a ir en búsqueda de ésta su próxima meta.

El desierto esta allí lo atiende y la cosa mejor es no darse fútil importancia haciéndolo esperar, prolongando la expectativa. No es el modo mas adecuado para tomar contacto.

Probablemente también él se preguntará sobre el origen de esa extraña mole informe depositada en la playa.

Respetar para ser respetado, agradecer y honrar la hospitalidad para ser afablemente recibido.

El Bernina emplea más tiempo del previsto en el intento de moverse, es más encuentra dificultad en quitarse de encima el relajamiento (lo mantiene en parte adormentado).

El clima caluroso muy diverso del rígido frío de la Valtellina, lo predispone a ser distendido y perezoso.

Finalmente en un impulso de orgullo se mete en marcha dirigiéndose rumbo al desierto.

Llegado al insensible límite dentro de cuyo ámbito el desierto parece enmarcar su inicio, toma conciencia de la exterminada, árida extensión de arena propuesta como estructura.

Un contexto aparentemente ilimitado cuya condición no esta allí a esperarlo como un deseado huésped sino más bien a someterlo a dura prueba.

El horizonte a su posible visión ya de por si suficiente-mente proyectada en alto, propio en realidad no lo delimita o define de hecho.

En un determinado momento después de haberse adentrado no poco y con gran dificultad, sobre todo para él por la blanda y muy fatigosa superficie arenosa; se giró sobre si mismo y se encontró circundado completamente de un horizonte entornado de una apática, descolorida uniforme masa de un desvaído tono amarillento.

Se detuvo para tomar respiro y dar un instante de alivio a sus fatigadas raíces.

Las raíces para sostenerlo y transportarlo se sometían a un gran esfuerzo, porque a cada paso afondaban en la ce-dente superficie del desierto para retornar a darse impulso tratando de ir adelante a partir del mismo blando apoyo.

En el momento del obligado descanso le llega una reflexión propia del caso.

Equivocado el término "confronto" si aplicado a estructuras naturales caracterizadas de insalvable diversidad.

"Confronto" es un termino adapto a definir una competición deportiva.

Refleja intelectualmente una posición carente de sentido cuando hace acotación a condiciones regidas por características extremadamente contrastantes.

La comparación entre estructuras diversas es en esencia rígida e incompleta, pues deteniéndose en lo superficial no interpreta y profundiza las múltiples faces de las diversificadas características de identificación.

Las distintas faces de configuración si justamente discriminadas anulan finalmente toda posibilidad de un factible "confronto" propiamente dicho.

El "confronto" es realmente posible entre entidades símiles bajo muchos aspectos generales, o suficientes a presentar una gran relación en sus configuraciones de base.

Un "confronto" tal como el limitado uso del término establece entre la montaña y el desierto es tan absurda como imposible.

Es como si en el estrecho campo del pugilato, de por si posible de considerar una actividad especifica (responde a propias y básicas características), se disputase un encuentro entre un peso máximo y uno mínimo.

El "confronto" es útil cuando las partes en juego pertenecen a un mismo orden de cosas, y además cuando entre ellas se establece en cualquier manera un cierto equilibrio de fuerzas o características puestas en campo.

Cuando en cambio los aspectos contrapuestos presentan ídoles o condiciones disimiles, el "confronto" es un arbitrio destinado a fracasar en el resultado de una justa evaluación.

El "confronto" arbitrario convierte un útil intercambio de ideas en una estéril escalada de polémicas destinadas a no llevar a un acuerdo a las partes y consecuentemente a no procurar ninguna evaluación constructiva, digna de ser tenida en cuenta.

Tal como ocurre entre el fatuo e in-concluyente dualismo entre ideologías políticas contrapuestas conducido al límite de un "confronto" verbal -conceptual armado. En tales condiciones ni una parte ni la otra presentan el equilibrio necesario a sustentar el determinante nivel exigido por tan importante campo de conducción social.

En realidad el "confronto" ideológico al veneno, representa la definida imagen del profundo degrado de un sector oprimido por la pérdida de la brújula conceptual de base.

Brújula imprescindible a guiar la más elemental y esencial finalidad de la función política, sin cuyo apoyo el contexto se transforma en un deplorable serba-torio del cual emergen tantas convincentes como escuálidas arrogancias personales.

Así conformado el "confronto" se convierte en una mera disputa válida en el superficial y efímero ámbito deportivo.

Por el contrario se presenta in-concluyente y degradado cuando invade contextos de importancia reclamantes una bien otra calidad de relación, como aquellas atribuibles al campo de las razones lógicas o a ciertos niveles culturales e intelectuales humanos, y sobre todo en el caso político dada la responsabilidad y repercusiones particulares inherentes al destino del medio social.

Resulta bien claro ahora al Bernina la inutilidad del confronto.

La montaña y el desierto resultan configuraciones tan diversas de resultar in-confronta-bles.

Es más fatiga tanto a adaptarse a condiciones del todo diversas, y al contrario del contacto con el Mar intuye la prospectiva de no pocos sufrimientos en atravesar-lo. El calor, las desoladas llanuras de arena, períodos de soporífera sofocante calma, alternadas a desencadenadas, tormentosas, intensas y prolongadas ráfagas de viento, mutan las características escenográficas de hacer aparecer al lugar transitado extraño respecto a algunos minutos precedentes.

El todo presenta un panorama alucinante solo realmente conocido si vivido en primera persona.

Antes de esta justa concreta experiencia el Bernina no habría jamás considerado un cualquier territorio dispuesto preferente-mente en superficie, ser tan rústico y agresivo de resultar tan inaccesible a su modo como los obstáculos presentado por las cadenas montañosas.

Un orgullo de propia indomabilidad también re-dimensionado por el hecho vivido sobre el campo, hasta adquirir la humilde posición de paridad respecto a este en apariencia inofensivo gigante de arena.

Gigante de arena capaz de tener actitudes de particular ferocidad, desencadenando imprevista-mente violentas tempestades.

De hacerlo de improviso, sin algún atisbo de premonitor presagio definido y manifiesto destinado a prevenir el devenir de los contrastantes cambios en el carácter de los advenimientos.

Acto de representar emotiva-mente como un ataque de ira exteriorizado repentinamente sin mayores prólogos.

Notable la diferencia con la montaña, no irredenta pero permanentemente amenazante en su prepotente, silenciosa grandeza.

No obstante la diferencia tanto uno como el otro (la montaña y el desierto) cuando son invadidos desconsideradamente, responden provocando reacciones dispuestas a imponer un inmediato respeto y la temerosa admiración del ser humano.

Ser humano habituado o mejor directamente propenso por su todavía precaria y dominante instintiva preparación incivil, a respetar todo aquello con el suficiente poder material para destruirlo.

Religioso, animalesco "respeto" de reconocer en una directa dependencia al poder emergido de la superioridad material.

Un tipo de "respeto" degradado respecto a aquel de delegar mas civilmente en las más sabias razonadas reflexiones, interesadas en configurar un equilibrado, justo y eficiente orden (significaría un extraordinario signo de desarrollado nivel cultura).

"Respeto" proyectado a constituir un determinante instrumento destinado a motivar un evolucionado y social-mente integrado acto de convivencia del entero genero humano.

El ser humano por desgracia tiene todavía la necesidad de apoyarse en poderes y presencias fuertes o contundentes para sentirse realmente condicionado a ser "respetuoso" y con ello convencido y disponible a aceptar dictámenes.

Esta primitiva actitud lo hace permanecer anclado a las formas de la naturaleza presentes en las vestes de omnipotencias físicas dominantes.

Omnipotencias de adorar incondicionalmente como un incontrastable hecho inconmensurable, con el mismo "respeto" atribuido a un dogma religioso, transformando el poder material en una entidad todopoderosa.

En ámbito de la dominante incivildad humana frecuentemente el "respeto" resulta efectivo como directa consecuencia del temor hacia quien va dirigido.

Acartonándose sobre si mismo el Bernina resiste a la imprevista nueva tormenta de viento y arena.

El desierto ofrece contrastes imprevisibles y estos finalmente le dan características de identificación.

Plácido y ondulado en un armonioso manto alternado con cúmulos relativamente altos de arena, pacífico e impasible en su tranquila calma; desencadenado en provocadoras, intensas ráfagas cuando decide de desahogarse sin control.

De impasible, calcinan-te, extremadamente sereno sin ser atravesado por el mas

mínimo hálito de brisa, pasa al opuesto, trastornando todo y también a si mismo.

Tal como ocurre al tranquilo ser humano considerado, calmo, siempre dispuesto a mediar, a tolerar, a tratar de comprender aun mas allá de la justa medida, el cual llegado de improviso al limite de la capacidad de soportar (ya sobrepasado el dique natural), se hace repentino protagonista de una inesperada, incontrolable, violenta reacción presentándose peligrosamente fuera de control.

Las bruscas mutaciones del desierto parecen ser un incontenible impulso instintivo de su espíritu no una justificada imponderable reacción contenida de espetar. O porque no, un extraño juego personal donde encuentra una diversión toda suya.

Quizá con su variabilidad de condición quiera demostrarse poderoso patrón de su territorio, diseñador absoluto de aquello implicado al interno de su ámbito. Una posición de hacerlo sentir indomable y seguro, con la capacidad de provocar propias reacciones re-confirmantes una y otra vez su predominio. Un justo medio para asumir con ello la respetabilidad material, e imponer claramente a quien se aventure en su territorio atenta consideración sugiriéndole máxima cautela. Ello evidencia como se revela tristemente de siempre como la "respetabilidad" emerge preeminente-mente de un acto de fuerza.

Cualquiera sea el ámbito aplicativo el "respeto y la fuerza" se encuentran en estrecha y directa "incivil" relación en torno al ámbito natural. Esta condición experimenta el Bernina en estas circunstancias.

Al centro del poder natural en su Valtellina se ve obligado a permanecer penosa, "respetuosamente" plegado sobre si mismo a merced de quien (el desierto), en su furiosa tormenta impone en su hábitat la ley del propio dominio.

Al Bernina el haber decidido romper con su "inmovilidad" (erróneamente lo había convencido de ser el centro de todo mientras no se movía de su propio contexto); le ha permitido comprender conociendo nuevas situaciones, cuanto su poder no era el más importante y mucho menos el único, tal como regularmente (antes o después) las distintas circunstancias y el tiempo prueban en todos los casos

La "inmovilidad" por enrocarse en sus propias invariables ideas conduce a inconcebibles errores consecuentes y sobre todo no deseados.

De las ideas conducentes a razones y posiciones in-variada-mente erróneas, es factible rendirse cuenta cuando se descubre el nutrido mas allá de su estrecho, inviolable campo de acción.

El estrecho canal gobernado de la "inmovilidad" produce los efectos de una enfermedad configurada rudimental-mente, dispuesta a proyectarse sobre cualquier argumento de vida. Enfermedad capaz de cancelar la posibilidad de acercarse a las razones emanadas de un mas amplio espectro de realidades disponibles, para alcanzar una mas amplia y justa capacidad lógica de lo tratado.

La enfermedad creada de la "inmovilidad" permite de razonar en modo circunscripto, circundado de elementos nacidos de un limitado, in-variado Índice de conocimientos.

El razonamiento girando alrededor de pocas circunscriptas e "inmóviles" concepciones opuestas a aceptar el "cambio" y por lo tanto condenadas a no evolucionar, en general dan lugar a inadecuadas convicciones, de considerar al margen de una actualizada realidad y por lo tanto estériles e inútiles.

La realidad impone para ser justamente interpretada en sus mas recientes variantes, la puesta en juego de siempre nuevas, apropiadas reglas actualizadas.

Si las nuevas realidades imponen por lógica la instauración consecuyente de nuevas reglas adecuando el todo a un modelo actualizado, el mantenimiento "in extremo" de las viejas normas son de considerar un anacrónico contraste, dispuesto a crear mas confusión y contraposiciones, desorientación y caos de aquel naturalmente producido por el "cambio".

De las posiciones sostenidas por las viejas normas (por otro lado provocadoras de una demoleadora acción de "quinta columna"), emana un falso, nostálgico, emotivo apoyo a "la substancial seguridad del pasado conocido".

Apoyo dominado por el sentido de no aportar soluciones constructivas dispuestas a facilitar las nuevas realidades, en tanto la intención es aferrarse y defender el "dogma de la inmovilidad", cuyo significado sin giro de palabras propone oponerse a la evolución y al progreso es decir al "cambio".

En el "cambio" las nuevas dinámicas emergen con fuerza in-contrastada en el considerar y sostener su acción con todos los riesgos del caso.

Adoptar una vía de elección moderada o intermedia de definir como "inmovilidad enmascarada", es de ubicar en la in-variada y amorfa órbita identificada en el ámbito de los representantes del "no cambio".

El "no cambio" si permite por un lado fortificar seguridades adquiridas, por el otro detiene o mejor anula la libre luz iluminan-te del camino del mejoramiento.

Cada nueva experiencia afrontada con la suficiente apertura a los nuevos conocimientos (sin dejarse influenciar de prejuicios), permite ir al encuentro de un "enriquecimiento re-dimensionan-te".

Ello abre las puertas a la fusión de factores diversos y desconocidos orientados a funcionar libremente por cuenta suya.

De este modo se hace posible establecer una fluida comunicación entre realidad y adecuada actualización.

Para alcanzar tal finalidad es preciso emplear la capacidad de razonar en relación a las variables condiciones impuestas en continuación por los fenómenos evolutivos, llamados a generar una diversa funcionalidad general.

A este punto si bien se reconoce la importancia del soporte ofrecido por principios y fundamentos de siempre puntos de referencia esenciales, es preciso evitar caigan en la "fundamenta-lista posición de inmovilidad".

Anómala situación donde ciertos preceptos se consideran a nivel de intocables dogmas religiosos, de mantener obsecuente-mente y en acción de inviolable permanencia dominante.

La posición de "inmovilidad" llevada a un connivente falso plano de moderación, propone un particular, interesado, desentonado orquestado "cambio digitado", cuyo significado preciso y sincero es de definir "no cambio".

Porque el "cambio digitado" como todo aquello presentado a nivel de acuerdo convencional entre partes en defensa de intereses contrapuestos, es una estratagema dispuesta a anular las características mas ricas y significativas definitorias del "cambio propiamente dicho".

Con esta última acotación se entiende significar la importancia de la integral identidad del "cambio" si se desea percibir realmente los nuevos y desarrollados efectos del mismo.

Las dudas existenciales del Bernina aparecen de poca importancia respecto a todo aquello ganado a partir de los nuevos advenimientos.

Es evidente la importancia de los mas recientes hechos en configurar intrínsecamente una diversa forma de pensar, abriendo de par en par puertas de campos precedente-mente insospechados plenos de estímulos y motivaciones desconocidas hasta hace poco.

En su "inmovilidad" inicial todo yacía encuadrado, predispuesto y durante gran parte del tiempo era de hecho sumido en el tedio, sumando a su inviolable simbólica eternidad, una triste, resignada y por tanto indiferente, interminable existencia, priva de cualquier tipo de excepción a las reglas establecidas.

Ahora en tanto la tempestad de arena in-furia, plegado sobre si mismo, quieto pero no "inmóvil", acepta los designios del desierto esperando se calme cuando él lo disponga. En tanto esta allí inmerso en su amplio esquema de reflexiones, afrontando los acontecimientos no sintiéndolos interminables tal como sucede cuando se tienen pocas motivaciones interiores para combatir la espera.

Finalmente la calma ha retornado y es hora de recomenzar a "andar camino".

A este punto el desierto ha dicho su verdad y se ha hecho promotor de otra diversa experiencia, colma de efectos materiales pero también útil a ocupar un siempre casi vacío estrato formativo.

Porque efectivamente para un espíritu ávido de conocimientos el espacio ocupado por ellos jamas es de considerar lleno (suficientemente cubierto), pues cuanto mas equipado se presenta mas da la impresión de presentarse vacío.

El Bernina ha comprendido de haber hecho bien en abandonar la "segura inmovilidad" a favor del riesgo del "cambio" porque ello ha alargado el campo de sus conocimientos.

La gama de experiencias vividas (si decide retornar a su viejo, eterno sitio territorial), le facilitará continuar a revivir instancias diversas en cuanto pleno de recuerdos, reminiscencia de visiones, suficientes a conjugar un cumulo de inagotables motivaciones dispuestas a incitarlo a sentirse dinámico en el "estatismo".

Bien discriminada la "inmovilidad" real es susceptible de convertirse en complementaria, cuando la forma de pensar responde a una dinámica interior dominada del "cambio".

Casi cubierto, demasiado pesante para sacudirse como un perro se va desembarazando lentamente de la arena depositada sobre su mole, y finalmente prende en mano la situación y trata de moverse.

El Bernina exhausto se impone de llegar al límite del desierto, allí donde se confunde con las primeras zonas de tierra firme ofreciendo los esbozos iniciales de vegetación y anunciando el fin de la exterminada extensión de arena.

Cae finalmente sin respiro sobre uno de sus flancos en modo descontrolado, empujado, impulsado del prevalente desequilibrio provocado por el extenuante cansancio.

No es en grado ya de pensar y mucho menos de tentar cualquier movimiento. Se adormienta profundamente antes de darse cuenta de hacerlo.

Como cualquier poderoso monstruo también el rinde cuentas y toma conciencia de vérselas con indomables hechos intangibles (se es en manos de ellos y no de las propias).

El omnipotente Bernina es a merced del cansancio y del sueño desgarradamente apoyado en un riesgoso sitio extraño.

No obstante su indefensa posición la prefiere a la segura "inmovilidad" inicial. Cuando nada se modifica, se revitaliza o estimula nuevas experiencias, todo continúa a desenvolverse dentro de una limitada obsesionante repetitiva rutina.

11. LA FORESTA.

Tampoco esta vez el Bernina tiene idea de cuanto haya reposado.

Se descubre apoyado enteramente sobre uno de sus lados. Parte de su cúspide se presenta cara a cara con el terreno.

Lentamente como un cíclope hecho pedazos del esfuerzo y a quien todavía hacen mal todos los huesos, se apoya con paciencia y penosamente sobre el flanco a tierra y recupera poco a poco su imponente verticalidad.

Una vez reencontrada la posición erecta entre miles lamentos e imprecaciones, inicia a re-apropiarse de sí mismo.

El aire fresco inicia a abordar su cúspide y le va aclarando las ideas. Poco a poco, la tenacidad y el entusiasmo retornan a ser aquellas de siempre y se siente pronto a abandonar el ligeramente superado desierto, del todo amigo e inofensivo después de ser dejado atrás para ir en búsqueda de otra destinación.

Despierta su curiosidad conocer la foresta y la llanura africana presente en sus diversas condiciones, con la increíble cantidad de especies animales (la pueblan abundantemente) componiendo la más numerosa variedad de formas vivientes existentes.

Las numerosas especies animales ya en grandes comunidades o en pequeños grupos o familias se desplazan por un territorio dispuesto a ofrecerles la posibilidad de subsistir.

Después del árido y uniforme desierto tener el estímulo de ir en búsqueda del respiro del verde le hace retornar el deseo de moverse, no obstante se rinda perfecta cuenta del penoso estado de su rudimental implanto dinámico.

Acercándose al espacio verde se intensifica la extensión de su dominante color, y termina también él por ocupar todo el extenso ámbito circundante, adquiriendo a su vez las características de patrón absoluto de su hábitat.

Se presentan así exterminadas extensiones integradas de expresiones diversas, llanuras, forestas más o menos boscosas, lagos, montañas, ríos, delineando una variada entidad.

Existe en ese contenedor la mas amplia gama de formas animales dispuestas a subsistir conjuntamente, de aquellos terrestres, a los volátiles, a los acuáticos. De los carnívoros a los herbívoros, de los mas despiadados y agresivos predadores, a aquellos más pacíficos, más atentos, nerviosos o esquivos, hasta los más perezosos e indolentes.

Llama la atención del Bernina como especies tan diversas presenten un tan estrecho legado entre ellas en el ámbito de la sobra-vivencia general.

Múltiples diversos tipos de subsistencia a partir de las propias carnes (predadores) o a la vegetación, a los ríos, a los lagos; disponen de un ámbito natural propuesto como justo recurso a cubrir las necesidades solidas y liquidas.

El circuito viviente demuestra una total dependencia a los elementos naturales. La sobra-vivencia es centrada en los propios atributos para cazar, procurarse las hierbas necesarias, reagruparse en familias, reproducirse, o defender a si mismo y a su comunidad o para ayudarse.

También extraños aparecen inexorables circuitos existenciales pertenecientes a especies atraídas y sujetas al reconocimiento del territorio. Retornan a reproducir sistemática y misteriosamente en el mismo lugar donde han sido procreados, desafiando los predadores siempre atentos a rescatar el modo mas simple para asegurarse la sobra-vivencia.

Los animales inferiores al ser humano parecen tener todavía mucho mas desarrollado el punto de referencia fijo ofrecido por el territorio, no obstante dispongan de una capacidad infinitamente menor para poseer-lo realmente.

Es evidente cuanto sus entendimientos son estrechos suponiendo y pretendiendo de hacerlo suyo cuando proclaman, defienden, desafían el dominio de un cierto territorio.

En ciertas numerosas especies animales, la necesidad de considerarse patrón de un espacio es tan acentuada de aparecer ridícula, tanto como cuando el ser humano dominado por el instinto pierde el atributo de discernir bajo el sabio imperio de la razón lógica.

En cualquier modo resulta más articulado el supuesto dominio de propiedad impuesto por el ser humano sobre el territorio, si bien resulta también él totalmente irreal y arbitrario en su relación con el mismo.

Indudablemente la posición del ser humano responde a una condición mucho más evolucionada y sus agudas e interesadas argumentaciones, hacen aparecer el fenómeno de la posesión territorial como un hecho del todo aplicable.

No obstante las lógicas razones tendientes a justificar las normas destinadas a establecer y regular la posesión del territorio a los ojos del ser humano, ésta posibilidad en su real esencia concreta es inexistente.

Una equivocación comprensible porque la capacidad de diseñarlo, lo acerca a un emblemático factible acto de posesión, cuando en realidad no representa en algún modo adquirir el poder de hacerlo propio tal como el término en su total atribución lo expresa.

La confusión entre haberlo a disposición y poseer-lo nace de la facultad y capacidad del ser humano de condicionar profundamente las características del territorio. Ello lo autoriza a creer disponer de todas las cartas en regla para considerarlo como cosa suya cuando se convierte en su legítimo propietario.

El ser humano podrá ser el total patrón de un par de zapatos por el mismo elaborado o adquirido, pero nunca podrá serlo en modo absoluto de un sector de territorio aun declarándose legal propietario.

Porque todo aquello concreta-mente parte constitutiva de la naturaleza de base, silenciosa, pasiva, agresiva o indiferente, será siempre y en cualquier situación y condición "patrona de si misma".

En relación a este aspecto cuanto desearía el Bernina hacer comprender al ser humano que jamás podrá ser conquistado, porque no conquistable, si bien con indulgencia y comprensión acepta resignadamente presuntuosas aseveraciones en tal sentido.

Conversaciones y hechos sobre sus dominadas cumbres en manos del ser humano, son por él aceptadas con benevolencia como un juego de niños de tomar con desinteresada indiferencia.

Presuntuosos los seres humanos orgullosos de haberlo conquistado, porque no han conquistado nada de él. Poco significan banales, efímeros premios para vanagloriarse de cualquier cosa de imaginaria, tan plena de artificiosos fundamentos como ridículamente incierta.

El termino "conquista" es de suplantar por el mas pertinente "supera-miento", dotándolo del significado de haber cumplido un humilde, límpido, ilusorio hecho de alcanzar una propia relativa meta, sin alguna otra presuntuosa consecuencia.

El hecho de "conquistar" entra en la escuálida demostración de irrespetuoso poder, presentado como sinónimo de fuerza. Un acto proyectado a "domar-dominar", en este caso un in-contrastado, concreto exponente del "poder de la naturaleza" (si realmente conquistado a todos los efectos dejaría de serlo).

La lábil conjetura del dominio territorial es una radicada esfuma-tura, percibida erróneamente como una afirmación escondida pero siempre activa en la instintiva tendencia predominantemente desarrollada en los animales inferiores, y sería e indiscriminada-mente arraigada en el ser humano.

Resulta absurda la deplorable convicción destinada a desestimar, negar, todo aquello a la base de la propia condición intrínseca de la naturaleza finalizada a reafirmar "no pertenecer en modo total y definitivo a ninguno, simplemente porque es esencialmente in-expropia-ble".

Todas las formas animales continúan a contenderse la posesión del territorio, como si esa estúpida presunción fuera un con-clamado verdadero cierto advenimiento.

En tanto el territorio, impávido, distanciado casi como un Dios comprensivo y consciente de cuanto bajo es el nivel de justa comprensión de las especies animales pobladoras (incluido además el hombre); se divierte a observar como estos seres vivientes se ponen en juego con total convicción para defender o atacar posiciones, de aquel contexto de espacio considerado de su pertenencia.

En tanto el territorio sonrío dejando pasar buenamente fútiles consideraciones. En ciertas circunstancias ciertamente irritado muestra claramente quien es el verdadero patrón de la situación, no advertido de los seres en pasional discusión por su posesión. Estos continúan a sostener y argumentar propios fatuos derechos sin rendirse cuenta o tomar real conciencia del justo valor del mensaje.

No obstante la dificultad acompañada por una premeditada ceguera, el ser humano (su capacidad de evolucionar se lo permite) es el único capaz de llegar a comprender con la clara posibilidad otorgada de su inteligencia; cuanto para alcanzar una mejor y mas seria concepción del "futuro" aparece indispensable, "rendirse independiente de la instintiva tendencia a considerar la posesión del territorio, un instrumento decisivo y fundamental en la configuración de la forma de vida planetaria".

Ello significa tomar las distancias, separarse o mejor eliminar, cancelar, la condición predominante de la posesión del territorio.

Dejarlo de considerar como aspecto fundamental orientado a orquestar todos los advenimientos finalizados a girar alrededor de la forma de vida del entero contexto de cuerpos sociales.

Raramente tesa, trepidante, agresiva resulta al Bernina la convivencia en el mundo animal circundado de una densa atmósfera de desconfianza.

Con demasiada frecuencia o mejor casi como norma se encuentra con luchas internas o externas a los grupos, ya por el territorio, por el alimento, por representar el líder, por haber preeminencia sobre las hembras.

Es como si el magnífico dono de la vida se convirtiese en un penoso calvario reducido a la presencia dominante de las más escuálidas características.

La paz en si parece intuirse solo cuando se han saciado todos los sentidos y esto es de considerar una circunstancia bastante esporádica no de cierto la regla, cuando los esfuerzos se emplean casi permanentemente para cubrir las necesidades esenciales.

La desesperada continua lucha por la sobra-vivencia convierte el escenario de las múltiples expresiones diversas, en un despiadado y sin fin campo de batalla donde los combatientes habituados a afrontar la existencia de esa manera, no sabrían cosa hacer y como comportarse sin la presencia de tal imperecedera guerra.

Triste es la vida de los seres vivientes no en condiciones de dar un crucial cambio de rumbo al dominante instinto, no posibilitados de actuar y desarrollar las cualidades interiores, únicas componentes capaces de premiar o compensar los malestares materiales de afrontar en uno u otro modo en el transcurso de la vida.

El Bernina parte no interesada en relación con el ámbito de la forma de vida africana, observa cuanto la nutrida gama de animales pobladores no son respecto al ser humano mas respetuosos del hábitat natural. Simplemente se presentan del todo incapaces de aprovechar del mismo para darse mejores condiciones de vida. Existencia esencial y ancestral-mente siempre igual a si misma y por ello indefensa a caer en un proceso de espontánea extinción.

La naturaleza bajo el "cambio" de los fenómenos ambientales manifiesta en sus propias características de base de responder a un proceso dinámico, indicando claramente los síntomas de un sentido evolutivo e identificándose como un ente destinado a sufrir modificaciones.

La gran mayor parte de las formas animales no se presenta dotado de la capacidad suficiente a seguir un proceso evolutivo de mejoramiento, dándose también ellas nuevos modos y configuraciones de subsistencia.

La vida animal en su "inmovilidad existencial" se presenta extremadamente condicionada a los cambiantes ciclos de movilidad, dentro de cuya dinámica la naturaleza re-dimensiona sus características ambientales.

Esas variables somete a la mayor parte de las especies animales a presentarse según las circunstancias, frágiles rehenes de un medio destinado a ofrecer siempre nuevas y distintas condiciones.

La influencia de las distorsiones ambientales provocados por el ser humano sobre la forma de vida animal sería de considerar un grave e intolerable atentado a las especies, si el entero ámbito de la naturaleza presentase las características de ser eternamente in-variado.

En tal caso cada especie perdida seria un acto de vandalismo inaceptable.

Bajo tal aspecto es necesario considerar a la naturaleza al centro de la atención. No permanece in-variada, se propone como una entidad en constante "cambio", si bien sus dinámicas se verifican en general en modo lento de aparecer imperceptible a los tiempos humanos.

Por su capacidad de modificar las reglas del juego es de considerar un sistema predispuesto a seguir un definido mecanismo de "cambio".

La naturaleza "cambia" en su contexto general moviéndose como un perezoso, indolente engranaje dotado de la más extrema lentitud existente, de parangonar a los ojos humanos como una "inercia activa" pero proyectada con o sin pausa a modificar su estado.

El verdadero despistado es el ser humano cuando somete todos sus juicios sobre la naturaleza, considerándola como un ente "inmóvil" siempre igual a sí misma. Un beato deseo promotor de seguridad pero del todo relativo, respecto a certezas dispuestas a describir un bien otro panorama real.

El ser humano generalmente antepone deseos imaginarios para mejorar arbitrariamente la realidad, como cuando considera al reino animal dotado de una portentosa, incomprensible y desconocida sabiduría. Propiedades basadas esencialmente en lo instintivo, cuando es preciso reconocer se mantienen en un perenne estado rudimental, incapaces de crearse las condiciones a una necesaria evolución de su forma de vida y con ello mostrarse intencionados a progresar en su comportamiento existencial.

El vasto mundo animal se maneja utilizando todo tipo de astucias o simplemente apropiándose de todo aquello a portada de mano para sobrevivir. Parece condenado de la propia "inmovilidad" interior porque incapaz de progresar, probando muy claramente como en este contexto predomine el "no-cambio".

La ausencia de capacidad suficiente del reino animal de darse sistemas o mecanismos prontos a regularse de acuerdo a las condiciones de variabilidad propuesto por el medio natural en su forma de funcionar, más o menos lluvias, sequías más o menos prolongadas, mayor o menor cantidad de agua en los ríos y zonas de acumulo, más o menos vegetación; constituyen de por sí el más serio peligro de extinción de la fauna.

No será la instauración de proyectos destinados a la protección de las especies en dificultad quien tutelaré y salvaré de la extinción animal, porque antes o después la incapacidad de mejorarse (límite inmoviliza-te) provocará un irremediable desencuentro con las variables, mutaciones e irregularidades evolutivas de la naturaleza.

La naturaleza tomándose sus tiempos, modifica la cantidad y calidad de los recursos, transforma y altera el consuetudinario habitual comportamiento alimenticio de subsistencia de las especies animales (continúan invariablemente su forma de vida).

Por par adoso el reino vegetal parece contener una mayor capacidad en variar actitudes en la configuración de sus propias formas de vida (solo en apariencia se presenta del todo "inmóvil"), dando lugar a un tentativo de adecuamiento evolutivo respecto al reino animal, dotado de una dinámica vital de considerar "tan particularmente activa como superficial".

Así encuadra el Bernina la extrema dificultad de desenvolvimiento de la vida animal en este vasto contexto, al límite de la imposibilidad de poder darse nuevas condiciones de vida.

Vida animal incapacitada de crear condiciones y ofrecer un mas integral aprovechamiento de los medios naturales, adecuando su variabilidad a un regular re-fornirse de las necesidades.

El estar a la merced de los mutaciones naturales coloca a las especies animales al limite de la verdadera causa del riesgo de extinción, porque en general incapaces de reaccionar modificando propios comportamientos.

De todo ello no es difícil deducir cuanto todas las entidades sujetas a un cierto tipo de "inmovilidad" dominante, ya por características naturales (animales) o por propia convicción (ser humano) son destinadas, continuando por ese camino a la "extinción".

En realidad es apropiado substituir el término extinción por el de "reemplazo". Reemplazo designa la eliminación de todos aquellos elementos incapaces de adaptarse y aceptar el "cambio", mutando también ellos a favor de otros módulos propuestos en abierta relación con las nuevas características producidas por los fenómenos evolutivos naturales.

Una especie de renovador giro natural donde todo aquello dispuesto a encauzar su existencia dentro de un mecanismo de "inmovilidad" (ya por propia incapacidad, ya por propia decisión conceptual); es destinado a desaparecer para dejar espacio a quien es dispuesto a involucrarse en los nuevos, diversos advenimientos.

Esta forma de pensar asegura la posibilidad de llegar a una premisa: "quien "cambia" y evoluciona aceptando este mecanismo con convicción, subintrará en la dinámica del hábitat variable impuesto por la naturaleza".

Para el Bernina conocedor ahora de una tan variada gama de especies animales (consideradas estas en bloque de un lado y el ser humano del otro), nota una clara y neta diferencia, una desmesurada distancia entre las partes en el ámbito de la capacidad de aprender o de adquirir conocimientos.

En líneas generales la vida animal se mantiene relegada a un insuperable nivel primitivo en la capacidad de adquirir conocimientos, manifestado en la imposibilidad de hacer evolucionar las formas de vida de sus componentes valiéndose de un desarrollo en sucesión de los mismos.

El ser humano desarrollando conocimiento sobre conocimiento, ha transformado en continuidad las condiciones de su forma de vida, alejándose o combatiendo la "inmovilidad" (si practicada dominante-mente lo habría ya encaminado en la dirección de la extinción).

Los animales si bien tienen un definido sentido de socializar, de organización y de la protección de grupo, del cuidado de la descendencia, el todo se encuadra y se detiene en un predominante, primordial, instinto primitivo (gira en torno al pequeño círculo del mantenimiento de la especie).

La actitud y condición limitativa al no evolucionar ni progresar, "cambiando y con ello mejorando sus mecanismos existenciales", no resulta suficiente a protegerlos de los riesgos de extinción.

La incapacidad de producir nuevos conocimientos a partir de ellos mismos y de decodificarlos, para convertirlos en hechos destinados a mejorar los diversos aspectos de incidencia sobre las propias condiciones de vida; pone al "reino animal" en la real situación de ser considerado justamente a riesgo de extinción.

Esta situación se convierte en inexorable certeza, porque todo aquello no nacido de las condiciones y cualidades necesarias a afrontar los "cambios" (forman parte de las características comportamentales de la naturaleza); se verá suprimido en el ámbito de su misma órbita con o sin particular intervención de algún agente externo (ser humano).

Si también el ser humano se obceca a permanecer en "inmovilidad" decidido a abordar el camino del "no-cambio", será arrasado de las improvisas variaciones surgidas de su propio proceso evolutivo.

El no haber elaborado respuestas adecuadas lo colocarán en la situación de no poder afrontar siempre nuevas y diversas condiciones de vida.

En previsión a un supuesto aumento de la temperatura del planeta (por ejemplo), será necesario desarrollar nuevos conocimientos finalizados a controlarla, y si los medios realizados no se revelan suficientes, insistir operando un cambio de transformación de los mismos hasta alcanzar la solución buscada.

Las soluciones a nuevas problemáticas son factibles de obtener haciendo uso del "cambio" innovador procurado de los conocimientos. Ellos conducen a la elaboración de sistemas y mecanismos resultantes de bucear en lo desconocido y cuyo descubrimiento estará a significar sobre-vivencia, o mejor lucha contra la extinción del género humano.

Atravesando el África el Bernina ha descubierto una gran cantidad de formas de vida animal, tan vitales y diversas cuanto incapaces de evolucionar en el arco del tiempo y por ello de considerar "inmóviles" en su dinámica de mejoramiento.

La particular condición natural del ser humano de disponer de la fundamental propiedad de adaptarse a variaciones con una propia capacidad de "cambiar" traducida en la adquisición y producción de nuevos conocimientos; solo encontrará un obstáculo insalvable en la "inmovilidad" o mejor en su propia decisión de adoptarla como sistema de vida.

También en el ser humano (en su parte instintiva primitiva) permanece una substancial tendencia a aferrarse ideológica-mente al "no cambio" como consecuente señal de seguridad.

La exaltación del "pasado" impulsada de una fantasía sin obstáculos en el recuerdo de advenimientos no concreta-mente rebatibles, la respetuosa unción dedicada a reivindicar circunstancias de su tipo, la religiosa veneración reservada a los hechos históricos, culturales y comportamentales asociado a la seguridad de la identidad emanada de todo ello; crea una condicionante predisposición a considerar el "cambio", el progreso, la evolución el enemigo de individualizar y combatir en apoyo

de la segura estabilidad sostenida y aconsejada de la "inmovilidad".

La seguridad y estabilidad re-propuesta sistemáticamente en todos los sectores sociales contando con un convencido dogmático e importante consenso, contrasta y se opone regularmente a las ventajas propuestas de la innovación.

Por fortuna en la otra faz interior del ser humano prevalece el sentido de renovarse, sosteniendo en su insegura inestabilidad todas las formas en apoyo de la subsistencia de la especie.

La historia prueba cuanto los pueblos decididos a mantener mas fielmente "inmóviles" e inmutables las características de forma de vida, hayan caído aplicando el irrepreensible ejercicio de esas condiciones en una insensible e irremisible extinción (prescindiendo de la índole del episodio de las causas provocan-tes).

Sociedades extinguidas no por la maldad generada por el avenir del "cambio" de interpretar como consecuencia, sino y mas bien por la "fundamenta-lista" imposición del principio de "inmovilidad" dispuesta a no aceptar nuevas reglas, no importa cuanto estas mejoren las condiciones de vida y con ello el margen de subsistencia o sobra-vivencia.

Si el ser humano no presentase la capacidad de evolucionar y por lo tanto no hubiese modificado regular y sistemáticamente mejorando su forma de vida, sería aún en estos momentos a total merced de los variables elementos de la naturaleza (pestes, fenómenos desbasta-tes no previstos, enfermedades de masa, promiscuidad, pocos años de vida, etc., etc.) rindiéndose a riesgo de ser fácilmente cancela-ble.

Cuando el ser humano se halle completamente dominado ideológica-mente de la "inmovilidad", habrá firmado en anticipo su sentencia de muerte, de extinción.

No adaptándose a las características variables de la naturaleza "inmovilidad del ser humano", la relación entre este y aquella adquiere connotaciones antitéticas y esto crea una significativa y peligrosa incomprensión, malentendido o mas gravemente cierta "contraposición" entre las partes.

La naturaleza no extermina en forma directa, lo hace por medio del propio "cambio" y la no adecuada respuesta por incapacidad o "inmovilidad" de los seres vivientes obligados a depender de ella para la propia subsistencia.

Por otra parte la declarada "inmovilidad" (como posición firma la sentencia de extinción), no lleva a una rápida ejecución, de-corre según un prolongado y cruento calvario en creciente degrado, creando condiciones de vida cada vez más anómalas.

El sucesivo atraso condena un poco a la vez, conduciendo consecuentemente a las mas barbaras luchas para posesionarse de los restos aun inmóviles de aquello a disposición.

El todo sigue una línea decreciente diseñan-te un camino regresivo con un lento retorno a los periodos mas elementales de sobra-vivencia, donde la vida no tiene ningún valor.

Los nostálgicos proclamando las ventajas de la forma de vida del "pasado" (no lo han conocido realmente por propia experiencia), tienen todo el derecho de continuar con sus fantasías a defender su "inmovilidad".

Lo importante es no considerar el "cambio" o la evolución como la sur-gente de todos los males.

Ciertamente el Bernina más descubre, conoce y acumula pedazos del rompecabezas de las diversas formas de vida presentes en el planeta, más se confunde.

También en compensación mas toma conciencia de cuanto los cuatro miseros aspectos conocidos cuando era inmerso en la "inmovilidad", nada representan respecto a todo aquello procurado por esta experiencia a nivel de calidad formativa.

Las ideas claras fruto de una escasa gama de conocimientos son tanto mas inamovibles y definida-mente oscuras, de aquella nebulosas responsable-mente conscientes surgidas de experiencias procuradas de conocimientos diversos.

Menos fatigado de la trajinada travesía del desierto el Bernina se detiene al extremo sur del triangulo africano a reposar y a retomar energías.

Atravesar el Atlántico hasta tomar contacto con tierra en la extremidad de la América del sud sera un largo y fatigoso viaje.

Mientras el océano continúa a descargar su vitalidad sobre la costa bajo el rumor insistente, in-arresta-ble de las ondas, el Bernina se duerme esta vez en pie relajándose con cierta suficiencia, mostrando la afable y benévola satisfacción de ser consciente de sentirse contento de si mismo.

12. EL OCÉANO.

El Bernina habiendo acumulado una cierta experiencia, con confianza sin preocupaciones y con una punta de segura presunción se apronta a abordar con una cierta tranquilidad la travesía del Océano Atlántico.

Agua mas, agua menos, en el Mediterráneo ha aprendido a desenvolverse en la acción de navegar adquiriendo en la parte final una agradable relación con el elemento líquido.

La tácita cierta seguridad lo ha estimulado a proyectar la ruta diseñándola como una larga diagonal dirigida a conducirlo a la extremidad inferior de la América, allí donde el estrecho de Magallanes separa el cono sud territorial del inicio de la zona glacial.

Mientras bogaba sin demasiadas dificultades no tardó en rendirse cuenta de una cierta bien diversa diferencia. Si bien el agua es siempre agua una cosa es el Mediterráneo y otra el Atlántico.

No era por cierto lo mismo mantener la dirección prefijada. Las ondas y las ráfagas de viento eran notoriamente mas intensas y agresivas.

A un cierto punto ya bien adentrado en la llanura líquida comprobó cuanto la seguridad afirmada en la precedente experiencia con las aguas, era del todo infundada.

En ciertos momentos el Océano daba la impresión de jugar con él como si fuera una chalupa.

Su enorme mole oscilaba en modo ridículo bailando la extraña y desarticulada danza impuesta por las ondas.

Y ello no respondía siquiera a una característica tormenta cuya aparición era mejor no imaginar.

Solo una cosa era positiva el Océano estaba allí sin ninguna otra presencia a divertirse viéndolo balancearse como un torpe gigante borracho.

Cual bochornosa figura hubiera hecho si la gente de la Valtellina (tanto lo respeta y venera en su demora) lo observarse mientras es tratado como un juguete a merced del irreverente Atlántico.

Toda la prestancia y omnipotente prestigio coronada por su impertérrita "inmovilidad" hecho pedazos en el intento de entrar a formar parte de las secuencias del "cambio".

El "cambio" mete permanente todo en discusión, convierte, transforma condiciones y situaciones, hace perder seguridad en la conservación de posiciones regularmente ostentadas.

Las imprevistas situaciones transforman el Bernina de un respetable y majestuoso símbolo de piedra en un juguete, impotente en detener a quien guía los advenimientos subrayando una vez más el "poder" ostentado de quien se encuentra en casa propia.

"Poder" posible en el propio e "inmóvil" campo de un esquema circunscripto y prefijado; del todo falso, inconsistente, irrelevante fuera del hábitat de dominio.

El "cambio" evidencia el riesgo bajo cuyo contexto se comporta "el real sentido del poder", porque convierte un ente hecho de pura presencia, en capacidad y coraje para afrontar nuevos advenimientos.

Aquí nace la diferencia del "poder" nacido de la superficialidad avalado del limitado ámbito de su exterioridad, y aquel originado en la capacidad de "cambiar" porque para reunir esta última condición es de arriesgar en darse siempre nuevas formas.

La condición inestable del "cambio" reduce re-dimensionando la propia importancia dando cuerpo con ello a un "poder benévolo", comprensivo y por lo tanto evolucionado; respecto a aquel imponderable, inviolable, cargado de alegóricas y plenipotenciarias medallas surgido de la "inmovilidad".

El Bernina también ha aprendido esta dura lección cuya enseñanza contribuye a alimentar una sabia humildad en disponer y administrar el poder.

De cualquier modo por naturales motivos de orgullo el Bernina agradece cuanto su desvaída imagen a merced del Océano halla quedado entre ellos.

Difícilmente los Valtellineses hubieran aceptado esa visión sin convertir el respeto en compasión, como siempre sucede cuando se mete en juego las razones del "poder de la inmovilidad".

Ese tipo de “poder in-variado” deja poco o ningún espacio a la introducción de lógicas reales labilidades o debilidades, de quienes son obligados a proponerse como los más fuertes y representativos.

Superada la instancia de definir como “el circo vivido en el Océano” destinado a divertir al dominante patrón del hábitat, el Bernina se desplaza por el momento dentro de una estable calma. Ello le permite de relajarse y de recuperar las riendas de la dirección impresa a su ruta, manteniendo siempre como meta alcanzar el extremo sud continental.

Un largo período de quieta caracterizó esta parte de la travesía (hacia prever un tranquilo de-curso del resto de la misma) cuando de improviso, ya con el ocaso ganando espacio y las sombras calando cada vez mas oscuras, se anunciaron y conjugaron rápidas modificaciones de las condiciones climáticas.

En poco tiempo se conformó y se desencadenó una indescriptible tempestuosa tormenta en las atenebras de la noche ya declarada, configurando una borrascosa, tétrica, fantasmagórica escenografía en la cual todos los elementos capaces de acomunar-se para concebir la fin del mundo parecían haberse dado cita.

El Bernina no podía dejar de pensar que su aventura estaba por terminar allí.

No se sentía afondar pero lo tenía en temerosa aprehensión la agresividad de los elementos obstinados en castigarlo, lacerando todas sus partes como si fuera el peor de los pecadores.

Esta era la mas tremenda experiencia sufrida a manos de la naturaleza en toda la aventura.

No encontraba fuera parangona-ble a cualquier otra ya vivida.

Jamás el Bernina había visto tantos elementos en rabiosa conjunción desencadenar un tan extremo pan-demonio.

Sin duda el Océano es otro componente dotado de un “poder natural suficiente” a imponer en su hábitat las propias leyes.

Leyes también estas dictadas de la más fuerte capacidad exponencial de manifestación material, capaces de expresar su poder provocando e imponiendo miedo.

El consecuente respeto nacido de este tipo de comportamiento del “poder”, no responde a la regla de los mayores conocimientos ni provienen de la capacidad o calidad de adquirirlos, emana de la simple condición de producir temor, miedo.

Entre todos los fenómenos naturales el “respeto” es una reacción primitiva y se origina de frente al desencadenarse de hechos, donde se palpa el peligro capaz de amenazar la propia existencia a través del evento.

Cuando los seres humanos configuran esta forma de “respeto” instintivo y extremo, basado en el temor o el miedo, llevándolo al campo de las relaciones sociales locales e internacionales (endulzado de falsos formalismos para atemperar tensiones entre las partes), elaboran y activan el desarrollo de un poder agresivo.

El "poder agresivo" es generador de reacciones a su vez también de la misma índole, conformando un "panorama de respeto ubicando en primer plano la fuerza" y no a partir de justas razones, posición por otra parte de siempre condicionante de las "inciviles" relaciones humanas.

El ser humano en un fundamental intento evolutivo de "cambio trascendente" es justo e imprescindible transforme "el respeto por el poder" en el "respeto por el respeto mismo", por todo aquello de por si respetable.

Esto equivale a decir caracterizar esencialmente el "respeto" y rendirlo decididamente importante para definir lógica, ética, razonadamente todas las situaciones interesadas a ponerlo realmente en juego.

Cuando el "respeto" es claramente establecido, aplicado y apreciado en relación con los valores intrínsecos merecedores de tal termino, detentar el "poder" dejará de ser una finalidad para obtenerlo.

El decadente "poder basado en la fuerza del temor" será superado si su intención principal habrá perdido la importante función, en manos de una humanidad dotada de un suficiente nivel de "civilidad" dominante.

En la diversificadas y confusas situaciones actuales continúan a sostener su permanente supremacía las huestes detento-ras de la "cultura de la incivildad".

El Bernina respetuoso de las circunstancias vividas también ha vislumbrado la presencia de otra virtud puesta de manifiesto por la fuerza de la naturaleza, aquella de la humildad.

Una condición frecuentemente dejada de parte, mal interpretada como innecesaria cuando es preciso reforzar la propia estima.

Porque se puede haber propia lógica estima y ser suficientemente equilibrado para muñirse de la justa "humildad".

El Bernina considera justo restituir el más alto y precioso nivel a su "humildad" inicialmente desvanecida en esta ultima parte de la travesía, perdida en alas de la experiencia en el Mediterráneo.

El dominio de la situación en aquel caso lo había imbuido de un cierto aire de suficiencia.

Después de la tempestad en el Océano el Bernina retorna a ser disponible a proponer la condición más adecuada respecto a una posición de justo, respetuoso equilibrio interior para continuar a afrontar la aventura en el mejor de los modos.

Las aguas se descubren cada vez más frías y gélidas y esto le hace entender cuanto el de-curso restante para completar esta fase se esta extinguiendo e indica la proximidad al extremo del cono sud territorial.

El Bernina se rinde cuenta de hallarse en una zona donde transitan y habitan durante buena parte del año una notable cantidad de especies marinas de grande masa corpórea.

Especies distribuidas en colonias compuestas de un sinnúmero de ejemplares. Los compactos grupos dan la impresión de encontrar en la promiscuidad la mas plena da las felicidades.

En efecto con cierta frecuencia continua a recibir en su masa sumergida golpes de intensidad no indiferente pues improvisamente grandes ejemplares tropiezan con él.

La entera extensión de animales marinos hacinados en la costa no es más una rara intuición, ha iniciado a tomar forma concreta presentándose como una extraña y extensa ciudad con barrios bien definidos. En pobladas colonias se distienden, se aglomeran socializando, se reproducen sin prejuicios y sin algún pudor, una variada cantidad de especies.

En realidad da la impresión de ser con-genial a los animales aglomerarse promiscua-mente en estrechos espacios, diversos del ser humano más dispuesto a vivir distanciado.

Probablemente porque entre los animales los formalismos éticos son del todo desconocidos.

Ciertas especies estacionadas en la costa parece se diviertan y gocen infinitamente en estrecho contacto uno contra el otro.

Cuan notable ejemplo socializan-te serian en grado de dar forma conceptual y prácticamente, si fueran capaces de hacer evolucionar ese tanpreciado como importante instinto primordial.

El Bernina ha ya avistado el turbulento estrecho de Magallanes dispuesto con "humilde" cautela a no afrontar. A su masa dominada del cansancio las fuertes corrientes se presentan como un obstáculo insuperable.

Buscando de regular las pocas fuerzas restantes y haciendo uso de la paciente, ancestral capacidad de saber esperar el momento oportuno para ganar la costa, flota sin premura y finalmente, después de un prolongado tira y afloja, aferra la justa oportunidad para llegar a la tierra firme.

Esta vez no siente el deseo de mirar atrás demasiado escozo de los sobresaltos sufridos, con tantas cosas no suficientemente evaluadas.

Esta bien dotarse del necesario estímulo de aventura cuando se ha decidido de afrontar el "cambio" o nuevos advenimientos impregnados de incógnitas, pero ello no significa ignorar las características de los eventos factibles de encontrar.

Si el "cambio" es en gran parte riesgo, discriminarlo, medirlo preventivamente en sus posibles manifestaciones conduce a un equilibrado "cambio controlado".

Contando con los suficientes y válidos instrumentos de análisis es factible disminuir el nivel de fracasos ocasionados por los imprevistos surgidos del "cambio". En tales circunstancias convenientemente estudiado re-conducen al "cambio" a un irrisorio plano de peligrosidad.

En contraposición quien permanece "inmóvil" aferrado con convicción al "no cambio" hasta cuando no es factible continuar a actuarlo porque "cambiar" es a un cierto punto un paso obligado, se introduce sin meditar y en modo desjuiciado en un peligroso ámbito de riesgo.

Cuando el riesgo de "cambio" no es suficientemente calculado el caso asume las características de un descontrolado juego y allí se pasa a ser a merced del mismo.

El "cambio" afrontado sin convicción, espíritu de predisposición o porque se es obligado a hacerlo, conduce el intento a obtener un resultado de fracaso.

El riguroso frío del extremo cono sur hace sentir al Bernina como si fuera a casa suya.

Los fuertes y persistentes vientos soplando con una intensidad y continuidad enervante lo hacen acomodar en mil modos, antes de poder encontrar una posición adapta para desprenderse de la indescriptible fatiga acumulada.

Este no es el momento de abrir conjeturas sobre el próximo movimiento.

Cuando el cuerpo y la mente son tan minados del cansancio se multiplican en manera inimaginable las dificultades hasta adquirir una magnitud desmesurada, simplemente porque en momentos de extenuante, sufrida fatiga, ni siquiera el mas insignificante obstáculo parece superable.

13. LA LLANURA ÁRIDA.

El Bernina se despierta sobresaltado sacudido de las intermitentes y violentas ráfagas de viento (parecen abofetearlo en continuación). Le dan la impresión de punir-lo por el hecho de haber ultra-pasado los límites del mas mínimo sentido común en tan loca aventura.

Extraño vendaval este del extremo "patagónico" menos agresivo respecto a la tormenta de arena del desierto pero se propone como una densa niebla de viento y finísima tierra. No encuentra obstáculos a su acción del todo invaden-te al punto de no permitir ver mas allá de pocos metros.

La densa cortina corre velozmente y parece no tener fin continuando a desplazarse compacta, impenetrable, compuesta por una nube de partículas de tierra seca e impalpable.

Se comporta como una grisácea harina en suspensión y se mueve en una desenfrenada arremolinada e incontenible, indefinible danza.

La grisácea harina en suspensión circulando por todas partes, se introduce, se acumula arbitrariamente donde quiere, dejándose depositar o precipitando delante de un obstáculo cuando las ráfagas de viento en sus momentos de intermitencia procuran instantes de calma.

En apariencia símil al desierto de arena, la llanura árida patagónica se diferencia de aquella en las distintas sensaciones percibidas en el vivir su experiencia.

El desierto de arena por darle una ubicación diferencian-te provoca sensaciones contradictorias.

Se propone como una entidad territorial dispuesta a colocar de inmediato a quien lo afronta en una condición defensiva, porque se tiene la impresión de estar en contacto con un medio carente del sentido de hospitalidad.

Va considerado como un obstáculo de superar antes de un medio dispuesto a acoger a quien se introduce en su ámbito.

Difícilmente se siente la impresión de poder recibir cierta señal indicativa de su parte de mostrar y participar a algún aspecto en común, ya de por sí, ya por propias características o manifestaciones traducidas a provocar algún tipo de comunicación.

La árida llanura Patagónica así como se la define para identificarla elementalmente, va descripta e interpretada en sus características como una entidad diversa.

El Bernina no ha empleado mucho tiempo en percibirlo mientras la atraviesa. No eran pocas las nuevas sensaciones provocadas por su contexto.

No se presentaba particularmente provista de una agresividad destinada a concentrar la atención de quien la transita, a ocuparse de tomar precauciones para superar y sobreponerse a insidias sin piedad.

No siendo necesario aplicar la máxima atención en torno a la propia sobre-vivencia, en una situación seguramente acogedora, el Bernina comienza a tratar de establecer un contacto más íntimo con este tipo de realidad.

Emprende su solitaria ruta rumbo al norte a través de una superficie plana y árida circundada del horizonte implantado al límite visual de su tipo de configuración.

Horizonte proyectado a trasladarse insensiblemente y sistemáticamente más allá secundando el andamio, dando la impresión de mantenerse siempre a la misma distancia).

En el tránsito el Bernina inicia a sentir una beatífica sensación de "libertad".

Una relajante sensación nacida de la impresión de gozar en la acción de recorrer camino según una doble extraña condición; de transitarlo dinámicamente y al mismo tiempo de no moverse, de haberse detenido.

Transitar le daba la impresión o mejor la irreal percepción de proponer y recorrer un camino sin fin en el cual se avanza indefinidamente.

Esta dinámica parecía responder a una eterna segura condición de andar sin llegar a ninguna meta y por ello, sin obligaciones, ni motivaciones, sin expectativas ni ambiciones procurando una extrema "sensación de libertad".

La ausencia de obstáculos o cosas destinadas a llamar la atención aseguran un estado de relajación, evidenciando la total ausencia de influencias externas al contemplativo paso del andamio realizado.

La consciente acción de transitar también se verifica en el lejano punto de referencia ofrecido por la cadena andina, cuya figura se alcanza a visualizar en el sector occidental.

Relieves de irregulares perfiles dejados por el camino del Bernina uno tras otro procurándole la justa y cierta sensación de moverse.

El libre movimiento no condicionado a ningún factor y la infinita extensión proyectada delante a él, dan la sensación de afirmar una larga secuencia de solitaria libertad.

Todo ello se traduce en un extraño bienestar difícil de reconocer en origen y naturaleza.

Tal condición se manifiesta también corporalmente con una ilimitada sensación de amplitud y satisfacción, experimentada en las interminables inspiraciones y espiraciones tan espontáneas como percibidas conscientemente.

Así de simple parece ser el sentido de la "libertad".

El ser humano efímera-mente trata de encerrar en un cerco este término para aferrarlo, en tanto sistemáticamente escapa de sus manos como una esfera de vidrio enjabonada.

La "libertad" en el mejor de los casos y solo parcialmente se obtiene o aferra por poco tiempo, como quien intentando subir una escalera de treinta peldaños cubre cuatro, cinco, diez sin jamás llegar a alcanzar por entero la preciada cima.

En la situación natural en torno a cuyo hábitat el Bernina se encuentra, la in-aferrable "libertad" da la impresión de poder definirse "como la posibilidad de dar acción dinámica a las propias estructuras, manteniéndose al margen de cualquier influencia externa".

La condición así representada puede hallarse tan solo en la "acción dinámica realizada en total aislamiento".

El resto no parece pertenecer a estas elementales pero decisivas bases y son formas de "libertad" parciales de considerar incompletas.

En efecto también las "libertades" con mas clara, aparente visibilidad como aquellas derivan-tes del dominio del "poder" ejercitado directamente y en cualquier ámbito (en apariencia puntos culminantes con a disposición la mas completa capacidad de decisión), no se presentan en modo absoluto en condiciones de hacer un uso total de ellas.

Aun las libertades ejecutivas con mayor independencia (de una u otra manera ejercitadas en modo directo o indirecto) absorben y sufren influencias externas reductoras del propio libre "poder" de decisión.

Esto también se refleja en aquellas personas con una total disponibilidad práctica aplicativa a ponerlo en juego.

De un otro versan-te y siguiendo las sensaciones del Bernina, "se es completamente libre si no se establece algún contacto externo o se lo hace accidentalmente y por poco tiempo".

Un lapso temporal de contacto tan corto e intrascendente de no permitir intromisiones o presiones de índole condicionante de ninguna especie, suficiente a las partes a mantenerse indemnes de toda posibilidad de producir y recibir influencias.

La completa "libertad" parece posible alcanzarla por medio del mas cerrado de los aislamientos, porque todo contacto de comunicación o relación aun el mas elemental (aquel aparentemente más banal) puede ser el inicio de su perdida.

No existe algún tipo de contacto humano partiendo de las propias posiciones de las partes, no proyectado en algún modo a disminuir la entera, completa capacidad de total "libertad" en la concepción de las formas originales.

La "libertad" cuando es muchas cosas no es ninguna, y cuando es verdadera y única, total, es inalcanzable.

El Bernina atravesando la desolada llanura Patagónica, encuentra una sensación de "libertad" presente en todos sus valores, porque no existe algún tipo de comunicación mientras se desplaza en silencioso movimiento.

El propio desplazamiento encuentra punto de referencia en el lejano, lateral contexto cordillerano.

El continuativo macizo se presenta cómo una estática in-influyente cadena.

El Bernina transitando paralelamente va dejando atrás superándolo en imperceptible sucesión.

Al Bernina su lento, imperturbable movimiento en un ámbito con la convencida apariencia de ser infinito le propone la justa sensación de "libertad".

La "libertad" así sentida e interpretada adquiere las características de ser el resultado de la conjunción de "movimiento y aislamiento".

Si a un interminable de-curso de progresión dinámica se agrega la perspectiva y posibilidad de presentar por el camino cualquier cosa de nuevo, ello constituye el detalle esencial para considerar el entero contexto la antítesis de la "inmovilidad" y por tanto de significar la incompatibilidad de la "libertad" con aquella condición

Gracias a esta experiencia el Bernina esta descubriendo cuanto su originaria y natural "inmovilidad" no es "libertad", porque su silencioso e incólume ostracismo proviene de una condición de enclaustramiento (lo imposibilita de moverse).

La "inmovilidad" describe y establece de por sí una posición de "no libertad" porque determina la ausencia de uno de los fundamentos esenciales el "ejercicio de movimiento".

En su preeminente y dominante posición inicial el Bernina era en realidad "prisionero de su inmovilidad" y por lo tanto "no-libre".

Tal como prisioneros y "no libres" conceptualmente los son los seres humanos dispuestos a basar sus formas de vida en la inmutable conservación de preceptos forjados en la "inmovilidad".

También la búsqueda de la seguridad y su sostenimiento a ultranza es una condición finalizada a "hacer prisionera la libertad".

Por consecuencia lógica la "libertad" es hija directa del riesgo de la apertura a todo aquello no sujeto a los estrechos cánones de la "seguridad".

El Bernina ha necesitado llegar hasta aquí en este rústico, relegado trato territorial, con improvisas ráfagas de intenso viento capaz de convertir en poco tiempo una límpida visión en una polvorienta y arremolinada niebla (todo lo esconde y enmascara); para descubrir otro aspecto de vida suyo y de los seres humanos.

Realidades respecto a la "libertad" de aceptar razonablemente pues tan fácilmente de confundir como de acomodar a los propios intereses y opiniones.

La "inmovilidad" preservando la "seguridad" elimina el riesgo de la "libertad" en el afrontar lo ignoto. Este una vez develado, provocará por fuerza "cambios" en la orientación tradicional o convencional.

La "libertad" es un instrumento permanentemente agresor de la "seguridad", porque transforma los planos de "inmovilidad" apoyo de la misma en un terreno vivo a las modificaciones.

La "libertad" actúa como un campo de arenas movedizas siempre dispuesta a meter en juego y re-dimensionar todo aquello protegido por el sistema estático, única fórmula por otra parte para llegar a establecer nuevas y mejores reglas.

La "libertad" es "soledad en movimiento" y también sendero útil para tomar contacto con nuevas experiencias encargadas de mantener vivo el "cambio" (fuente de renovación).

El sendero transitado en modo solitario de la "libertad" si considerado inextinguible o infinito, disminuye hasta bloc-ar con su beatífica condición los malestares nacidos de su incomunicabilidad.

Por otra parte la "soledad en la inmovilidad" como ya se ha dejado traslucir, no es "libertad", es prisionera de su estatismo.

La in-aferra-ble "libertad" se presenta como el dragón de las mil cabezas de las cuales solo una es la más pensante, representativa y real conductora.

La "libertad absoluta" no existe como lo demuestra la multiplicidad de variables en vana búsqueda de definir-la.

Resulta difícil o mejor imposible identificarla con una posición finalizada a individualizarla plenamente en todas sus espinosas facetas.

Atravesando la áspera llanura austral el Bernina ha sentido la sensación de "libertad" y a él no interesa tanto el porque o el como, lo importante es haberla percibido y gozado por entero sin definir-la o aquello aun mas provechoso sin perder tiempo en hacerlo.

Lo importante es haber percibido una extraña sensación en tal sentido jamás precedente-mente experimentada.

La plácida satisfacción de desplazarse relajado le ha hecho pasar in-observado el haber recorrido la extensa distancia del trato prefijado, para llevarlo en la vecindad de la más imponente y central zona Andina.

Ahora más allá de la condición o no de "libertad" vivida en esta parte de la aventura (probablemente una sentida veleidad) y retornando a las concretas circunstancias reales, toma consistencia la situación de fatiga dominante intencionada a ocupar un plano prevalen-te en el estado de las cosas.

Ha llegado el momento de otro alto reparador con la tranquilidad de haber respetado al pie de la letra el plan programado y sobre todo de haber ganado la celestial sensación otorgada por la convencida condición de "libertad" experimentada, pese a no haberla podido aferrar conceptual-mente en algún modo.

14. EL ACONCAGUA.

Emocionado el Bernina ha reposado poco.
La próxima etapa lo tiene inquieto.

Siguiendo ahora la ruta rumbo al norte en la prolongación pre-cordillerana de la árida llanura austral ya transitada, tal como lo había decidido al momento de tocar tierra en el extremo sud del continente va en búsqueda de un colosal hermanastro el Aconcagua.

El Aconcagua mas que sorprendido, extrañado mas bien estupefacto, maravillado aparece delante a la presencia del Bernina confuso, despistado, sin atinar a configurar reacción alguna

El Bernina comprendiendo la extrema dificultad de reacción se concede con humildad excusándose de no haberle podido avisar con tiempo de su presencia, seguido de un admirado cordial saludo en el tentativo de abrir las puertas a un dialogo bloca-do.

El Aconcagua, aturdido, emplea aún no poco tiempo antes de articular palabra. Después de un formal gesto de placer, casi balbuceando le propone la primer descontada pregunta: cosa había hecho para salir de la "inmovilidad".

Difícil resulta al Bernina tratar de explicar en genéricos términos concretos lo inexplicable o más claramente, cuanto las condiciones para desplazarse no han surgido de una secuencia de origen técnico-material, sino más bien de un fenómeno tomado cuerpo de un profundo, intenso deseo interior, dotado de una fuerza tan determinada como aquella capaz de "mover montañas".

Una intención interior suprema y decidida a probar y a aceptar todo, fruto de un impelente, trajinante deseo de realización imposible de ser detenido en algún modo.

Lo materialmente imposible anclado en la plena razón de lo conocido, modifica su férrea posición a partir de la propia convicción de emplear el "cambio" como único imprescindible, arriesgado mecanismo, interesado en producir nuevas, diversas y mejores condiciones de vida.

La "inmovilidad" y por consecuencia la "seguridad" son por otra parte no en grado o mejor incapaces de ofrecer la esperanza de llegar a obtener "mejoramiento", además de no crear las condiciones a proponer una inigualable trascendente condición del mismo.

Cuando por propia posición conceptual se tiene la convicción: el "nuevo" aporta en pre-valencia "degrado" en lugar de mejoramiento, la esperanza de la esencial llama iluminan-te dispuesta a alimentar el futuro, se apaga, desaparece.

Si bien la "esperanza" es cualquier cosa de ignoto, de in-aferra-ble o de improbable o con relativa posibilidad de concretarse, de diluirse en un instante sin dejar nada de resuelto; también su indeleble presencia conduce a buscar e identificar soñando lo mejor de lo mejor.

En función de esta intención superior se cimienta la base distintiva de la conformación y acción característica diferencial del desenvolvimiento del modo de

vida, destinada a dirigirse hacia todo aquello traducido en progreso quien con todos sus contrasentidos produce siempre mejoramiento.

Si la "esperanza" es sinónimo de "cambio" y este de "mejoramiento", la esperanza es también la posibilidad de concreción de ambas cualidades.

La "esperanza" es también una insustituible entidad en el combatir las injusticias o las desigualdades, las iniquidades, así como el aburrimiento, la indolencia, la repetición, nacidas de la imposibilidad de "cambiar" las cosas o de no creer con convicción ello suceda.

La imposibilidad de "cambiar" es además de una definida posición interior, la consecuencia de la incapacidad o insuficiente preparación disponible a desarrollar conocimientos, al centro del sustento de base a la existencia de la frágil "esperanza".

Sin la capacidad suficiente para "cambiar" y con ello mejorar las condiciones de vida a disposición del humano, la "esperanza" no existiría o se reduciría a una vana ilusión.

La "esperanza" habitual componente del espíritu, es la suprema heredera de la capacidad presente en el ser humano para "cambiar" las cosas y evolucionar. Ello al margen de las enormes dificultades de gestión provocadas por sus propias contradicciones conceptuales y comporta-mentales (constituyen graves limitaciones especialmente en el campo de las relaciones).

El ser humano "sin esperanza" o sin confianza en ella por vía de una dominante, convencida, pesimista "inmovilidad", empecinada en esperar y creer en un "cambio ideal" sin alguna modificación radical del contexto vigente; considera el lógico, confuso inserirse de lo nuevo un aberrante e inseguro campo minado de destructivas contradicciones.

Con tales convicciones el ser humano es un ente condenado a enrocarse en un estrecho y cerrado círculo de preceptos e intereses, cargado de falsos, instintivos y retrógrados prejuicios.

El círculo relacional naciendo y terminando siempre en un mismo punto de condiciones de desencuentro, conduce inevitable e invariablemente a las primitivas luchas de preeminencia de los unos contra los otros (no importa quienes), para llegar al siempre igual efecto en conclusión (conflictos bélicos).

Las relaciones entre sociedades en un ámbito dominado de posiciones conceptuales de "inmovilidad" conducen sistemáticamente (en caso de irresolubles contraposiciones), a la búsqueda directa o indirecta de la eliminación del probable enemigo en el privilegiado ámbito de los poderes actuantes.

El camino indicador del modelo de proceso así como los mecanismos conceptuales (animan y conducen al mismo), son siempre delineados de formulas "inamovibles" en su "incivil" configuración.

Indudablemente las posibilidades ofrecidas por el "cambio" con todos sus riesgos e incoherencias, resulta el único nuevo trayecto a seguir para modificar un sistemático fracaso de la gestión en "inmovilidad".

Es de definir como fracaso el modelo de sistemas relacionales humanos sometidos a continuas inicuas, estériles reformas dispuestas a mantener una esencial "inalterada inmovilidad" conceptual, destinada a conducir siempre e irremisiblemente a las mismas conclusiones y resultados negativos.

La "esperanza" es el faro indispensable a guiar y orientar al ser humano en su atormentada búsqueda de una siempre mejor forma de convivencia, tratando de iluminar con una "cambiante" mas y mejor razonada civilidad, su convulsa, inquieta y aún demasiado instintiva manera de comportarse y relacionarse, todavía excesivamente primitiva en su esencia y configuración.

La "esperanza" finalmente encontrará su de-curso positivo y se concretará con el desarrollo de la capacidad de "cambiar" el estado de las cosas.

En su transito aparentemente desviado el "cambio" punta preferente-mente sobre el desarrollo del ámbito material y poco o nada interviene sobre los ordenamientos sociales "indudablemente más importantes".

La "esperanza" a partir de los instrumentos innovadores (evolución de los medios de comunicación por ejemplo), espera estos actúen en modo indirecto pero determinante incidiendo con su fuerza transformista sobre el "inmóvil" campo ideológico.

El viejo e indomable "campo ideológico de conducción y organización social", aún tratando de resistir en su intento de conservar las condiciones adaptas a mantener las prerrogativas de sus regresivas posiciones conceptuales, se encuentra sometido a un ataque frontal de nuevos factores re-conducibles a insinuar la necesidad del "cambio".

Los "nuevos factores" reconociendo un origen diverso al de aquellos tratados por el sistema de conducción social "inmovilizado", colocarán en serias dificultades sus consuetudinarias condiciones operativas.

Los desarrollados fenómenos innovadores de carácter técnico-científico, irrumpiendo prepotente-mente al interno de los contextos sociales, transformando rápidamente y en continuidad los desenvolvimientos y comportamientos productivos y de usos y costumbres; se han convertido en verdaderos propulsores de una silenciosa, pero incontenible, trascendente re-dimensión de los "inmovilizados" ordenamientos organizativos rectores de la forma de vida de las comunidades.

El rápido y profundo "cambio" material ha llegado a un nivel de tal dinámica de desarrollo, amplitud y complejidad, de condicionar en modo radical todos los sectores componentes los ámbitos sociales.

Dinámica de un irreverente crecimiento constituido inevitablemente en un punto de referencia determinante, orientado a impulsar y producir modificaciones "trascendentes" en los ordenamientos de "conducción y organización social" (claramente incompetentes e ineficientes).

La prospectiva de un advenimiento de trascendental innovación ideológica necesariamente inevitable, avasallará fronteras de "inmovilidad" llevando a una más coordinada actualizada y eficiente funcionalidad al entero contexto humano (conducente a una integración social planetaria).

El nuevo ordenamiento ofrecerá tanta importancia a la organización interna de las sociedades como a una fluida interrelación entre las mismas.

El todo dentro de una promoción de correlación integrada interesada a un desarrollo un pre-valencia, justo, lógico, referido al entero campo humano, en la soñada "esperanza" de conjugar un sistema social de integración planetaria.

En el tentado pero frustrante diálogo con el Aconcagua, el Bernina toma conciencia de cuanto lo separan del gigante de los Andes, la diferencia de conocimientos y experiencias adquiridas y vividas.

Se reconoce plenamente en él cuando era aún "inmóvil" en su secular demora Valtelinesa.

Hablar con el Aconcagua era como reflejarse en un fiel viejo espejo, como dialogar con si mismo antes de haber partido.

El contacto le ha permitido valorar la magnitud del propio "cambio" procurado sin duda por los nuevos conocimientos adquiridos.

Todo aquello transmitido por el Aconcagua parecía responder a argumentos descontados, en regla con cánones prefijados, sin alguna sorpresa, según una trama destinada a permanecer sobre los mismos temas expresados a lo largo de siglos y milenios, como si fueran indeleblemente esculpidos para no sufrir variación alguna.

El repertorio del Aconcagua correspondía con una perpetua e invariable forma de vida sujeta a la "inmovilidad" re-asegurante el acto de perpetrarse en el tiempo, encerrando en el estrecho ámbito de una celda, eludiendo con propias razones toda posibilidad de evolucionar, de dar a la propia existencia otras alternativas, cancelando la intención de desarrollar intrínsecas desconocidas capacidades.

Solo ahora, después de esta turbada e incómoda experiencia el Bernina intuye cuanto la vida de las montañas, no importa donde situadas, presenta más o menos la misma característica.

Anclados a la "inmovilidad" y a un cierto hábitat los conocimientos se someten a un estrecho limitado campo, al punto de no ofrecer en tales condiciones posibilidades de desarrollo.

Se siente a disgusto en su diálogo con el Aconcagua quien lo martilla continuamente con preguntas referidas a las experiencias vividas, dejando traslucir tácitamente lo incomprensible de una tan extraña e inexplicable aventura.

El Bernina se siente incómodo al considerar del todo improbable transmitir las experiencias vividas a quien como él antes de partir, no imagina siquiera la cantidad de conocimientos asimilados coligados entre ellos. Conocimientos capaces de originar a su vez otros consecuentes, fomentando un proceso de crecimiento en cadena de indescriptible valor y potencial formativo.

Poco o ningún significado tiene describir episodios en superficie, cuando con ellos no se llega a dar cuerpo al profundo y frondoso bagaje capaz de alimentar y enriquecer la forma de pensar.

Experiencias por otra parte substancialmente cundidas del aporte de difícil medición en valor e importancia, producida por emociones, temores, satisfacciones, sufrimientos decantados durante el proceso.

Los hechos a la fin son realmente asimilables si vividos sobre la propia piel y componen un contexto imposible de transmitir en su esencia, al punto de considerar en situación extrema lo mas justo ni siquiera intentar hacerlo. En realidad el esperado diálogo con el Aconcagua no tiene ya ningún sentido. El Bernina ha evolucionado demasiado en su intrépida aventura.

Los conocimientos adquiridos, las consecuencias por ellos motivadas lo hace sentir en la incomoda posición de verse fuera de su propio natural contexto. El Bernina ahora comprende cuanto la situación o mejor condición de des-ubicación involucra a quienes de una u otra manera toman contacto con un amplio caudal de nuevos conocimientos. A partir de ellos sienten de alejarse del grupo de pertenencia si este ha quedado al margen de poder adquirirlos.

Esta circunstancia provoca una desagradable sensación de aislamiento respecto al propio ámbito (estática-mente relegado). Representa un pesado malestar destinado a acompañar seguidamente a quien ha decidido de afrontar e introducirse sin reservas, en el extraño e indefinible mundo guiado de profundos "cambios".

Por otra parte es difícil o mas bien imposible a experiencias recibidas verbalmente en modo indirecto, abrigar la facultad de originar conocimientos y reacciones en conspicua relación con su real valor, porque carente de la fundamental componente, aquella de haberlas vivido en primera persona. A los conocimientos se llega realmente sumándolos a la conjunción de emociones, sensaciones, condicionamientos externos sobre ellos proyectados; solo factibles de ser adquiridas plenamente en su total e integrada vigencia cuando se viven en forma directa.

Inútil cree el Bernina cuanto el Aconcagua se empeñe en imaginar aquello referido respecto a su experiencia vivida, porque obtendrá con ello un resultado abstracto, una insensible visión virtual. Una visión procurada con de por medio una insuperable pared invisible dispuesta a permitir imaginar el contexto menos importante de la realidad, de condicionar a tal punto de limitar su pleno conocimiento en forma decisiva.

Será imposible al Aconcagua imaginar con justo realismo todos los aspectos, especialmente los mas concretamente relacionados en modo directo con el "cambio" o con desenvolvimientos dinámicos originados en consecuencia. En su abstracta posición pre-levará lo substancialmente decantado de su impuesta "inmovilidad".

El Bernina ha tomado conciencia de ser considerado de ahora en mas (porque así será etiquetado), como una montaña en el mejor de los casos extravagante y en el mas genérico y factible decididamente fuera de la norma. Una montaña tan fuera de la norma de hacer necesario tomar una circunspecta, atenta, desconfiada distancia de ella, como sin duda sucede con todo aquello

relacionado con tipos de conocimientos y comportamientos demasiado evolucionados y por ello considerados tan incomprensibles como peligrosos.

También el Aconcagua de frente a las inesperadas respuestas y apreciaciones dadas de otra montaña inicia a probar un justificado desorientamiento. En efecto el profundo "cambio" sufrido del Bernina no llega a ser comprendido suficientemente del coloso Andino (no puede prescindir de orientar sus razones desde el punto de vista de su "inmovilidad"), encontrándose en abierta contradicción respecto a quien ha adquirido otra forma de pensar.

Antes de atacar o poner en crisis los orgullosos seculares principios del Aconcagua, circundado de los seguros inalienables preceptos basados en el silencio y en el inmutable dogmático aislamiento de "inmovilidad", el Bernina, calla y complaciente sostiene los viejos e indiscutibles puntos de referencia conceptuales.

El Aconcagua sonríe buenamente con el aire de suficiencia de quien se encuentra delante de alguno ciertamente extraviado (da la impresión de haber perdido el justo camino), y como una díscola oveja salida del rebaño reconoce finalmente la validez de viejos imperativos principios.

Estimulado por la inmutable certeza de los viejos principios corroborados en su vigencia por el comprensivo Bernina, termina por convencerse de no haber perdido nada permaneciendo en su alvéolo, es más ha ganado reforzando su segura "inmovilidad" del "no-cambio".

El Bernina lo saluda y con un cierto sentido de embarazo inicia a moverse verso el Pacífico.

Siente encima la mirada del Aconcagua.

Lo sigue con un gesto entre burlón y malicioso como si de su púlpito de "inmovilidad fundamentalista" afirmase: "Increíbles estos tiempos. Cosa puede ser mas ridícula y grotesca que una montaña en movimiento, desplazándose, en fin de-ambulante".

Es de esperar concluye melancólico y trastornado el Aconcagua en su introspectivo monólogo "esto no termine por convertirse en una moda, una maldita broma del imprevisible inciontrolado progreso".

El Bernina en tanto trataba de encontrar un espacio en la cadena andina para atrevesarla y llegar al Océano Pacífico tiraba las conclusiones de su contacto con el Aconcagua.

Era evidente cuanto todo aquello de nuevo ofrecido a una restringida imaginación "inmovilizada", adquiere a los ojos de esta las características de un tan sorprendente como peligroso advenimiento de cuya presencia cautelarse tomando justa distancia. Las impensables, ingobernables repercusiones de la aventura del Bernina representan un directo atentado contra el orden establecido, sea éste válido o no.

Ese temor mueve a desencadenar una instintiva, defensiva reacción de oposición, tendiente a radiar el elemento de provocación, sometiéndolo una aguerrida, obstinada lucha diseñada primero a aislarlo y después a eliminarlo si interpretado como un grave peligro de acción des-estabilizante.

Este mismo temor ha provocado la posición de desaprobación del Aconcagua quien atraído por curiosidad al inicio, finalmente en una instintiva reacción de propia protección preventiva niega validez a lo nuevo o diverso, capaz de comprometer su segura o estable condición de existencia, convertida a este punto en una preciada fórmula de defender.

El Bernina siente todavía sobre si la escrutadora mirada del Aconcagua, seguramente fija, atenta, incrédula.

Seguramente es acosado por profundas dudas acerca si aquella cosa símil a una montaña es una congénere o a dialogado con un cuerpo extraño.

Por el aspecto exterior tiene todo lo necesario para ser considerada tal y por eso ha entrado en rápida confianza, pero por el resto su comportamiento resulta demasiado inexplicable, fuera de norma para aceptarla sin reservas, sin una lógica duda.

De cualquier manera el impactante advenimiento a trastornado no poco al Aconcagua y esto era inevitable para uno como él proyectado a vivir en eterno estatismo, de considerar una condición natural prefijada y de índole definitiva.

El contacto con la situación de "cambio" es preciso sea gradual, paulatina y constante en modo de generar un justo mecanismo de adecuamiento finalizado a facilitar absorberlo sin contrastes.

El contacto del Bernina con el Aconcagua no sería terminado con un contraído y brusco replegarse defensivo de este ultimo, si a partir del "cambio" de una de las partes no se hubiera revelado un impacto violento capaz de romper cualquier tipo de comunicación constructiva.

Por lo tanto cuanto más cerrado y protegido se presenta un sistema en su "inmovilidad" a las manifestaciones de "cambio" circundantes, mas difícil será e este encontrar una útil vía de salida a esa impenetrable posición.

La situación se hace mas compleja cuando forzado por advenimientos se ha llegado a comprender la necesidad de desembarazarse de una condición de "inmovilidad", por si misma perjudicial apareciendo implícito el lógico acto de liberarse.

No obstante no es de excluir o tal vez de considerar del todo posible el Aconcagua recapacite después del impacto en modo de re-ordenar más serena-mente las confusas ideas.

Retornando sobre esta extraña experiencia, antes o mas tarde, si algún haz de luz desjuiciado ilumina su espíritu, se disponga (probablemente a escondidas en la oscuridad de la noche) a intentar dar el primer paso para desplazarse.

15. EL MURO ANDINO.

El Bemina se ha visto obligado a recorrer un buen trecho rumbo al norte en

búsqueda de un espacio en la cordillera Andina para atravesar-la y ganar el acceso al Océano Pacífico.

Mientras avanzaba en paralelo al obstáculo interpuesto entre el y el Océano motivado por la inabordable pared cordillerana, inicio a pensar sobre cuanta importancia han tenido las montañas en el mantener vivo el espíritu de aislamiento alimentando en los pueblos cobijados entre ellas.

Aislamiento procuran-te una natural y particular seguridad y protección.

La seguridad también significa ausencia de relaciones humanas, de encerramiento cultural, notoria diferencia de la forma de vida de los diversos grupos habitantes inmersos en los protectores versan-tes de la montaña.

Los grupos humanos eran separados muchas veces de tratos inaccesibles dispuestos a favorecer la incomunicación.

La forma de vida se mantenía orgullosamente incontaminada.

En realidad indicaba una heterogeneidad provocada de la incidencia aislacionista de las accidentadas características del territorio.

El territorio accidentado favorece un no integrado desarrollo humano.

A la fin y en relación a las características del territorio el ser humano perteneciendo a una misma entidad biológica, necesita articular medios de cohesión para hacer progresar el justo e imprescindible nivel de convivencia.

Los pueblos de montaña resultaban al mismo tiempo vecinos pero distantes de frente a la dificultad física dispuesta a interponerse y separar.

Establecían relaciones basadas en desconfianzas y agresivos antagonismos de incivil rivalidad, puntualizando y reivindicando las propias virtudes y las defecciones de los otros.

En el sentido de integrar las montañas por sus características físicas, representan un obstáculo a un mas simple y directo encontrarse del ser humano en las vías de una fundamental fórmula de unidad en todos los campos.

Integración facilitada de simples condiciones físicas-territoriales de comunicación o por el contrario complicadas de un accidentado territorio (montañoso).

Las accidentadas condiciones de aislamiento acentuaron notoriamente los aspectos dispuestos a favorecer las más despiadadas contraposiciones, cuyos puntos culminantes están representados por todos los tipos de "ismos" (nacionalismos, regionalismos para llegar a absurdos y ridículos localismos).

El territorio accidentado también favorecía la irracional condición de una tribal primitiva actitud de "posesión".

Esta actitud en el pequeño o en el grande conserva y consume el hecho de un espíritu guerrero de defender y atacar para preservar posiciones, actitud en gran medida demostrativa de un ser humano en su faz de mas instintiva y primordial expresión.

Posición primitiva resultado de condiciones de involución propias de su inestable de-curso de convivencia a ostensible predominio instintivo, cuyas manifestaciones dadas sus naturales características y capacidades interiores no lo representan realmente en su total entidad.

En efecto la contra-parte positiva demuestra la presencia de ricos y ponderables factores positivos orientados a hacerlo evolucionar.

El territorio con sus diversas características naturales ha estimulado la irrepreensible cuanto instintiva intención de poseer-lo.

El ser humano haciéndose subalterno a esos dictados condiciona seriamente en negativo la evolución de su forma de vida.

Dotado de la capacidad de adquirir conocimientos y por lo tanto de progresar dispone de las condiciones para colocarse en modo determinante al centro del diseño de su destino.

En tanto ha vivido y continua a vivir "incivilmente" sometido al primordial instinto natural de la irrefrenable necesidad de "poseer territorio".

El territorio es de considerar bajo el dominio de la "cultura de la civilidad", un intermediario de base útil a nivel de soporte logístico de elementos vivientes de pasaje sobre su superficie.

El "territorio" en si no se presenta en condiciones ni tiene intención de proveer a tomar decisiones respecto al comportamiento del ser humano, está allí como pasiva base en respuesta a un orden general supremo.

Según razones de carácter natural, produce sufre y soporta trastornantes procesos cíclicos desencadenados y guiados o no de un gobierno superior.

Cada forma desencadenante de episodios a su cargo (terremotos, erupciones volcánicas, maremotos, etc.) son partes interesadas en un proceso no determinante.

El territorio jamás ha impuesto al ser humano reglas de comportamiento o le ha exigido algún derecho de propiedad para ponerse a su disposición, complementariamente en base a sus características lo ha condicionado a adecuarse a las mismas. Es tan divinamente comprensivo de atribuirse una posición erróneamente impersonal, anónima al punto de dar la falsa impresión de poder ser poseído.

El exasperado casi delirante atacamiento del ser humano al territorio le han procurado la coartada para dar a su anormal deseo de posesionarse del mismo, un desconsiderado valor respecto a la real condición de haberlo.

El territorio propuesto como punto de referencia central en el desarrollo de las diversas formas de "poder", obteniéndolo, manteniéndolo y defendiéndolo a todo costo y aún arbitrariamente; lo ha convertido en el principal actor de situaciones, cuya conducción y dirección inician y terminan en el campo humano.

Erróneamente el ser humano ha hecho del territorio el punto cardinal de su principal conquista, cuando lo fundamental o el principal factor a tener en cuenta es aquel de puntar sobre un eficiente y continuo desarrollo de si mismo. Desarrollo de las cualidades de la propia interioridad y en consecuencia de todos aquellos indispensables mecanismos dispuestos a buscar y establecer una cada vez mas fluida, respetuosa, justa y deseada, interrelación general.

Así discriminado el problema, resulta evidente cuanto el elemento territorial (montañas) será utilizado por los seres humanos para encontrar en este tipo de accidentadas características el medio más natural para aislarse y asegurarse su

dominio (aspecto primario).

La intención de establecer la responsabilidad de una comunidad en su deseo de aislarse (en este caso utilizando la montaña), demuestra una tendencia a no entender desarrollar su capacidad de integración.

Por el contrario cuando el ser humano decide de abordar el proceso de integrarse supera todos los obstáculos aun aquellos mas relevantes (construye túneles - puentes - utiliza medios de comunicación a distancia, etc.).

Después de haber intentado de en-cunearse vanamente y sin fortuna en los espacios mas bajos y planos de la cordillera Andina (comprobando no haber adelgazado como pensaba a lo largo de su prolongada y extenuante aventura), el Bernina encuentra finalmente un corredor difícil pero practicable para llegar a tomar contacto con el Pacífico.

Una vez más de frente a otra inmensa masa líquida (Océano) decide detenerse para reposar.

Esta vez se presenta en primera línea la necesidad de eliminar la tensión, de relajarse del imprevisto amargo nerviosismo originado y acumulado en el contacto con el Aconcagua.

Así condicionado no se adormienta fácilmente.

La dulce brisa y el acarician-te rumor del Pacífico lo va re-aserenando hasta introducirlo insensiblemente en el sueño.

16. EL CONTINENTE GLACIAR.

El Bernina se despierta temprano y reposado.

Tiene la impresión después de tanta fatiga y esfuerzos estos le hayan servido de furiosos obligados entrenamientos.

Tal ilación le es sugerida de la afianzada sensación de ser el momento con a disposición la mejor forma atlética.

Antes de iniciar la nueva etapa actualiza el programa de marcha.

El mismo había prefijado una visita al continente polar "Antártico", de abordar atravesando el Océano Pacífico en modo de contactar la zona frígida en el extremo sud occidental.

La intención es contactarlo para conocerlo y después de transitar-lo un corto trayecto (no desestima las insidias de la fría superficie vidriosa), abandonarlo para emprender por vía mar una decidida dirección rumbo al norte.

Después de haber afrontado el Pacífico con la sabiduría de un viejo y rodado trasatlántico, casi gozando de una meritada crucera, perfectamente armonizados sus naturales elementos de flotación y propulsión, el Bemina como previsto, después de haber seguido una justa dirección toma contacto con aquello (a la primera impresión) presentado como un desierto de hielo.

La extensa masa de agua congelada convertida en territorio (más se acerca a ella más se hace dominante), adquiriendo finalmente la sólida y concreta característica de un continente sin confines constituido de líquido solidificado; origina una contrastante impresión inicial al Bernina.

Todo aquello visto hasta el momento si bien con las formas mas diversas parecía pertenecer a un ente diferenciado, pero al mismo tiempo componía en sus relaciones una configuración donde finalmente las partes se integraban conjugándose en una composición coherente.

En su diversidad, todo lo visto, daba la impresión de estar coligado por un hilo común (en cierto modo los hacia pertenecer a una sola entidad).

El continente de hielo le da la sugestión de encontrarse delante a un elemento extraño.

Un cuerpo extraño inserido en el planeta demasiado en contraste con el resto, como si no formase parte del mismo o no perteneciera al entero contexto.

Divagando libremente para encontrar una razón aun valiéndose del absurdo, el continente helado se presenta al Bernina como un cuerpo extra terrestre depositado accidentalmente sobre el planeta.

El cuerpo frígido viajante en el espacio por demasiado tiempo (disgregación glacial de planetas congelados) cansado de deambular sin meta fija se apoya a reposar sobre otra estructura sólida encontrada por el camino.

El gélido elemento venido del mas allá extenuado de un viaje infinito se ha distendido sobre los extremos mas frígidos de la bola terrestre dispuesto a dar fin a su interminable deambular.

También él como las otras extensiones es inhóspito y silencioso, al mismo tiempo dulce y agresivo.

Sumamente agresivo piensa el Bernina tomando conciencia de su indomabilidad, de su rígida naturaleza climática, de la total ausencia de hospitalidad.

En la propia y extrema configuración asumidas por sus características territoriales y climáticas respecto a cualquier otra región de la tierra (mares, desiertos, zonas áridas, océanos, forestas, etc.), la blanca superficie glacial muestra la verdadera intención de no querer tener relaciones con nada y con ninguno.

Es más de utilizar a si misma, a sus propias condiciones, para alejarse de todo tipo de posible contacto con cualquier otra entidad.

Su dilatada uniforme extensión la hace aparecer des-inserida del contexto.

Contexto verificado por el Bernina en su movida aventura observando un coligamiento entres las distintas partes y al cual el territorio glacial da la impresión de no pertenecer.

El cuerpo extraño da la impresión de haberse inserido accidentalmente, con una neta diferencia respecto a las restantes características genéricas territoriales planetarias, de considerar en algún modo copartícipes relacionadas entre si de un todo común..

El continente glacial expresa una diferencia de tal entidad con los otros elementos naturales planetarios tan claras y netas como aquellas manifestadas por el ser humano respecto al resto de las componentes animales.

Continuando a fantasear es consecuente sostener: quizás también el ser humano al extremo de un viaje sin destino, se halla detenido igual y accidentalmente en la tierra y después la halla encontrado adecuada a continuar su aventura de vida en ese contexto.

Siguiendo ilaciones puramente imaginarias, es posible intuir cuanto el continente de hielo y el ser humano (extraños del más allá llegados a la tierra), se han constituido probablemente y al mismo tiempo en lo mejor y lo peor que a esta bola suspendida en el espacio le halla sucedido.

En efecto daría la impresión de existir un particular equilibrio entre las características generales territoriales de la naturaleza planetaria y la totalidad de las especies animales, excepto el ser humano.

Las especies animales se encuadran en general dentro de una limitada capacidad de acción mancomunadas en sus limitaciones, proponiendo como puntos de referencia esenciales la alimentación y el acto reproductivo.

Las limitadas capacidades en coherente sincronía no inciden o interfieren en las condiciones del regular desenvolvimiento de las funciones de la naturaleza.

La relación entre las partes (naturaleza-reino animal en general) es claro, simple y armónico.

Por un lado la naturaleza, al servicio del mantenimiento de sus condiciones para rendir funcional el sistema, por el otro los animales totalmente subordinados a los programas de aquella, sin ninguna capacidad ni posibilidad de inferir en sus mecanismos.

Ningún animal inferior es capaz de alterar o de desequilibrar las líneas funcionales de la naturaleza.

Líneas destinadas a establecer el indispensable equilibrio a mantener sincronizado un sistema tan complejo cuanto vasto en diversidad y tipos de desenvolvimiento.

La dirección natural tiene en mano la facultad de extinguir o dar curso a nuevas especies, domina y conduce con absoluto poder de decisión los advenimientos.

Hasta aquí el sistema integrado complejo, naturaleza territorial, acuática, atmosférica planetaria, de sumar las in-cuantificables formas de vida animal y vegetal, es considerado una entidad coherente.

En conjunto componen un inconmensurable hábitat altamente diversificado respondiendo a un común e indiscutido ordenamiento.

El ordenamiento funcional presenta en esencia una integración suficientemente nivelada para obtener y mantener un estado de equilibrio, donde los elementos citados son colocados en tales condiciones de permitir al entero fenómeno de estar holgadamente dentro de las propias normas.

Respecto a todo ello el ser humano se presenta como un elemento extraño y porque no perturba-te.

Es al mismo tiempo dependiente pero también capaz de actuar condicionando la funcionalidad de la naturaleza, gracias a una capacidad superior orientada a utilizar módulos complejos en pre-levantar de las estructuras territoriales presentes, las más escondidas cualidades y propiedades albergadas en las vísceras de la tierra. Todo esto a partir de un continuo fermento en el desarrollo de conocimientos. Los conocimientos de difícil y laboriosa adquisición aparecen como tenaces barreras opuestas por la naturaleza trata de preservar su "poder" absoluto (ella bien sabe solo el ser humano puede limitar).

La naturaleza de directora madre dominante absoluta de un mecanismo múltiple, pasa con la presencia del ser humano, a asumir el rol de directora general, con "poderes" pasibles de ser transgredidos.

Ya no tiene en mano todas las cartas del juego porque factible de sufrir condicionamientos externos de por sí orientados a intervenir en modificar sus disposiciones.

Mecanismos externos (humanos) capaces de producir desequilibrios funcionales de diversa índole en el campo de la naturaleza, al margen de su absoluta habitual manipulación en el acto de regular y pilotar verso un re-equilibrio.

Tampoco es de considerar decisivo (como el ser humano presuntuosamente supone), cuanto el desarrollo de sus conocimientos desequilibre en modo determinante las condiciones naturales por el solo hecho de entrometerse distorsionando parte de sus mecanismos.

Todas aquellas distorsiones ocasionadas en los mecanismos naturales por obra del ser humano, podrán contribuir a extinguir la propia especie o algunas otras pero no la naturaleza en sí como estructura, pues aun sufriendo más o menos modificaciones o transgresiones continuará a ser la base indiscutible de un sistema.

Esta capacidad del ser humano de influir en el in-contrastado campo de la naturaleza, hace aparecer extraña su presencia en el ámbito de un contexto existencial terrestre.

Las componentes generales responden a un diseño en concordancia con un hábitat regulado y gobernado por un comando central que no soporta serias interferencias en la gestión de estructuras y funciones (ambiente natural), bajo la pena de autodestrucción de quien o quienes la provoquen.

La humanidad como los continentes glaciares son indudablemente elementos o partes constitutivas del complejo sistema terrestre, pero dan la impresión de ser componentes agregados, incorporados complementaria-mente en forma accidental y no prevista.

Estos componentes con características y comportamientos propios, se muestran al margen de la en general integrada y funcional-mente coherente comunidad terrestre. Si son de considerar cuerpos válidos por sí mismos, parecen no pertenecer al lineal ordenamiento de la relacionada variada diversidad ofrecida por el resto de la configuración planetaria.

Una apreciación toda suya esta del Bernina no evidenciada de una toma de posición, así como demasiado aproximativa, emotiva, dominada por las circunstancias ambientales circundantes.

No obstante ello surge en manera descriptiva este su último impacto con este elemento natural, tan distante del resto de impulsarlo a darle una interpretación siguiendo las propias intuitivas reacciones.

El Bernina se ha dejado invadir de estas reflexiones extremas para en tanto postergar proyectar y estudia como tomar contacto con la solida superficie helada, distraendo la atención de la situación de afrontar (lo intimida y preocupa).

Apoyado ya sobre la superficie helada no sabe cosa hacer para iniciar a moverse. Solo atina a permanecer rígidamente quieto.

Ha decidido de continuar “inmóvil” hasta poder adquirir una cierta sensibilidad en la relación de contacto con la blanca e in-confiante superficie gélida. Espera llegar a sentir establecer una relación de contacto relajada en modo de asumir una disposición más distendida, para solo después intentar alguna forma de movimiento.

Para atravesar este difícil momento de espera resta el recurso de volver a las tesas reflexiones del caso (cada vez más fríamente racionales), incapaz de cancelar la creciente sensación de inestabilidad dominante en tanto no atina a desprenderse de la forzada posición estática.

Es preciso reconocer cuanto el verdadero talón de Aquiles de la naturaleza es el ser humano.

Un elemento inteligente y pensante con capacidades fuera de la norma, de difícil gestión o mejor de considerar del todo imposible hacerlo.

Generalmente por esas sus propias características, el ser humano se proyecta por cuenta suya no preocupándose mayormente del contexto o haciéndolo tan superficialmente de no respetarlo.

El reconocerlo actúa como una descarga de conciencia pero ello no implica la intención de cambiar comportamiento al respecto.

No es tampoco cierto su desinterés en respetar la naturaleza.

En realidad su incontenible pasional capacidad de evolucionar, de desarrollar siempre nuevos conocimientos en exponencial continuidad, coloca en gran dificultad su convencida intención de preservarla.

Parece escapar bajo el dominio de la exaltante, incontenible fiebre provocada del sediento deseo de progreso, el intervenir en el campo de la naturaleza con una preventiva actitud de limitar con razonado criterio su acción sobre la misma.

Los advenimientos por el mismo descubiertos y provocados no le permiten bajo el pasional desarrollo de los procesos innovadores, absorber y valorar las consecuencias provocadas sobre la naturaleza.

También es preciso reconocer en las consecuencias negativas provocadas por el ser humano en el ámbito de la naturaleza, de encontrar una no desechable acción de justificada compensación en la buena intención albergada en el efectivo mejoramiento de sus condiciones de vida.

El mejoramiento de la forma de vida del ser humano si bien se verifica en modo irregular siguiendo un caótico e ingobernable sube y baja, evidentemente se concretiza.

En realidad tanto la naturaleza como el ser humano "cambian" y lo hacen en base a positivas y negativa fases alternas.

Existe además una descompensada y consistente deferencia "de cambio temporal" entre las partes: el ser humano lo hace en cortos periodos con mayor o menor trascendencia, la naturaleza lo concreta en su mas alto porcentaje casi insensiblemente en tiempos muy lentos, largos e imprecisos (milenios).

Esta sideral diferencia de acción evolutiva da la errónea impresión de provocarse en el ámbito humano en forma "activa", mientras en el campo de la naturaleza se halla detenida, inamovible, inmutable.

Es erróneo tomar como punto de referencia la inexistente "inmovilidad" funcional de la naturaleza en la ficticia seguridad ofrecida por esa errónea imagen, o impulsar al ser humano a adoptar una absurda toma de posición similar en búsqueda de controlar, cancelar su definida e innata predisposición al "cambio".

Inútil y desacertado resulta imponerse mecanismos de "inmovilidad" invocando un supuesto "diseño Supremo", restringiendo o coartando rigurosamente con sagrada determinación la natural condición humana a evolucionar y progresar.

La forzada estrategia de arrestar el "progreso" más bien innatural a la idiosincrasia del ser humano (arbitrario modo de detener el desarrollo de personas y cosas), es buscar controlar coartando el regular de-curso de los procesos evolutivos, valiéndose de mecanismos ideológicos anómalos.

El absurdo control procurará irremediablemente un desequilibrio a distancia.

La explosión reactiva consecuente antes o después se manifestará segura e indefectiblemente siguiendo los mecanismos de causa-efecto.

Porque más eficiente y restrictivos serán los métodos impuestos por la "inmovilidad" a controlar las manifestaciones de "cambio", tanto mas violenta e incontrolable será la reacción de la capacidad de innovación cuando llegue el momento de su explosión liberadora (improrrogable-mente retornará a presentarse en escena).

Por tanto todos los esfuerzos de la "inmovilidad", destinados a preservar la norma "del ya existente" se revelará inútil o mas bien decididamente perjudicial.

Ahora el Bernina se siente más relajado y después de los primeros momentos donde la idea de moverse en la superficie glacial se había convertido en sinónimo de autodestrucción, ha iniciado a atenuar la tensión.

Tiene la sensación de poder iniciar a establecer una útil relación de comunicación entre su base, esa tímidamente apoyada y su interlocutor la tan silenciosa como insidiosa superficie helada.

Inicia a moverse primero mentalmente y después física-mente con infinito cuidado, recomendándose inconscientemente al desconocido santo protector de quien patina por primera vez sin haber recibido lección alguna.

Requiere una urgente e incumben-te protección proyectada a evitar una probable desintegración, ayudándolo además a absorber y habituarse a los dolores provocados por las seguras continúan caídas derivan-tes.

El Bernina entre divertido y aterrorizado trata de adecuarse al medio. Divertido, porque patinar para desplazarse y recorrer camino le produce la agradable sensación de actuarlo sin tener casi necesidad de esforzarse o hacer fatiga. Aterrorizado, porque concentrarse en patinar manteniendo el equilibrio de su no indiferente masa, buscando de regular un impulso no dominado, lo hace sentir impotente de controlar el de-curso de la situación.

Finalmente ha comprendido el misterio de mantener erecta su imponente verticalidad en el trasladarse, depende tanto de su capacidad de adaptación al medio cuanto de la necesaria enorme dosis de protección recibida de la diosa fortuna.

No obstante ello como en todas las otras circunstancias de la impensable aventura, poco a poco, desinteresándose con humildad de la distancia de cubrir, del tiempo empleado en hacerlo o de cuanto desgarrado y cómico se presente (poco o nada importan a la esencia del proyecto), el Bernina recupera una cierta serenidad y continua concentrado en su dislocada marcha.

No será elegante, habrá perdido el esmalte ostentado en su majestuosa proverbial "inmovilidad", pero desplazarse en una superficie enjabonada para uno como él solo es posible si sostenido de una convicción proveniente de una profunda fuerza interior, único excelso impulso capaz de afrontar con cierta inconsciencia obstáculos considerados insuperables.

Este magnifico reencuentro con la mejor parte de si mismo convierte en insignificante o mejor del todo irrelevante, poner a riesgo el perder la superficial imagen albergó de la exterioridad. Exterioridad capaz de influenciar la primera y generalmente errada opinión inicial hacia personas o cosas, ubicando en el terreno de desconocer hasta llegar a la total ignorancia la calidad interior de aquello presentado a nuestros ojos.

La aventura en cada secuencia continua a enriquecer al Bernina. El fatuo, estéril, superficial orgullo de su posesiva "inmovilidad" del inicio ha perdido todo su valor en relación con aquello nacido y desarrollado de los nuevos conocimientos, bien complementados por las vicisitudes superadas (lo re-dimensionaban en continuación).

Gracias a ello ha ido convirtiendo su forma de pensar de superficial en profunda, sugerida cada vez con mayor asiduidad de aspectos interiores. Estos enriquecedores elemento poniéndose en movimiento han dado lugar al nacimiento de una verdadera "autoestima" fundada a partir de valores fundamentales.

Los valores fundamentales si canalizados a ejercitarse con la suficiente convicción, conducen a convalidar y a afirmar una propia, verdadera, respetable identidad.

La "inmovilidad" ha establecido ella misma taxativamente todos los justos e indiscutibles fundamentos dispuestos a asegurar la identidad de las razones supuesta-mente mas profundas" contenidas en sus inapelables principios y bases (al punto de dotarlos de inmutabilidad), presentándose como celosa custodia y defensora de su lapidaria sabiduría.

Después de dejar a cubierto las prerrogativas de cumplir para alcanzar las mas importantes necesidades, le resta dedicar por entero su tiempo a desarrollar todo aquello de "banal y superficial" en giro por el planeta.

La "superficialidad" es criticada formalmente de la "inmovilidad" para después al final absorber por completo su oferta.

Probablemente la "inmovilidad" errónea y presuntuosa se siente segura de la siempre portentosa fuerza de los rigurosos principios de siempre religiosamente aceptados como dogmas supremos.

Según la "inmovilidad" ellos seguramente llegado el momento como los "héroes de un film" salvaguardarán la interioridad del deterioro en un campo minado de "incivildades".

En realidad la "inmovilidad" basa su profundidad conceptual en la superficial posición del "no cambio", excluyendo las implicaciones surgidas de la compleja necesaria re-dimensión de actualización de procesos de poner en permanente discusión.

La "inmovilidad" inmersa en la "incivilidad" no llega finalmente a distinguir realmente la exterioridad de la profundidad en los argumentos tratados, resultando inadecuada e in-adapta a todos los efectos.

17. EL DESAFÍO.

El Bernina empleó no poco tiempo en adquirir una mínima desenvoltura para moverse en el hielo y llegar a trasladarse sobre la insidiosa superficie.

El temor de perder el incierto equilibrio lo tenia en rígida tensión, endurecido estructural-mente mientras se desplazaba, pero se sentía satisfecho de haber roto la "inmovilidad" (al inicio lo presentaba petrificado en el lugar de apoyo).

Una "inmovilidad" símil a aquella experimentada al momento de partir, mezcla de miedos y de mil interrogantes sin respuesta.

La "Inmovilidad" traducida en actitudes derivadas de esa condición, se genera en el hecho de afrontar la inseguridad, las in-certezas provenientes de aquello in-domina-ble en el inmediato sobre cuyo desenvolvimiento no se tienen nociones.

El Bernina con el preciado bagaje de experiencias vividas en esta aventura, ha captado de inmediato cuanto en esta circunstancia era llegado el momento de romper los vínculos anclados a la temerosa "inmovilidad" (lo tenia petrificado sobre la helada superficie).

Era necesario adoptar una posición de gestión de llevarlo lentamente a ser cada vez menos rígido y teso "cambiando" forma de comportamiento. La in-variada situación solo lo conduciría a asumir mayor cansancio y sobre todo más temor, más miedo, a

tomar el necesario riesgo de decidir a intentar moverse, desplazarse.
Una situación de evitar en tales condiciones pues cuanto mas se pospone tomar una iniciativa más da la sensación de ser inaccesible.

Lentamente, alternado momentos de leve movilidad con otros de estoica, paciente, quieta re-composición de la postura, pero proyectándose fuera de la inalterada posición inicial, el Bernina ha comenzado a recorrer camino.

Solo desenvolver el proceso contrario a aquel procurado de la "inmovilidad" hace posible superarla, por otra parte demasiado fuerte de contar con la preciada dote de dar y ser la imagen representativa de la "deseada seguridad".

De frente a un dominante sentido de seguridad ello no permitirá tanto al Bernina como al ser humano proyectarse en algún sentido, mas allá de permanecer petrificado en el siempre mismo preciso sitio.

Esta seguridad al Bernina de poco o nada sirve.
Permanecer obligada-mente en el mismo lugar porque ha decidido estar así en "inmóvil seguridad", sin ir en búsqueda de una respuesta al problema creado propio no le interesa.

Dejando las cosas en manos de la "seguridad" no se llega a ninguna otra solución de aquella elemental de subsistir momentáneamente en tanto se dispone de la posibilidad de permanecer "inmóvil".

Al Bernina la condición de total subalterna dependencia a la "inmovilidad" (lo mantenía aferrado a la superficie glacial), se presentaba a su ineditada y orgullosa "autoestima" como un evento inaceptable.

Por lo tanto no existían ya márgenes motivantes de dudas, se hacía necesario romper la estrecha red tejida de la "inmovilidad" dentro cuya trama esta intentaba confinarlo.

El lógico remedio es arriesgar y encomendándose una vez más al creador, iniciar a moverse con mas continuidad.

En el acto de romper el estado de "inmovilidad" es posible ir en búsqueda de la justa solución.

La tenaz convicción y los resultados (mano a mano se van produciendo), ayudan a incrementar la agilidad y fluidez de desplazamiento.

Una vez más le ha sido demostrado: la "seguridad de la inmovilidad" es tal cuando es eternamente igual a si misma, sin posibilidad a algún "cambio" dentro del entero contexto de pertenencia del fenómeno.

Superada la crisis paralizante el Bernina retorna a ser patrón de su destino.
Patina lentamente sobre el hielo pero ya lo hace distendido e imprimiendo una dirección a su desplazamiento.

Es muy satisfecho del triunfo obtenido en su desafío con la "inmovilidad" y de haber superado las falsas ventajas de la temerosa "seguridad" por ella ofrecida.

También ha aprendido cuanto ser el patrón del propio destino, impone de por sí afrontar un de-curso ignoto y por lo tanto riesgoso, inseguro, a merced de obstáculos y peligros imprevistos siempre al acecho, de encuadrar en una difícil responsabilidad del todo propia, imposible de delegar o de descargar en los demás.

En síntesis siente la gratificante satisfacción de haber hecho aquello riesgoso pero justo, siguiendo la ruta prevista finalizada a romper la "inmovilidad" dispuesta a adularlo con sus "seguras" propuestas.

Ahora, como también sucede muy frecuentemente al ser humano no debe caer en la suficiente presunción de quien ha aprendido a desenvolverse en la peligrosa superficie helada, sobreentendiendo dominar a voluntad esta particular entidad congelada.

Porque la "seguridad en la movilidad" nace del respeto y humildad en el modo de afrontar las diversas situaciones, de no subestimarlas en ningún momento y menos aún tomarlas con ligera, estúpida suficiencia.

También el "cambio" se hace "seguro", si interesado en valorar atentamente y con razonable equilibrio todos los factores condicionantes orientados a convertirlo en "inseguro".

El Bernina concentrado en el desplazamiento para no dejar nada al caso, impone a la resbaladiza progresión un respetuoso ritmo de lenta cadencia.

Dentro de una cuidadosa metódica de "cambio" siente haber obtenido un cierto margen de "seguridad" (pensando con ironía) casi símil a aquel presentado por la "inmovilidad".

Seguridad por otra parte aquella emanada de la "movilidad responsable" tan útil como constructiva, al punto de no soportar algún tipo de parangón con la deprimente condición propuesta por la "inmovilidad".

Finalmente (por paradoso) después de la más cómoda pero más extenuante etapa de su aventura, el Bernina llega al punto establecido para dejar el continente frígido y dirigirse rumbo al norte, a continuar con el trazado prefijado vía nuevamente las aguas casi infinitas.

Se encuentra ya de frente al indefinido límite fluctuante de la masa oceánica, faz donde la condición líquida se mezcla y se confunde en un fraterno abrazo con aquel de su propia índole, pero glacialmente solidificado.

El Bernina tendría el deseo de no detenerse, de dejar atrás el inhóspito frío, pero se rinde cuenta de estar extremadamente cansado, no tanto por el esfuerzo físico cuanto por la lacerante presión causada de los desencuentros íntimos y aquellos ambientales, condicionantes de las sufridas decisiones interiores y comportamentales asumidas en esta parte del trayecto.

Lo mejor es reposar allí en la sólida superficie glaciar al límite de convertirse casi insensiblemente en sustancia líquida.

No es en realidad para nada justo descargar culpas sobre un tipo de territorio cuando simplemente responde a una propia estructura y condición. El Bernina se repliega y antes de reposarse se disculpa con el continente de hielo. El malestar, el sufrimiento, la inmovilidad, la inseguridad, su incapacidad inicial de desplazarse eran todos problemas suyos, secundaria e indirectamente relacionados con el tipo de territorio. En realidad el continente "glacial" se comportó como un impávido e indulgente espectador, impotente de ayudarlo en cualquier manera limitándose a presenciar el desarrollo de los advenimientos.

Agradeciendo el tratamiento recibido (cada uno lo hace a su modo) y sintiéndose ahora mas cercano a comunicar, el Bernina con la sensación de sentir menos frío e intemperancia, invadido y dominado del cansancio se adormienta.

18. EL HIMALAYA.

Endurecido pero ya bastante habituado a la extrema rigidez del clima (todo lo invade), el Bernina se yergue e intentando infundirse entusiasmo busca de reconfortarse apenas despierto por medio de una ridícula gimnasia de pre-calentamiento, en modo de tratar de hacer revivir, restablecer, alguna sensibilidad a las diversas e inermes partes de su maltrecha estructura.

Recuperada una cierta mínima tonicidad, saluda por última vez el continente glacial y trata de ganar el Océano.

Al inicio, hasta cuando las motorizan-tes raíces no han salido del rústico enfriamiento prácticamente paralizante (recuperan lentamente su sensibilidad), flota sin ningún control avanzando y retrocediendo en plena deriva, como si una virulenta duda existencial lo impulsase ya a irse, ya a retornar.

Finalmente su tenaz paciencia tantas veces felizmente ejercitada en la aventura, produce el meritado premio de reactivar la normal función de las raíces propulsoras (inician a desplazarlo decididamente hacia el norte).

El Bernina retorna a transportarse en un campo ya conocido, la inmensa extensión líquida.

La idea es aquella de continuar siguiendo una trayectoria vertical hacia la parte septentrional del globo, hasta encontrar el territorio ocupado de la India y a través de ella llegar hasta el Himalaya.

En su programa no podía faltar un contacto directo con aquel gran representante de definirse con cierta deseada, orgullosa aproximación de la misma especie, el excelso Himalaya.

Abordada la tierra firme después de un relajado viaje oceánico prolongado pero sin particulares inconvenientes y con los pensamientos inmersos en la expectativa de encontrarse de frente al Himalaya, el Bernina se encamina en búsqueda del preciado mito.

Llegado a las cercanías comprueba la inexistencia de un acceso directo.
El entero extenso contexto en torno al Himalaya lo rodea como una muralla natural, y lo mantiene distante de cualquier contacto.
No es posible aproximarse y el amplio ámbito adyacente constituye a su modo un muro natural dispuesto a tenerlo al reparo de toda aproximación.
El todo parece responder a un propio buscado diseño de total aislamiento.

El Bernina ya preparado a interpretar primero la importancia de las intangibles e indefinibles sensaciones surgidas del entero hábitat y después en acto complementario los datos provenientes de la visión objetiva; tiene la inicial impresión de que allí es como si se hubiera detenido el tiempo.

Un etéreo intocable, inmutado connotado sumido en el silencio absoluto, donde la naturaleza muestra dominante y orgullosa sus más puras e inaccesibles virtudes.
El contexto inmerso en una atmósfera espectral tan verdadera de parecer irreal hace de la impenetrabilidad su más preciado valor, como si ello le asegurara el poder permanecer igual a sí mismo a través del tiempo, inmune a cualquier tipo de contaminación.

El Himalaya parece sentirse particularmente orgulloso de su capacidad de aislamiento, consciente de ser ayudado en la empresa del entero ámbito circundante representado por el accidentado territorio, las inestables condiciones atmosféricas etc. proponiendo en conjunto las características de una inexpugnable fortaleza (le permite ser siempre igual a sí mismo).

Es sin duda un ilustre representante natural de la historia de siempre del planeta, decidido a mantener incólume, in-variada su cultura del silencio y del aislamiento, preciados e indispensables instrumentos a disposición para afirmar la integridad de su propia perenne, inviolada sabiduría.

Es la representación más absolutamente definida de las virtudes de la "inmovilidad" al estado puro sin degradantes contaminaciones o derivaciones.

La límpida e incontaminada pureza se hace factible porque todas las partes responden por entero y se comportan en una total y coherente composición de "inmovilidad" sin ninguna fisura cultural.

Una bien definida posición de no proponer por múltiples razones en el ámbito humano.

Simplemente porque sus características naturales tanto físicas como interiores no lo han predispuesto a permanecer fijo, "inamovible" por siempre en un sitio o cultura determinada.

Si por naturaleza el ser humano es un "ente ambulante" su "inmovilidad" física e interior o cultural es de considerar una elaboración arbitraria.
Por otra parte si impuesta por directivas ideológica como línea a seguir se revelará tan inadecuada como incongruente.

En realidad la "inmovilidad" aplicada al ser humano es el producto de una posición conceptual del todo especulativa, una anómala forzada condición necesitada de ser

impuesta. No lo definen ni representan y por tanto de no incorporar definida-mente como modelo a su forma de vida.

El Himalaya es en cambio un incontrovertible hecho de "inmovilidad" en todas sus peculiaridades y por ello a su modo circundado de aspectos correlativos capaces de secundarlo al pie de la letra en el acto de detener el tiempo.

Cuando el ser humano por medio de un mecanismo indirecto trata de detener el tiempo inmolándose dogmáticamente en el mantenimiento de formas culturales y de ordenes sociales pertenecientes al "pasado"; se comporta asumiendo forzadas e irreales características "inmóviles" no correspondientes con su condición natural.

Sostener una posición al margen de la propia idiosincrasia constituye un tan elemental como grave error conceptual porque infiere sobre una condición natural toda suya, insiriendo un anómalo instrumento ("inmovilidad") predispuesto a llevarlo hacia un campo de decisión plagado de confusos conflictos y contradictorias discusiones y desencuentros.

Si a las discusiones se agregan emociones, sentimientos, ideologías de carácter religiosa etc. la desorientación y el caos reinarán soberanos, cuando se trate de afrontar la natural predisposición y tendencia a producir "cambios".

Considerar las formas culturales adquiridas un punto de referencia de indudable valor de base para un grupo o sociedad es del todo indiscutible.

Es también de aceptar la necesidad de re-dimensionar y re-actualizar la funcionalidad de los mismos en base a una actualización de circunstancia.

No es posible considerar los valores pertenecientes a un período entornado de particulares condiciones (pasado remoto), ser transmitidas y prestar utilidad aplicadas en la actualidad con las mismas idénticas modalidades, en una faz evolutiva dotada de características totalmente diversas.

"Cambio" racional y necesariamente de aceptar porque es parte regular y natural del de-curso del proceso evolutivo (involucra en mayor o menor magnitud todos los estratos y ámbitos "humanos, natural planetario, cósmico").

La benemérita, dogmática protección integral de las formas culturales y comportamentales, transmitidas con religiosa y convencida unción en su in-variada textura, constituyen importantes datos para un análisis histórico (establezca sus mayores o menores valores); pero su permanencia activa y determinante en los consensos sociales es re-conducible a una condición de retrógrada "inmovilidad".

Cuando el camino de transitar mira preeminente-mente al "pasado" tiene el vedado y premeditado significado de "regresión".

El camino opuesto es aquel naturalmente señalado y recorrido interesado a conducir al ser humano, entre mil obstáculos y fases de intermedia ineficacia, de indicaciones y contra-indicaciones de superar; a asumir la responsabilidad de mejorar en el "cambio" procurado de su capacidad de progreso.

La "inmovilidad" del Himalaya es genuina, una condición natural fuera de toda duda, aquella adoptada por el ser humano una con-torta maquinación intelectual, cundida

de sentimientos y emociones evocadoras o fantásticas reminiscencias de la memoria, destinada a atribuir todo aquello acaecido en el "pasado" ser mejor de lo ocurrido en el presente.

Una posición útil a confundir la ubicación de las condiciones prioritarias proyectadas a afrontar bajo el signo del "mejoramiento".

Una confusa situación de evitar como en el caso de una ruta a un cierto punto dividida en dos ramas mostrando distintas indicaciones, "rumbo al pasado - rumbo al futuro". No existe duda en la elección cuando solo una conduce al mas justo y mejor destino.

El "pasado" jamás resolverá los problemas actuales y mucho menos los del futuro, simplemente porque demasiados advenimientos (la gran mayoría) han y están sufriendo trascendentes transformaciones de forma y de contenido.

Querer proyectar el "futuro" tratando de relacionarlo estrechamente con los valores del "pasado", buscando semejanzas entre épocas drásticamente separadas del sucederse de nuevos y distintos acontecimientos de toda índole, es tan fuera de la razón lógica como confrontar métodos de cultivo agrícola del medioevo y aquellas actuales.

Procesos de por si técnicamente muy diferentes proyectados a su vez hacia una extensa cadena de consecuencias diferentes (formas e instrumentos de cultivo, depósitos de granos, tipo de transporte etc. etc.).

Panorama consecuente destinado a ampliar exponencialmente el campo de "cambios" producidos, hasta transformar por completo el entero contexto de las actividades en una y otra faz evolutiva, al punto de resultar incompatible cualquier intento de relacionarlas (conservan escasos aspectos en común).

Una cosa es adquirir la cultura transmitida proveniente de la historia y otra cuanto esta ocupe el espacio reservado a la interpretación y aplicación de los fenómenos actuales. Con sus inevitables defectos las soluciones del presente resultan las mas indicadas a establecer la palpable real expresión de su época.

Las problemáticas actuales exigen soluciones en estrecha relación con las particulares circunstancias del momento de origen.

El ser humano por convicción o por respetuosa devoción abraza la "inmovilidad cultural" reportándose en el "pasado", amordazando su naturaleza, su tendiente idiosincrasia evolutiva.

En la discriminación es preciso ubique en preferente particular consideración la parte perteneciente a la matriz "cambiante" de su naturaleza, esa dispuesta antes o después a retomar prepotente-mente cuerpo tanto mas decidida cuanto sofocada.

El Himalaya como fenómeno religioso de carácter natural se propone como un Dios presente en su demora según un modelo "inamovible". Así se hace justo y necesario para preservar su sabiduría de diálogos o discusiones proclives a degradar-lo.

La sabiduría para permanecer incólume es necesario se proponga por encima de las partes, y para ello es imprescindible no establecer algún contacto con ellas.

Constituye un punto de referencia de base de principios éticos y morales con la simple competencia de actuar por presencia, cuando las confusas almas lo reclamen.

La silenciosa presencia del Himalaya representa una actitud sin reproches ni consejos, sin predicas ni fáciles perdones, no en búsqueda de comprender y corregir y menos aún necesitado de ser interpretado bajo el signo de fantásticos dones o dotado de poderes a quien rendir sumida reverencia.

El Himalaya en su aislado y silencioso máximo ostracismo es Dios presente en la naturaleza terrestre, no factible de ser utilizado o distorsionado en algún modo; porque su única intención es aquella de representar la esencia de principios y preceptos válidos en cada tiempo para llegar a obtener una serena eternidad.

Las "religiones" como sus indiscutibles lógicas éticas (de fundamental importancia formativa) constituyen sin rendirse cuenta un "muro de inmovilidad" porque incapaces de hacer evolucionar sus dogmas y preceptos al ritmo del multiplicarse de los advenimientos innovadores.

Las "religiones" consideradas en sentido general se presentan como el soporte conceptual de los mas bellos recursos del alma, del espíritu humano, de indudable valor a través del tiempo y valida guía formativa para una mejor condición de vida interior.

Constituyen paralelamente con su clausura dogmática una configuración de "inmovilidad" del credo, pues según ellas en ese campo florecen los mejores atributos de los seres humanos.

Una posición del todo teológica en el intento de sublimar al extremo las más válidas condiciones espirituales, llevándolas a una idealización tal de colocarlas en un plano demasiado alejado de la realidad.

Una ambiciosa progresión al punto de resultar una contribución contraproducente de las "religiones", porque des-inseridas del tiempo en de-curso evolutivo, abstractamente fuera de prestar la loable función propuesta por desactualizadas.

Las "religiones" en sus intenciones de mantener justamente la a-séptica pureza de los dogmas representados, emplean una enorme fatiga en el fracasado intento de inserirse adecuadamente, en el campo de las consecuencias comporta-mentales derivadas de los "cambios evolutivos" operados.

Fatiga no coronada de algún serio suceso

"Cambios" propuestos en general por el ser humano con regularidad, modificando continuamente el ordenamiento de convivencia de la forma de vida.

A esta natural proyección evolutiva las "religiones" responden con la invariabilidad conceptual propias de sus características, a la base de su immaculada, "inmóvil" estructura actuando como instrumento dominante de sus propias posiciones teológicas.

Esta condición de las estructuras "religiosas" conduce a tan frecuentes estériles como inútiles discordias, incomprensiones de interpretación, respecto a todo aquello relacionado con las innovaciones materiales y culturales provenientes de los "cambios" producidos por el ser humano en todos los campos.

Los rígidos preceptos finalizados a encuadrar las configuraciones teológicas de las "religiones", contrastan el "cambio" seguramente necesitado de críticas constructivas inductoras a una más justa posición ética y moral (cumpliendo bajo este aspecto una fecunda función). En concomitancia intervienen también con infundada catastrófica "inmovilidad" sobre los posibles graves riesgos originados por el advenimiento del "cambio", de considerar un indeseado intruso en condiciones de producir peligrosos efectos transgresores.

Esta posición de las "religiones" influye decididamente en la correcta visión y gestión del "cambio", subconsciente-mente minusvalorado a prior según propias, dogmáticas, interesadas y bien transmitidas presunciones de las sedes teológicas.

Las posiciones "religiosas" dado el profundo arraigo de estas instituciones en las poblaciones, inciden en manera determinante a nivel de sociedad cuando estas tienen necesidad (mejoramiento) de tomar contacto con la instauración de "cambios" trascendentes.

La capacidad de influenciar convierte a las "religiones" en un anómalo "poder de la inmovilidad". No impone pero si condiciona suficientemente en forma negativa el devenir del proceso evolutivo, quien con más ritmo o mas pausa es un evento indisoluble de las naturales características de progreso y de mejoramiento humano (forma parte indivisible del mismo).

A despecho de la infalibilidad no pocas iniciativas propuestas con las mejores intenciones de púlpitos "religiosos", han provocado serias anomalías e injusticias a nivel humano.

La sagrada intención de las "religiones" de ponerse al servicio del ser humano es una loable función merecedora del máximo respeto y aprobación, porque representa un indispensable apoyo a quien es sujeto a vivir en un frágil medio de desorientación interior.

Bajo el aspecto de necesario apoyo anímico constituye un esencial punto de referencia de la interioridad humana, luz en la obscuridad de trascendental ayuda espiritual.

Su accidental o intencionada introducción en ámbitos de dinámicas extrañas a las finalidades de las funciones "religiosas" aparece decididamente inútil o no positivo.

En los campos humanos de las actividades dispuestas al "cambio" y al progreso la intervención de la "inmovilidad" conceptual religiosa, se convierte en una fuente de interferencias desubicadas y por ello arbitrarias.

Mas allá de las problemáticas propiamente interiores o espirituales, las "religiones" no son preparadas a intervenir en las complejas y concretas materialidades circundantes la forma de vida humana.

Los complejos y extensos contextos responden a un bien definido tipo de orden aplicativo, tan específico y diverso de aquellos empuñados por las "religiones" como lo son los intereses de acción diferencial entre un medico y un ingeniero.

Los problemas concernientes al desenvolvimiento de los programas "religiosos" fuera de su ámbito (diversificado campo social), se presentan cuando se introducen de derecho en aspectos generales tratando de encauzarlos dentro de una dirección dogmática de principios.

La textura fundamental y justamente "inmóvil" en el desarrollo de la orientación espiritual propia de sus funciones, en nada se relacionan con el desenvolvimiento material de las actividades humanas.

No evaluando los hechos diversamente (bajo planos de configuración aplicativos no religiosos) las razones aparecen desconectadas de una realidad dispuesta a seguir sus propias líneas de acción.

Las "religiones" si bien justamente autorizadas a opinar sobre todas las acciones humanas, deben realizando un acto de humildad dogmática, abstenerse o mejor auto-censurarse con el silencio de intervenir sobre aspectos no directamente relacionados con las bases y finalidades de sus credos.

Por otra parte si no se establecen límites es fácil y consecuente se ponga en movimiento una arbitraria, anómala lucha entre la "inmovilidad" (religiones) y el "cambio" (natural idiosincrasia humana).

Lucha no respecto a la forma de métodos e instrumentos necesarios a afrontar una actual realidad concreta. Producto mas bien de un in-concluyente confronto ideológico (inmovilidad-cambio), útil a crear mayor confusión, como si no bastase aquella al origen de la natural efervescencia provocada por los advenimientos innovadores.

El Bernina percibe en la atmósfera de silenciosa sabiduría de "inmovilidad" emanada del Himalaya representar un reverencial respeto intemporal dirigido al "pasado".

Un impertérrito respeto mantenido siempre en condiciones de inmutabilidad, distanciándose con determinada suficiencia de hacerlo por cualquier cosa de actual (parece ya a prior de no meritar-lo).

Es como si el respeto solo fuera posible dirigirlo hacia el "pasado". Seguramente el Bernina no será respetado por los esfuerzos interiores y estructurales realizados para moverse o desplazarse en búsqueda de conocimiento. En el mejor de los casos será considerado como uno que ha perdido la razón, en el peor vituperado con desprecio porque "una montaña digna de otros tiempos jamás habría osado desplazarse".

Y siguiendo también aquí una vía directa en la lógica del "pasado", el "respeto" es reservado a la "inmovilidad" y no al "cambio, regularmente considerado un irrespetuoso acto de desprestigio hacia situaciones o condiciones habituales. Probablemente o mejor seguramente ahora el Bernina como el ser humano se ha convertido en una híbrida dualidad "inmovilidad- movilidad" y por ello se siente invadido de confusas dudas existenciales.

Poco a poco también la mítica figura del Himalaya claro representante de la sabiduría de otro tiempo demasiado remoto muestra sus limitaciones, su vigencia actual se re-dimensiona llamándolo a ocupar una posición de justa respetabilidad pero en un plano de segundo nivel.

Segundo plano porque el Orden Supremo no responde a la inmaculada sabiduría terrena perpetrada en la "inmovilidad" sino fundado en una substancial inapelable dinámica evolutiva.

El mecanismo por su propia innata condición dinámica obliga a un necesario consecuente proceso de constante adecuamiento a las siempre nuevas condiciones creadas.

El Himalaya no aparece ya al Bernina como un símbolo absoluto de coherencia del entero arco temporal totalizante. Se presenta como una entidad cuya cualidad se refleja refugiándose en un lejano indefinido "pasado".

El "pasado" destinado a transitar en la "inmovilidad" el camino temporal, ha perdido buena parte de su significado.

Como por otra parte ocurre con todo aquello predispuesto a mantenerse a-séptico, impenetrable a cualquier tipo de actualización.

Del Himalaya el Bernina solo ha podido haber la certeza de una rigurosa majestuosidad a distancia.

No le ha sido posible acercarse para cambiar un saludo.

Asilado y protegido de todo y de todos, ha hecho de su reino un premeditado hábitat inaccesible, impidiendo vía factores naturales toda posibilidad de tomar contacto con él, de interrumpir su eterno silencio (lo rinde orgulloso de una realidad construida sobre el ostracismo).

Sin lugar a dudas se ha dado cuenta de la presencia del Bernina.

Probablemente o más seguramente hubiera deseado extrañado de su presencia cruzar dos palabras con él.

A predominado no poner a riesgo la completa convicción de permanecer sumido en total aislamiento. Un modo de mantener intacta la calidad de su "inmovilidad" pura, absoluta, única en su eterno estatismo de tener un verdadero sentido representativo.

19. EL RETORNO.

Las sombras de la noche fueron desdibujando la figura del Himalaya hasta hacerla desaparecer. El Bernina abstrae la mente de la escena y con ello los pensamientos centrados en el "mito".

Antes de reposar, reflexiona y proyecta el movimiento futuro.

Se siente rico de experiencias, sensaciones y conocimientos.

Piensa haber llegado la hora de retornar a su hábitat.

El cansancio o la fatiga acumulada en la larga y extenuante aventura no resultan efectos condicionantes, es la indefinible certeza surgida de imprevistos anuncios interiores justamente percibirlos. Ellos indican (como una luz encendida de imprevisto) cuando las cosas han completado un ciclo.

Por otra parte habiendo aprendido a desplazarse y tomado el gusto a practicarlo, no encontrará en futuro obstáculos interiores a afrontar otra aventura.

Ha madurado la idea y ha decidido: ha llegado el momento de emprender el camino del retorno.

Siente este proceso como su próxima meta.

Partir y llegar situados en el mismo punto como si después de haber hecho tanto no se hubiera hecho nada.

En apariencia resultará como si jamás hubiera salido de la "inmovilidad".

Así como tantos seres humanos convencidos de ser constantemente involucrados en mecanismos de cambio (progresistas), cuando en realidad nunca han dejado de ser partidarios de la "inmovilidad".

Bosteza y apoya la cúspide en el flanco.

Se mete en pleno en manos del in-validan-te Morfeo.

Al alba apenas la luz toma cuerpo y domina decididamente la escena el Bernina se despierta bajo la atenta mirada del Himalaya, quien a la distancia como un buen Dios parece haber custodiado su sueño.

Lo saluda de lejos y dejándolo en su infinito, silencioso aislamiento se pone en marcha.

Lentamente, como tratando de gustar los últimos sabores de desplazarse, elige de seguir la re-posante línea de las planicies conducentes paso a paso, primero en el corazón de la Europa, después circundando el versante norte occidental, para finalmente presentarse no lejano de su ancestral residencia.

Habiéndose aproximado suficientemente a casa propia antes de afrontar el último tramo espera como antes de partir la obscuridad de la noche disimule, esconda, el momento de su ingreso "en familia".

En tanto el transcurso del tiempo crea las condiciones más adaptas de un "regreso a escondidas", hace un resumen de las mil peripecias vividas.

Se siente sobre todo contento de haber retornado al puesto de siempre.

Remembrando tira las conclusiones.

Ha adquirido un cúmulo de experiencias y conocimientos suficientes a abrirle la puerta a reflexionar realmente en libertad sobre tantas cosas ignoradas, de cuya existencia no tenía la más mínima idea.

Tantas cosas nuevas y diversas, motivantes otras consecuentes en un subseguirse de sorprendentes descubrimientos, absorbiendo y archivando imágenes y conceptos seguramente útiles a estimular su interioridad por el resto de su existencia.

Considera la aventura enormemente positiva por todo aquello que lo ha ayudado a "cambiar".

A despecho del inevitable crítico concepto de "inmovilidad", seguramente lo espera para calificarlo con un "ha retornado para reencontrar su identidad"; sabe de no haberla jamás perdido, mas bien ahora se re-apropia de ella territorialmente y no en

manera espasmódica.

En realidad después de la experiencia lo hace en modo mas equilibrado, porque resulta el producto de una "identidad" enriquecida y por ello notablemente mejorada. Una "identidad" diversa, más desarrollada respecto a aquella fijada en "inmóviles" dogmas y principios inmutables, religiosamente aceptados.

La "identidad de inmovilidad" ha sido removida en su inalterabilidad, en su incapacidad de darse nuevas formas, de nutrirse de más fuertes de diversas linfas.

Bajo la sombra de la "inmovilidad" la "identidad" se herrumbra, se oxida, pierde brillantez y sentido diluyendo su esencia, des-actualizándose en modo tal de ser destinada como todo aquello dispuesto a "no-cambiar", no evolucionar a desaparecer a extinguirse.

Por par-adoso la fuerza de una "identidad" perdura más y mejor en el tiempo si se desprende de la "inmovilidad" en cuyo seno tiende a refugiarse.

En tal sentido se presenta como el animal al interno de su vieja accesible cueva: se siente en apariencia protegido antes de ser lo mismo cazado si no evoluciona su capacidad defensiva.

A una "identidad" resulta esencial enriquecerse con otras "identidades" y a su vez transmitir la propia, en un equilibrado y humilde intercambio siguiendo un juego sin presuntuosas, ficticias preeminencias.

Todas las "identidades" tienen un valor al mismo tiempo tan importante como secundario o relativo en relación al ángulo considerado.

Es de posiciones restringidas cerradas en su propio estrecho campo, culturalmente atrasado y animalesca-mente incivil vanagloriarse de una entidad universal como la "identidad".

En realidad de una u otra forma, bajo mil configuraciones distintas es un hecho común a todas las grandes o pequeñas sociedades planetarias, y por lo tanto resulta del todo irrelevante e interesado tratar de establecer niveles de preponderancia.

Los intercambios culturales sin medievales reservas ofrecen la posibilidad de proponer y recibir para enriquecerse y enriquecer a cada una de las partes.

Situación totalmente diversa o mejor opuesta al comportamiento de "inmovilidad, propensa preferente-mente a la crítica de otras fuentes de "identidad", interesada a provocar escuálidas rivalidades realizadas en una atmósfera de incivil ignorancia.

La "identidad" sin la capacidad de evolucionar abriendo las puertas a una convencida interrelación de influencias con otras identidades, corre el serio riesgo de encerrarse en un oprimen-te cerco.

El cerco tendiente a restringirse cada vez más en su "inmovilidad" terminará por sofocarla y degradar-la.

Continuando a otorgar "inmovilidad" al fuerte defensivo para restablecer en algún modo el prestigio perdido, será obligada a embarcarse en inútiles conflictos finalizados a reforzar la "identidad" extraviada.

Finalmente utilizando instrumentos extremos tan inciviles como desesperadamente provocadores, se hace en algún modo posible intentar recuperar o rescatar una "identidad" desvanecida en su propio "inmovilidad", y como los hechos a la base de las "cruzadas" bajo la guía de arbitrariedades dominadas sentimentalmente por la ignorancia.

El Bernina retorna al sitio representativo de su "identidad", pero ésta dotada de los conocimientos y experiencias vividas, si bien conserva su pre-eminente sustento primario se ha enriquecido, modificado, evolucionado.

Todo ello no la ha debilitado como teme la "inmovilidad".

La "identidad" anulando el considerar lo proveniente del externo una anormal contaminación, por el contrario se ha reforzado.

En realidad la "identidad" del Bernina se ha vigorizada, se ha hecho mas resistente al degrado oxidante en la inercia de la estática, en la insidiosa ruina nacida de la invariada exposición de las ideas.

Si a cualquier cosa de fundamental ha servido la fantástica aventura al Bernina es el haberle hecho comprender al margen de su formación en la "inmovilidad", cuanto el "degrado" de la "identidad" se verifica no porque se ha dejado de salvaguardar la integridad e incolumidad de su inmaculada pureza para mantenerla eternamente virgen. Es porque se tras-cura darle las condiciones de evolucionar, de desarrollar un correcto, medido nivel de relación con las nuevas condiciones establecidas.

La "inmovilidad" ve en los nuevos advenimientos por otra parte extremadamente combatidos ya prejudicialmente, el origen de todos los males, el más peligroso enemigo de la incontrovertible estabilidad de sus inmutables cánones.

Este afirmado error conceptual de espectral carácter medieval continua a tener convencidos súbditos.

Los súbditos comportándose de tales aceptan con fiel unción, las rígidas indicaciones unilaterales de las restrictivas reglas de "inmovilidad" de obedecer plebeya-mente.

Largamente pasada la medianoche el Bernina se pone en movimiento rumbo a su fija demora.

Los Valtelineses van a dormir temprano y a esa hora se desplazará sin llamar la atención.

A las cuatro de la mañana después de un felpado andamio, retorna (con todas las precauciones del caso) en posesión de "su territorio", según la ancestral forma de decir de la "inmovilidad".

Exhausto del cansancio acumulado y de las emociones generadas en la vigilia final legadas al retorno, entra en letargo, en un pesado, distendido, soporífero sueño, como quien después de tantas trajinadas in-certezas se ha re-encontrado nuevamente con su propio hábitat.

20. EL DESPERTAR.

El Benina se despabila cuando el día ha ya empleado más de la mitad de su tiempo útil en transcurrir.

Lo comprende de la altura del sol y de la intensidad de los rayos.

Perezosa-mente, con un cierto temor recorre el espacio circundante con una mirada tímida dominada de cierto sentido de culpabilidad.

Quiere y no quiere ver en tesa y defensiva espera de aquello presente ante sus ojos.

Reprende además la compuesta postura de la imagen proyectada a identificarlo como imponente y prestigioso exponente territorial, punto fijo de su respetable "inmovilidad".

Si ha cometido algún pecado seguramente nada se relaciona con el haber perdido el sentido de su valor representativo, jamas puesto en juego.

No observa ningún particular reflejan-te se halla producido cualquier cosa de extraño.

O ninguno se ha rendido cuenta de su alejamiento, cosa de considerar imposible o propio nunca a partido.

Confuso finalmente se pregunta como un sueño puede ser tan real, no de dar la impresión de ser cierto cuanto de serlo concreta-mente.

La Valtelina con sus habituales movimientos confirma: todo ha continuado a desenvolverse como si nada hubiera sucedido.

A cada momento transcurrido se siente más convencido de haberse embarcado en un extraordinario sueño.

Después de una primera desconsolada sensación de melancólico malestar, habituándose lentamente a la idea, ha iniciado a interpretar y aceptar la escasa importancia de atribuir a su aventura cuanto haya sido solo un sueño.

La ha vivido en modo tan real de restar toda importancia a cosa se haya tratado, en tanto y finalmente a los efectos obtenidos resulta del todo in-influyente.

Reconfortado se sentía de afirmar con convicción cuanto su sueño se había realizado, porque todo aquello tan concreta-mente sucedido lo acompañará por su entera restante existencia.

Difícilmente experimentan las incitantes sensaciones de sorpresa hacia lo "nuevo" quienes no viven visceral-mente un sueño.

Un sueño dispuesto a separar completamente, sobrepasar o mejor cancelar las falsas líneas o entrelíneas dominadas de un tácito pero demasiado presente e invaden-te estado de "inmovilidad", donde se encuadran las partes menos significativas y creativas del alma.

El Bernina sonrío y lo hace en una manera toda nueva, como quien sabe de haber cualquier cosa de preciado de esconder, un maravilloso secreto que lo rinde feliz y orgulloso.

Siente la plena impresión respecto a todo aquello circundante, cuanto ese contexto no halla percibido mínima-mente el profundo "cambio" interior por él experimentado.

Es mejor así, cuando uno convierte a si mismo en un otro mas evolucionado, la realmente válida es la propia íntima satisfacción.

El conocimiento de los propios hechos de parte de los demás lleva en general a incomprendiones, críticas o falsos, exagerados actos de admiración, típico de la

superficialidad o des-ubicación surgida en el ámbito de quienes no han vivido los advenimientos en primera persona.

En la substancia poco importa cosa se halla tratado, sueño o realidad, lo fundamental sucedido al Bernina es el haber adquirido la capacidad de "cambiar", convirtiéndose con ello en una entidad interesada en evolucionar.

Dotado de esta espléndida esperanzada condición adquirida, el Bernina se presenta radiante mostrando una majestuosidad diversa.

Todos piensan el Bernina esta estupendo y radiante porque ha llegado la primavera. En realidad lo es porque se siente renovado, transfigurado o mas ciertamente "cambiado".

Conocer, hacer experiencia lo ha renovado, revitalizado, rejuvenecido y mejorado anímica-mente.

Ha llegado la hora de dejar el Bernina en compañía de los imborrables y numerosos recuerdos procurados por su sueño.

Compañía mucho mas divertida y constructiva de la nuestra de considerar un accidental vehículo dispuesto a referir su tan incomparable, sugestiva, deseada e intrépida aventura.